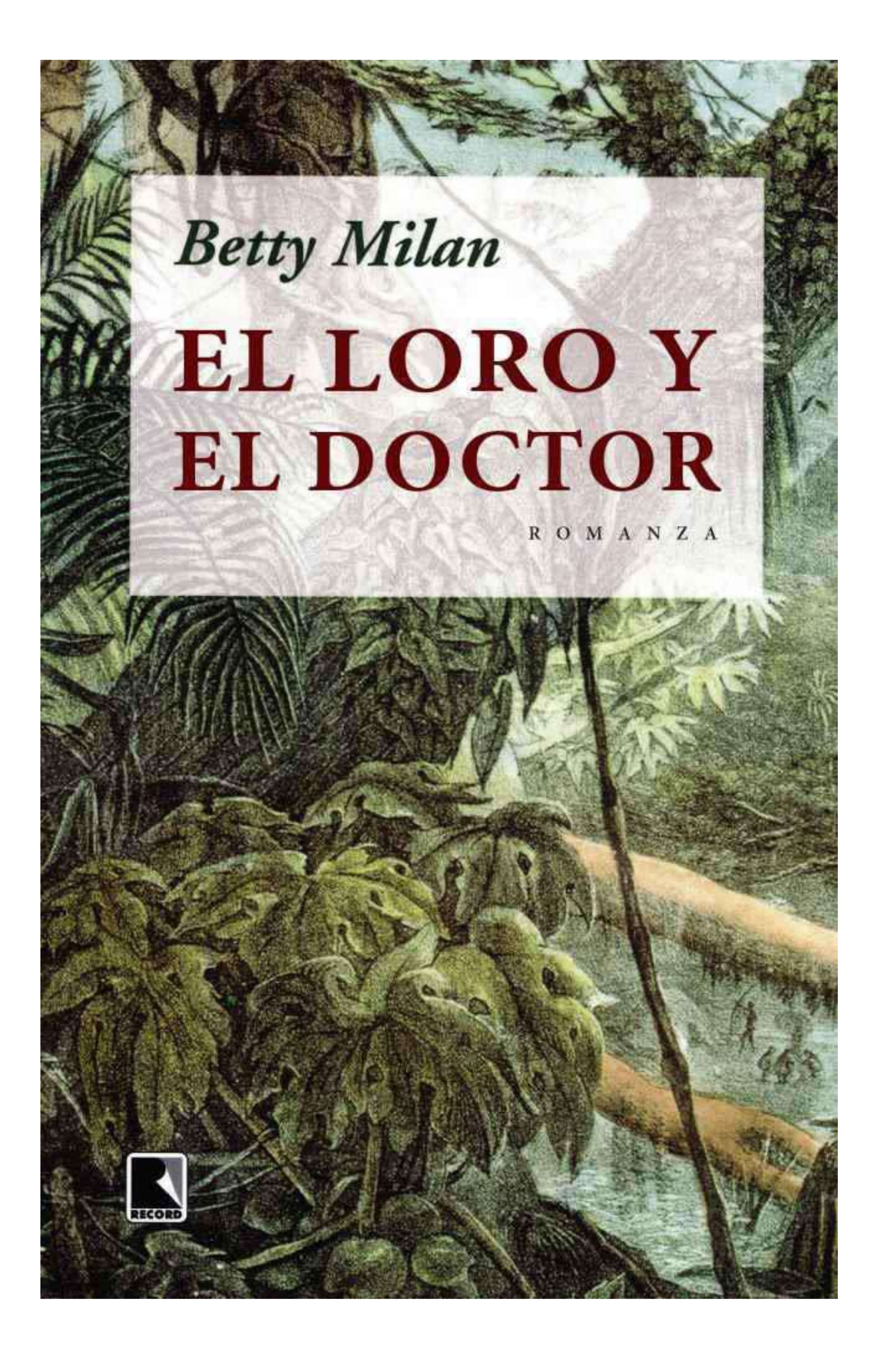

Betty Milan
EL LORO Y
EL DOCTOR
ROMANZA
RECORD

Title : El loro y el doctor (Spanish Edition)

Author: Milan, Betty

(Novela)

Postfacio

Michele Sarde

Tradución del francés

Alicia Dujovne Ortiz

La autora agradece a Michèle Sarde por su sostén siempre entusiasta.



A la memoria de los antepasados reales e imaginarios.



1

Donde Seriema se las arregla para acercarse al Doctor, que sueña con el trópico.

¿Y entretanto por qué punta empezaré esta historia? El Doctor me habría contestado imperativamente que comenzara por cualquiera:

– Dígame, querida. La escucho.

Pero yo debo rememorar lo sucedido, justamente para no responder a los imperativos del gran hombre, y para separarme de él quiéralo o no, de eso dependo para descubrir lo que me ata.

Desde mi primera visita a Francia se dio cuenta de que yo estaba buscando al analista. Acababa de llegar del Brasil, mi país, para entregarle una carta: mis colegas le pedían que les enviara a uno de sus discípulos franceses para enseñarles su arte. ¿Pero por qué entregarle la carta en persona, si hubiera podido mandársela por correo? Obviamente era un medio de acercármele. Resultaba lógico que me considerara su futura mensajera.

Así, interpretando mi mensaje, el Doctor debe haber vislumbrado tierras con buenos aires y aguas inagotables, donde sembrar ya fuese cosechar. El mejor fruto sería la instrucción de los naturales del país. Era verdad que de inmediato no habría entendimiento, por ser otra su lengua.

Pero yo, Seriema, estaría allí dispuesta a traducirlo. Bastaría entonces con plantar la bandera del Inconsciente para que la nueva ciencia fecundara el país de los loros, la *Terra degli papagá*, y para que en ella se comprendieran los límites de la libertad y los alcances de la castración. Al reafirmarse la existencia del eso, y al difundirse luego el yo y el superyó, aquel país, casi un continente, hermoso de punta a punta con 5 sus playas radiantes, llegaría a transformarse en un inmenso suelo freudiano.

Sí, al Doctor le bastó verme para ponerse a soñar con apetito pantagruélico. A mí me correspondía alimentar su sueño, y nada menos que con bananas de oro macizo, porque los míos, en el pasado, se habían convertido en mulas de carga, acarreando cien kilos de peso sobre el lomo hasta sacarse la sangre y el pus. Tesoros de buhoneros que mis antepasados iban transportando de casa en casa, de la mañana a la noche. Pero eso me cuidaría muy bien de revelárselo al gran hombre. ¿Mi tarjeta de visita? –¡Cualquier día! Lo importante era omitir la historia de aquellos libaneses que se hicieron la América. La saga de los abuelos, los turcos del Brasil, también llamados come gente, y que, de haber cruzado apenas el charquito más chico para emigrar a Francia, no habrían sido ni otomanos ni caníbales sino unos árabes más, entre tantos otros.

¿Cómo no querer olvidar semejante pasado ni esquivar el apodo? Aunque ya no me tomaran por antropófaga, seguía siendo una turca, o, en el mejor de los casos, una turquita. ¿Con tamaño bagaje iría a presentarme aclarando mi origen? Ni pensarlo. Hubiera sido mostrar de entrada lo que desde siempre me empeñé en ocultar, no sufrir de aquel mal que me obligaba a disimular mi historia y, en suma, no ser la que era.

Que el Doctor vislumbrase las playas blancas y las esbeltas palmeras, y que soñase hasta el hartazgo tomándome por una auténtica nativa. Su fantasía me confería el linaje que yo misma anhelaba. Me daba la ilusión de ser una brasileña cualquiera: nada que ver con la inmigración. Esa ilusión me resultaba indispensable, y no por amor al país natal. Los que me habían educado

lo hubieran dado todo por un país con las cuatro estaciones, un país “donde el verde, al no ser perenne, sería tanto más apreciado”, un país donde la gente hablara una lengua sintácticamente perfecta, sin neologismos ni extranjerismos, y donde “*la cultura no se limitara al son del batuque”.*

–¡Sueñe, Doctor, sueñe! Haga de una nieta de inmigrantes una brasileña de pura cepa, y transforme mi malhadada identidad.

2
Donde el Doctor le roba su táctica a Seriema.
Remembranza de la abuela paterna Hila.

No cabía la menor duda: el Doctor había advertido que la carta de mis compatriotas me servía de pretexto y enseguida dedujo que yo, sin saberlo, deseaba analizarme.

Pero ¿podía decírmelo? Hubiera significado mostrarle a la futura analizada lo que ella se disimulaba a sí misma, corriendo el riesgo de perderla. El gran hombre no era de los que se precipitan. Él me iba a llevar adonde le pareciera, utilizando la misma táctica que yo: pretextar la carta para hacerme volver.

La leyó, la dobló con cuidado e insistió para que volviera a verlo. Quería que yo le entregara una carta con todos los detalles referentes a la invitación para su discípulo.

La carta era una intermediaria con la que él me daba la oportunidad de deslizar la solicitud que yo no me atrevía a formularle: la de que me analizara. Él entraba en mi juego para cambiarle el rumbo y fingía interesarse en la mentada invitación para que yo me quitase la máscara. Un artificio sin el cual, ciertamente, nunca me habría mudado a Francia, ese país tan frío para quienes hemos crecido en taparrabos y descalzos.

– Hasta mañana, entonces, a la misma hora, concluyó, guardándose mi carta.

–¿A la misma hora?

– Sí, a las cinco de la tarde, y no olvide traerme todo por escrito.

–¡Hurra para el Doctor, y para mí, que estaba allí para él y por él! Ahora yo lo que quería era el gran hombre, no su discípulo. –¡Ah! ¡Abrirme ante él!, pensaba yo, ignorando que sobre su diván de terciopelo carmesí terminaría echándome cerrojo.

Al día siguiente, bastó con que me llamara "mi querida" para que yo le contara lo que parecía ser el verdadero drama: me habían echado de una multinacional del psicoanálisis que tenía su sede en Inglaterra, pero que dictaba la ley en mi provincia, como antaño la Inquisición, designando a los elegidos y distinguiendo a los buenos de los malos con la vara de su oficial sumisión.

Era obvio que el meollo del asunto no estaba ni en la multinacional, ni en mi propia expulsión. ¿Pero acaso yo quería desentrañar el meollo? De ninguna manera: si yo buscaba al Doctor, era precisamente para tratar de escamoteárselo y, de paso, para escapar a la sanción de esos ingleses de los que dependía para ser analista, o sea, para ser.

To be y not tupí. Ser una india tupí, sin serlo ¡tan grande era el desprecio que me inspiraba mi país! O más bien, seamos sinceros: ¡Never, never tupí! –¡Nunca tupí! ¡Ah, Brasil malquerido! En realidad, hubiera debido separarme de todos esos doctores, ingleses, franceses y demás. Pero el Doctor no estaba allí para contradecirme. Él iba a comportarse como si el verdadero problema fuera la expulsión. ¿Quién atrapa a las moscas con vinagre?

–¡Ay, mi hermana, mi amiga, si usted supiera! Yo tuve el mismo contratiempo. Peor que expulsado: ¡excomulgado, igual que Spinoza! El castigo supremo, el destierro sin remisión,

irremediable, como si la comunidad analítica fuera un templo, y religiosa su práctica, agregó, todavía ofendido por la suerte que le había tocado, y diciéndome ya hasta mañana.

Cada palabra suya era una hostia en mi lengua, y aquel "hasta mañana" resonó como el angelus. Víctima entre las víctimas, expulsado, desterrado, maldito... Que lo siguiera siendo día y noche, en el sueño y la vigilia, y que la comunidad analítica nunca lo absolviera... Su nombre será borrado de nuestras tablas y olvidado para siempre. –¡Oh, herético! En adelante, mi adhesión al Doctor sólo podía ser total. En su honorable compañía, yo me iría a pavonear como una auténtica judía del saber, aliada natural de todos los disidentes del planeta, marxistas expulsados del Partido, cristianos sin Iglesia.

De novata que había sido la víspera, heme aquí veterana, yo, Seriema. El Brasil no era la Mancha, –¡pero ya, Quijote de los trópicos, empuñaba lanza y olifante para combatir a los enemigos del gran hombre! Me levantaría temprano, devoraría los textos hasta resecarme el cerebro para hundir bajo tierra al primero que al acercársele no lo reconociera de inmediato como el más grande de todos. – ¡incomparable Doctor! Lucharía hasta la rendición incondicional, la conversión o la expulsión de sus adversarios.

De allí procedería mi nueva clasificación de la especie: los perversos, los conversos y los proscriptos. Así fue como, desligándome del pragmatismo inglés, me entregué a un vértigo codificador donde soplaban nuevos vientos de racionalismo francés. Nunca tupí, y tampoco jamás to be.

El hecho es que, al anudar mi nueva alianza, me enrolaba en el bando de los analizantes, no de los "pacientes", como bien lo especificaba el Doctor en todos sus seminarios.

¿Acaso no era él quien debía ser paciente y elegir el momento oportuno para intervenir, disimulando su estupor o callándose cuando se lo contrariaba? Pero yo todavía tenía que convertirme en analizante y, para eso, tenía que expresar mi deseo de tomar al Doctor como analista.

Pagaría cara mi fantasía. ¿Pero podía elegir? –¡En absoluto! El Doctor era mi Eldorado, y la búsqueda de ese lugar mítico, una tradición familiar. Claro que yo lo ignoraba, megalómana de mí, tomándome por origen y causa de todo. La historia no existía. ¿Era mi propia sinrazón, o era una determinación de la tribu que ansiaba olvidar la travesía? Cuando se le formulaba esta pregunta, la madre de papá, Hila, se contentaba con repetir: "Vine del Líbano a los catorce años y después tuve cinco hijos porque, mektub, estaba escrito. Eso es todo, mi hijita". –¡Vamos, Hila! Estaba claro como el agua que esta no lo era todo, así como tampoco fue por nuestra sacrosanta integración que nos negaste nuestra historia, sino para no ser la extranjera que había abandonado su propia tierra y había sido abandonada por ella. Utilizabas el mektub para huir de tus responsabilidades y tus remordimientos y para que el odio del Cedro no cayese sobre ti. Tu mektub me costó el pasado y me consagró a la búsqueda ilusoria de un antepasado que no hubiese cortado su raíz. Con mektub me encadenaste al Doctor.

Para que tu rechazo de nuestra historia siga siendo tu historia, y para que yo me pueda separar del Doctor, ahora debo ir a tu encuentro y recordar los hechos: partida y travesía. –¡Me lo contaron tantas veces! Todos sabíamos que te expatriaste por tu marido, por Jarja. Él ya había emigrado al Brasil cuando decidió buscar esposa en el Líbano, y tu padre te ofreció a tí. De modo que dos hombres negociaron tu suerte. A la manera árabe, la que después intentaron perpetuar. Así pues, abandonaste el Líbano para irte al Brasil, "un país pobre donde no se encontraba nada, ni un tomate, y donde había poca fruta". Poca porque no crecían ni manzanas ni peras y las

frutas locales ni las contabas: “nada más que mangas, guayabas o maracuyá”, decías, sin darte cuenta de la ofensa que contenían tus palabras.

Hila emigró por Jarja, tal como éste lo había hecho por Faia, el bisabuelo materno, gran señor de Sao, la capital económica del Brasil. Todos los inmigrantes estaban al servicio de Faia. Vendían sus mercaderías de granja en granja, de ciudad en ciudad. Tal cliente compraba apenas un metrito de tela, tal otro imploraba un crédito y el tercero ni compraba.

Siempre de acá para allá, sin casa ni comida. Después, Jarja abandonó Sao para instalarse como zapatero en Vari, un pueblito de nada, a confeccionar sólidos zapatos para los campesinos del terruño. –¡Otro que hacerse la América!, decías, Hila. La plata no la levantamos con una pala del suelo, hija. Trabajamos como burros. El jarabe de pico nunca dio de comer. Burros de carga, te digo, alimentados con un mal plato de mandioca o de porotos negros. Un infierno, la vida.

Estoy segura de que no lo pensaste un minuto, antes de emigrar. Eras una chica muy joven, apenas catorce años, cuando Jarja vino del Brasil para casarse contigo. Enseguida fueron el uno para el otro, enamorados, de la mano, recogiendo damascos y dátiles, cortando la uva de la parra, seleccionando las nueces... Regaban la gardenia, las lilas, las rosas... subían y bajaban la colina de cipreses y bebían en la fuente. Nadie podía decir nada. –¿Vas a casarte con él? –¡Pues claro! Ni se te pasó por la cabeza que abandonabas tu país para irte a otro. Jarja te gustaba. Ibas a seguirlo hasta el fin del mundo. Juntos los dos. A todas partes, hasta al infierno. En adelante, Hila, nunca volverías a ver la mariposa blanca del gusano de seda, ni alimentarías la oruga con la morera de los caminos ni matarías la mariposa para salvar el capullo y, con éste, el hilo, la madeja de oro de la que dependía enteramente la vida de la aldea.

Adiós, Kfaryab, adiós, pueblo natal. Al despedirse, tu abuelo, que apretaba los labios, se puso de repente a bizquear.

Y te fuiste. En Beyrouth te embarcaste rumbo a Marsella.

Lamentaste en el trayecto la muerte de ese hombre cuyo cadáver fue arrojado a las olas. Atracaron en Francia, lejos del puerto, desembarcaste como una apestada y te tuvieron en cuarentena tres días y tres noches en un barracón donde habían amontonado algunas tablas, colchones y frazadas...

Alcanzaste el paquebote en alta mar, en bote, vomitando hasta las tripas. Y fue el descenso a la bodega, con Jarja, a dormir, recordar y caminar dando tumbos a la luz de la escotilla. Al fin, Lisboa la bienhechora con su derroche de frutas frescas: uvas, manzanas, peras y, de pronto, un ananá. Es de allá, del Brasil, te dijo Jarja, agarrando por el penacho el fruto desconocido, fruto del porvenir con cáscara rugosa pero dorado color. Veinte días de mar faltaban, Hila, para que al fin descubrieras la maravilla de Río con su enredo de islotes cubiertos por una mota verde de encrespadas palmeras y posados sobre las aguas como las flores flotantes de Las Mil y una Noches. Al mirar las montañas volviste a ver el Líbano, volviste a ver tu aldea, y admiraste, en el cielo de esa noche, una luna en forma de daga como en las miniaturas orientales.

Una vez en tierra le diste gracias a Dios y fuiste a visitar al bisabuelo Faia, a los compatriotas reunidos alrededor de un narguilé. El agua hervía, el aire olía a jazmines. Desde Sao llegaste a Vari con el tren a vapor, la María Fumaça.

Lanzaba chispas que le quemaron el cuellito de encaje a tu vestido de París. ¿Pero qué importancia tenía? Te acomodaste la pluma del sombrero, saludaste a los conocidos, ahlo sahlà, y te fuiste a compartir el almuerzo con los que vivían “a la manera árabe”, decías, tan feliz de

instalarte. Ignorabas sin duda que el mismo día de tu llegada había estallado la primera guerra mundial y que, por ende, el malhadado imperio otomano tocaba a su fin. Pero sabías que, de haberte quedado allá en el Cedro, la amenaza del turco se seguiría cerniendo sobre ti.

¿Cómo podías no haber amado el pueblito de Vari, si allí criaste a tus niños? Tuviste cinco, tal como lo había visto en la primera placenta la partera Ignabé. ¿Y cómo podías no luchar por un lugar al sol ni batallar por conservarlo? La fortuna avanza a paso de tortuga y huye como la gacela, repetías, Hila, tú que viniste al mundo para dar la vida y no morirte nunca; tú que engañaste una y otra vez los pronósticos de la medicina y que, haciendo caso omiso de tus órganos vitales, supiste renacer y revivir para asombro de tus hijos y nietos; tú que con tu vientre, tu sagacidad y tu larga paciencia engendraste el Nuevo Mundo, pero nos escamoteaste nuestra historia.

A tu modo te hiciste la América, y por haber querido que el pasado sólo fuera el prólogo del porvenir me obligas a esta remembranza para reanudar los lazos con nuestro pasado y cortar los que me anudan al gran hombre, el antepasado imaginario que, al saberlo ya todo sobre la tal multinacional del psicoanálisis, ahora me exige una decisión... Su drama ha sido el mío, Seriema... Eso ya lo sabemos. Pero entonces, querida, ¿para cuándo?

3
Donde la heroína trampea con el gran hombre.

El Doctor, como Hila, no apreciaba las conversaciones ociosas. ¿De no haber sido así, por ventura se las habría ingeniado para distinguir la “palabra llena” de la “palabra vacía”? Seminarios y seminarios, resmas y más resmas de papel para que nadie ignorara la diferencia entre la una y la otra. Así que no me recibía para oírme hablar de la lluvia y del buen tiempo ni para dejarse manipular por alguien que se resistía frente al diván. ¿Y ese análisis, Seriema, para cuándo? Yo me había puesto al descubierto y él me apuraba para que me comprometiera dándole una fecha. Cuando la botella está descorchada hay que beberse el vino. Pero yo, para eso, necesitaba cambiar de continente.

¿Lo deseaba realmente? No estaba tan segura. –¡Ay, ay, ay! Mi-mar mi-sol... y ¿qué decir de mi sirvienta? Sí, la eterna doméstica a mi servicio, siempre con el oído alerta... María, haceme esto, María, haceme lo otro. Ya voy, Seriema, ya voy.

María la negra, la de constante buen humor, que se ponía mis zapatos nuevos para domármelos con sus pies encallecidos.

¿Cómo vivir sin María, más madre que mi madre? –¡Ah, instalarme junto al Sena como una vez lo hicieran mis antepasadas, con sus negros, sus muebles y hasta sus vacas! El pretexto era muy grueso para postergar mi viaje. Así que al gran hombre le hablé de un doctorado que tenía en vistas.

¿Acaso para una brasileña como yo, de tan buena familia, no era de rigor obtener ese título, probando al doctorarme que era capaz de discursear con doctas palabras, pero doctas de verdad, no de doctorcita de medio pelo? Doctor ergo sum. Postulante de doctora sería, antes de volverme analizante.
Cuántas vueltas no habré dado, cuántos caracoleos, hasta subir al consultorio y decirle en conclusión:
– Volveré por cuatro meses, dentro de dos años.

–¿Es decir?

– Todavía tengo que presentar una tesis. Necesito más o menos dos años para eso.

– Ajá...

– Y cuatro meses es lo máximo que me puedo quedar, agregué, sin justificar el plazo en el que me escudaba para no estar indefinidamente a su merced.

– Bueno, pues, hasta entonces. Y no se olvide de escribirme, dijo el Doctor con tono perentorio, quizás dudando de mi palabra. ¿Volvería o no la brasileña ésta?

Un análisis imposible: era eso lo que le estaba pidiendo. Y a más abundamiento, que sin acabar de analizarme fuese mi analista. ¿Por qué? ¿Para que Francia me consagrara? ¿Para que el Doctor me otorgara la marca de fábrica? A menos que me encontrara en ese país, tierra de recambio para los cristianos del Cedro, simplemente a causa de mis antepasados. Sigo sin entender lo que me guiaba, como si, al no entregarme la llave, el pasado me obligase a regresar donde el gran hombre.

Sí, lo que yo deseaba era un análisis que nunca aconteciese. Pero el Doctor confiaba en las razones del inconsciente, y sabía mucho sobre el como si, sobre el hacer de cuenta. De modo que hizo caso omiso de mis contradicciones. Entró en el juego de mi lamento para escucharlo mejor. La lógica del no contradecirse le interesaba poco. Eso es, opinaba, al preguntarle yo si tal o tal hipótesis sería la atinada. Y de nuevo: eso es, si me arriesgaba a sostener lo contrario. –¡Era como para enloquecer! ¿Cuál? ¿Esta o ésta?, insistía desconcertada, preguntándome cuál de los dos habría perdido la chaveta. Sin embargo, al rato me daba cuenta de que el gran hombre conservaba la cabeza sobre los hombros, y entonces sospechaba un malentendido. Una verdad que no resultase de la exclusión ¿cómo demonios podía ser posible? –¡Había que cortarle la cabeza a una de ambas hipótesis, para tranquilizarse viéndola rodar! Yo que, 16 como buen loro, había repetido tesis, antítesis, etc., me tomé mi tiempo antes de comprender que la dialéctica del Doctor era otra. El Doctor honraba todos los decires, por diametralmente opuestos que fuesen.

4
Donde Seriema se burla de sus compatriotas sorbonícolas, los “loros rubios”.

El Doctor era derecho y daba la cara. Entretanto, yo sólo tenía ojos para no ver, y oídos para escuchar al loro rubio, especie de mutante brasileño que no soportaba los trópicos. ¿La casa? – ¡Que no entre nunca el sol! ¿La habitación? Cerrada. ¿La cama? Con baldaquín y mosquitero.

¿La naturaleza? Solo a la sombra de un árbol, en compañía de monos domesticados y de loros que repitieran frases latinas y francesas, nunca tupíes, porque Francia era la patria universal de los rebeldes y también de los mutantes. ¿La vestimenta del loro? Entre el negro y el gris, obedeciendo al imperativo de Verlaine: *“Pas la Couleur, rien que la nuance”*. ¿Su función? Pedagógica. El loro rubio practicaba las más variadas disciplinas, pero siempre enseñándolas de acuerdo con la ideología de moda, separando el grano de la paja. ¿Sus convicciones? Haríamos la revolución aunque el sexo de nuestro pueblo fuese la paciencia, y volveríamos a una lengua atenta a la gramática, reacia a los neologismos y capaz de revivir hermosos verbos tales como visionar por ver, recepcionar por recibir o audicionar por oír. En una palabra, se trataría de un regreso a las fuentes que “se inscribiría”, “tarea prioritaria”, “a nivel de las mayores urgencias nacionales” y que, al “interpelarnos de alguna manera”, exigiría de cada uno de nosotros un “compromiso total” para construir por fin la civilización en el trópico.

Yo deseaba ardientemente que mi país se entregara a esos prestigiosos héroes civilizadores que se ofrecían a salvarnos, loreando a más y mejor.

A decir verdad, semejantes mutantes caían en la melancolía cada vez que les faltaban potentes pensamientos venidos de lejos, ¿pero podía preocuparme por eso? No le habría prestado al caso la menor atención, de no haber mediado mi trato con el Doctor que, contrariamente a mis héroes, consideraba que el Carnaval era mi origen y soñaba con la samba sin renunciar al vals. A Francia le vendría muy bien volverse más brasileña, me decía. ¡Ah, querida, aquí tenemos tantas reglas que nos resulta imposible no acumular errores! Siempre culpables de esto o aquello, mea culpa, mea culpa, lo cual, amén de molesto, constituye una verdadera neurosis, – ¡por no decir psicosis!

Si lo hubiera escuchado, les habría hecho un corte de manga a aquellos loros rubios de complexión frágil o, como se dice por allá, les habría regalado una buena banana para ponerlos fuertes.

Sí
Yes
Oh yes!
Tenemos bananas
lindas bananas
para los que se aman.
Sí
Yes
Oh yes!
Verde o amarilla
la banana tiene mucha vitamina.
Cómpratela por cachos,
lorito,
para hacerte machazo,
no machito.

5
Donde Seriema vuelve a su país para conseguir un título de doctor.

Remembranza del abuelo paterno Jarja.

En todo caso, dicha banana no se la habría de mandar tan pronto a sus legítimos destinatarios. Me hacía falta tiempo.

Bueno, querida, no se olvide de escribirme, me iba yo repitiendo al salir del consultorio.

Acababa de comprometerme a volver por una temporada de cuatro meses.

Querida, queridísima... Así que El Doctor estaba conmigo, *be-bop-a-lula, she's my baby, be-bop* París para festejarme mejor.

Pont-des-Arts y Pont-Neuf, charlas y mascarones, una estatua ecuestre, de bronce, y procesiones de ángeles en todas las fachadas, a toda hora, no sólo en días de procesión. Notre-Dame, mi dama cotidiana. ¿Dónde están tus campanas? ¿El jorobado ya no las echa a cantar? –¡Ding dong! –¡Ding dong! *Frère Jacques dormez-vous, dormez-vous*... Hoy el único que toca es ese hombre, allá abajo, en el atrio de la iglesia, tan concentrado en su piano que no me ve. Poco le importa Carlomagno sobre su caballo con verdín. ¿Será griega la cruz de la corona? ¿Tendrá doble filo el arma del leude, en manos del escudero? A lo mejor es un hacha... El desconocido sigue tocando, y un japonés terriblemente nipón da vuelta la cabeza, a falta de dar vuelta los ojos para mirarme de reojo. El mimo latinoamericano vestido con un kimono es claramente su sosías, pero escapa a su vista, igual que el saltimbanqui bendecido por un ángel bajo el cielo rojizo... San Miguel, impávido, vence al diablo y al grifo, el agua surge, la fuente no se agota. Dame, Baco, el vino de la victoria y los demás alcoholes... La vidriera de la fiambrería parece un ikebana.

¿Será salmón ese puré de un rosa anaranjado? ¿Y si me animo a probarlo? Por dos monedas se sube al cielo. Entra sin miedo y sírvete, muchacha.

¿Era posible caminar cabizbajos o sentirse deprimidos, en semejante ciudad? ¿Cuatro meses serían tiempo suficiente para verlo y saborearlo todo? Los quesos los servían en bandeja, con un arreglo de blancos y de grises humo y en un aluvión de olores y sabores insospechados...

París, para mí, iba a ser el Doctor. El parecía esperarme desde siempre, él iba a iluminarme como un sol –¡Ah, santo, con su cabellera blanca y brillante como de plata pura, su lento caminar y su sonrisa indulgente! Ni hombre ni mujer, pero tampoco ángel.

Claro, era eso, yo debía volver para encontrar mi camino. Tomar el avión significaba separarme de mí, que me quedaba en París, planeando. En el avión me ahogaba, envuelta ya en una cotidianeidad donde, pese a mis cacareados mi-mar, mi-sol, muy poco me ubicaba. Para hablar de los autóctonos, mi abuela Hila decía "esos brasileños", expresión de un sentimiento negativo que ella nunca se atrevería a afirmar, pero que subrayaba involuntariamente con una mueca prolongada donde sobresalía el antojo negro que afeaba su labio inferior. ¿Qué iría a hacer de nuevo entre "esos brasileños", a diez mil kilómetros del Doctor?

La nieta se parecía bastante a la abuela. Sí, Hila, yo era tu reflejo, y no medía los alcances de tu adjetivo demostrativo. Querías un Brasil sin brasileños. Por supuesto que para ellos eras una "turca", y que el racismo es el sello distintivo de las Américas. Pero caramba, ¿no podías

reaccionar de otra manera? –¡Mis compatriotas siempre te resultaron sospechosos! Y yo, yo que te amaba, ¿podía no ponerme de tu lado, no prolongar la diáspora al arrojarme en el diván del gran hombre? No hay palabra inocente. Con mektub, me escamoteabas mi historia; con "esos brasileños", mi patria. ¿Acaso es poca cosa?

El hecho fue que en el avión, de regreso al Brasil, me extrañé como nunca. La tesis de doctorado, evocada para postergar París, me pareció irrisoria. Pero el diploma seguía siendo indispensable. Necesitaba ese título para subirme al escalón más alto del podio, como lo había querido mi padre.

Mens sana in corpore sano, proclamaba, mientras cronometraba las idas y vueltas de la futura heroína en la piscina olímpica donde me enseñaba a triunfar sin pensar en fracasos. Doctora, para no ser doña, ama de casa, y para escapar a la condición de ese sexo al que mi padre, sin embargo, exaltaba, evocando a Juana de Arco al frente de sus tropas. Doctora, el título me ponía por las nubes, con armadura y todo. Doctora, además, para salir del país de su miseria y vencer la maldición que pesaba sobre el pueblo infortunado de esta tierra tan fértil. Doctora, de algún modo, para pagar deudas que yo no había contraído y brillar en el firmamento de la patria: –¡Salvarla o morir! Así pues, tenía que conseguir el doctorado. París quedaría para después. A fuerza de esperar se logran las cosas, dice un proverbio nuestro. –¡Qué buen chiste! Unos meses de investigaciones sobre el terreno me permitieron medir las funestas consecuencias del refrán. ¿Acaso éste no convierte a la gente del pueblo en muertos de hambre que dan a luz a nonatos recibidos por esculapios tan indiferentes a la vida como los generales de la dictadura? –¡Y ni un doctor que denunciara la desnutrición! Aquí, el honor que habría de conferirme el doctoral bonete olía a muerto.

Me puse ese bonete con cara de cuaresma y me negué a someterme al ritual de investidura y a la sacrosanta fotograña. Al llegar a la altura de los campeones, he aquí que me alejaba de ellos e, insensiblemente, de mi padre.

Yo necesitaba al Doctor. Otro camino. El futuro dependía de una nueva memoria del pasado. ¿Quién he sido que no puedo ya ser la que soy? Para saberlo, acuérdate de tus antepasados y de lo que hemos vivido, me habría respondido el padre de mi padre, Jarja, el abuelo olvidado desde hacía rato, por vergüenza de mis orígenes. Sí, a él debo evocar para desatarme del gran hombre y liberarme, como el propio Jarja lo quiso un día: "¿Y el mar no será mío también? Sus aguas verdes brillan y me acunan. La ola me levanta hacia otras lenguas y otros cielos... ¿La gaviota será desconocida en el país de los cocoteros? –¡Rápido, al Océano! –¡Hacia otros colores y estrellas nunca vistas! Buena mesa cada día, en las tierras fértiles del Brasil".

Jarja el visionario también era narrador... Reinos del Nilo y faraones, obeliscos solares y pirámides vigiladas por la esfinge... Las historias del abuelo eran magia, aunque más no fuera por los mares y las edades que habían atravesado. Cada una era una perla que caía de su boca en el joyero de nuestra lengua o de la suya, perla que se insinuaba en nosotros como un misterio... Sus frases se desenvolvían en arabescos de oro y plata. Nos conducía a palacios de ónix y mármol blanco, nos abría vergeles que brillaban con sus manzanas de cristal. En los canales y los estanques los nenúfares hacían versos a la gloria del Califa. Tranquilizados por la luz de la lámpara de Aladino, tan próxima, felices vagabundeábamos por las alamedas bordeadas de cipreses.

Nos hablaba del Oriente y del Occidente del Oriente: Al Andalus, Andalucía, la España de las ciudades fortificadas, de las ciudades inexpugnables... Alquala Hamra, la Alhambra de rojas murallas con sus torres innumerables, sus patios refrescantes como oasis, el castillo donde los poetas eran semidioses, allí donde un buen verso te convertía en vizir. –¡La astronomía, la

astrología, la trigonometría, la civilización!, exclamaba... la álgebra, al-gebra, de origen árabe, lo mismo que al-coba, al-mohada, al-garabía, todas palabras comenzadas en al, árabes igual que azúcar, sukkar, o naranja, narany.

Estaba el Jarja de las historias y estaba el Jarja del silencio. El de las largas horas de lectura en el sillón del negocio, antesala de la casa, cuando no comerciaba con arroz, algodón y café, o cuando no separaba el arroz de grano largo del de grano roto, ni los granos regulares de café de sus hermanos defectuosos. Callado en su negocio, y también afuera, cuando cultivaba la huerta donde Hila cosechaba las verduras, las hierbas aromáticas, o cuando regaba la parra donde centelleaba la verde promesa de los racimos, allí donde el aroma de las guayabas se nos subía a la cabeza, esas guayabas con las que María José, la vieja negra, Igna para nosotros, hacía dulce de la mañana a la noche, inclinada sobre su caldero... ¿Jarja era avaro de palabras porque el mundo charla y el sabio se calla, o porque de ese modo se cuidaba del peligro, ya que, como decía mi abuela, nadie se arrepintió jamás de haber guardado silencio? Él amaba la paz. Mientras puedas defenderte con palabras, no saques el sable de su estuche, decía. Cuando no puedas, ataca.

Es que Jarja conocía la guerra. En realidad, allá en el Cedro, le había tocado vivir un tiempo de paz: chiítas, sunitas, drusos, melquitas, maronitas y griegos ortodoxos comulgaban en el mismo culto a los negocios, con una única divisa: Muchos dioses, pero un sólo comercio. Y sin embargo, ¿cómo olvidar 1860, cómo olvidar Al Haraque, esa masacre de cristianos a manos de los drusos, cobardemente incitados a la matanza por los turcos? ¿Y Deir el Kamar? Recién nacidos empalados, muchachas violadas, mujeres despanzurradas. La carnicería en la calle, el ultraje en el templo, y los drusos que orinaban en los vasos sagrados, insultando y pateando las imágenes de los santos católicos. Al cura le habían cortado el cuero cabelludo: “Para que te acuerdes de la tonsura”. Le habían cortado los dedos y se los habían metido en la boca: “Toma, come, es el cuerpo de tu Dios”, ¿Quién podía olvidar semejantes horrores? El abuelo solo había oído hablar de Al Haraque o de Deir el Kamar, pero había conocido la prohibición de montar a caballo o de caminar a la derecha: “– ¡A la izquierda, Ishmel, a la izquierda, cristiano!” Ese país se había vuelto imposible, y Jarja lo sabía. ¿Cómo seguir viviendo a merced de los turcos, corriendo el riesgo de que lo enrolaran para una guerra que no era la suya? Se sentía extranjero en su propia aldea. Lo único que le quedaba era emigrar, cosechar los frutos amargos de una irremediable nostalgia y acordarse del cedro, el árbol-madre de los fenicios, con sus raíces nabiformes y su madera roja imputrescible, sus hojas verde mar y sus pimpollos color cielo, sus flores amarillas y sus frutos con largas alas. Soñaría con las cumbres eternamente cubiertas de nieve, con las rocas escarpadas y con los precipicios insondables que atrapaban los torrentes... Jarja abandonó las montañas del Líbano, donde ya no estaba en su casa, y las cambió por otras cumbres aptas para la conquista.

Aunque catalogado como inmigrante, pudo por fin vivir sin miedo su propia religión y terminar la función a la cabeza de numerosos comercios.

¿Cómo no amar el pueblito de Vari, que le permitió pasar una vida apacible y lo acogió en su cementerio a la sombra de un ipé con flores amarillas? Amó esa aldea, pero desdeñándola, siempre nostálgico del país perdido, borrando en su mente la guerra y sus consecuencias – muerte o emigración – y cubriéndose el rostro ante su madre, Iana, la bisabuela del clan, que se volvió loca por haber abandonado su país. Iana sólo salía de su pieza envuelta en una sábana blanca, para moler la carne del kebé, sentada sobre los mosaicos del piso, con el mortero entre las piernas, cuando no se aparecía en una estación lejana, “rumbo al Líbano”. Tú, Jarja, nunca decías “esos brasileños”, como Hila, pero te llenabas la boca con los cuatro mil años de tradiciones y los comparabas con los cuatrocientos “un poco cortos” de los naturales del país. En América te hiciste tan xenófobo como los mismos brasileños que te apodaban “turco”.

A diferencia de la abuela – mektub – tú nos transmitiste el pasado, aunque lo embelleciste, rebajando al Brasil ¿Cómo hubiera podido no ir a Francia ni apelar al Doctor? A tu manera, me negaste mi país, porque te fuiste a América soñando con el país originario, después de haber soñado con un sitio imposible donde el maná caía del cielo.

II

6
Donde Seriema descubre que al marcharse a París está respondiendo sencillamente a los deseos de su madre, y se dice que el francés no es su lengua.

El maná no cayó del cielo, pero yo, Seriema, había heredado la ilusión ancestral. –¡La atávica creencia en la magia! Esta creencia era tan fuerte que, de niña, hubiera podido ahorrarme el tarareo de esta samba bien nuestra:

Dios me dio,

Dios me da,

siempre me dará.

En París, mi vida cambiaría. Poco me importaba que mi analista no tuviera la varita mágica. Creemos lo que queremos creer y, al fin doctora, doctora brasileña, le escribí al gran hombre. Una primera misiva, después otra, pero ni asomo de respuesta. Valientemente, saqué fotocopia de mis dos cartas y las puse en el correo. Mi insistencia llevaba la marca de mi determinación, y recibí el siguiente telegrama:

A su disposición

La recibiré cuando a usted le convenga.

Confírmeme la fecha de su llegada.

Suyo

–¡Suyo! –¡Me ponía "suyo"! No, no estaba soñando.

Ahí decía "suyo". Corrí a exteriorizar mi alegría sin olvidarme de exhibir el telegrama de cabaña en cabaña. Era la promesa de una nueva vida, la de hablar en francés, la de entenderme en esa lengua que sonaba como música a oídos de mi madre, y que ella amaba sólo por su sonido, que la hacía soñar. Con el francés, mi madre se transladaba a orillas del Sena, "donde existe una civilización, hija mía". El francés era el idioma con el que mi madre se identificaba para huir de la realidad, y yo, Seriema, quería vivir en francés puesto que yo deseaba lo mismo que ella.

La fantasía materna me obligaba a cambiar por una lengua extranjera la lengua en la que había sido educada entre todas mis Marías. La lengua en la que soñaba, a mi pesar o no: una lengua muy dulce, con vocales muy largas, como cantada, indiferente a las reglas de la gramática, una lengua que rechaza lo que es contrario al uso para dejarse influir libremente por todas las melodías de la tierra.

Pero ¿podía saber todo eso antes de marcharme a Francia, si lo que para mí contaba en la época del telegrama era vivir en el "centro de la civilización", en la ciudad que le otorgaba todo su brillo a las mil y una historias narradas por mamá sobre su madre, Malena, la única hija de Faia, el gran señor de Sao? Escucha, Seriema, París era la preferida de tu abuela. Se pasó allí un año entero, ¿si no cómo habría hecho para elegir los cristales y los mármoles del palacete, los motivos del cielorraso, de los frisos y de los frescos del salón?

Canapés y poltronas de madera esculpida y laqueada, la duquesa y las marquesas con guirnaldas doradas alrededor y otras guirnaldas de colores en las tapicerías, las estatuillas de Sèvres, Eros y Psyquis, el jarrón de porcelana donde revoloteaban los mirlos. El gran salón hasta habría sido digno de una francesa, como lo era la escalera que se lanzaba de un sólo impulso hacia arriba y que fue el escenario de todas nuestras bodas. –¡Ah, si hubieras visto aquello! La novia bajaba la escalera al son de la orquesta, envuelta en una nube de tul. Esa escalera era una copia exacta del original francés, con su limón y sus peldaños idénticos. Hasta las piedras del castillo habían sido importadas, y también las telas y los galones y las borlas de las cortinas.

Malena sólo se sentía en su casa cuando se hallaba en Francia, y como sólo en su casa estaba en Francia, unos grados de calor le servían de pretexto para no salir del palacete. Mi madre, por su parte, habría preferido mil veces el canto del mirlo al gorjeo del pájaro sabiá, y mil veces la copa de un castaño al penacho de una palmera. En esas condiciones, ¿acaso me era posible no correr a París en su lugar? Iba allí para realizar su sueño. Trocaba mis trópicos por la ciudad luz, aunque mi-mar, mi-sol y mi buena negra me dividieran en secreto.

Tenía que partir costara lo que costase. Fijé pues la fecha, olvidando mi vieja costumbre de no decir jamás ni sí ni no, y me callé la boca, dejándola a mi madre hacerse lenguas, hablar hasta por los codos de la pequeña que, como antes Malena, etc. Gracias a mi hazaña, me regalaron un sombrero, claro que sin plumas ni lentejuelas para evitarme el ridículo en tierra ajena. Elegí una boina de terciopelo negro que convenía para la ocasión, puesto que luciría un discreto trajecito al gusto de Malena. En Europa, la función de la boina también sería la de calentar este precioso cráneo. Empujada por mi madre, volaba tras sus huellas, yo que me imaginaba estar abriendo un nuevo camino cuando, en realidad, seguía simplemente el de los otros, como mi abuela materna, mi padre el médico y los mentados papagayos rubios que, aunque anduvieran con un martillo en una mano y una hoz en la otra, vivían en palacetes, cenaban a la francesa y ni de adultos podían prescindir de sus niñeras. María haceme esto... María haceme esto otro... omitiendo agregar por favor.

Ahora, en el extranjero, iba a tener que arreglármelas solita. Mis Marías no me habían preparado para tanto, y sólo gracias a mis costumbres carnavalescas – disfrazarme de japonesa, india o tirolesa – logré entrar en un juego que no era el mío. Hasta cubierta de diplomas la francesa cocina y sirve la mesa. A mí sólo me habían enseñado el arte de mandar.

Además, Tristán a Isolda le mandaba ramitos de flores y esquelitas de amor, mientras que yo, sin tanta fioritura, me apoderaba de mis presas revoleando el lazo.

Isolda, Isolda, mi buena Isolda,

cázalo y no seas tonta,

el hombre que al amor no se asoma

es cual flor que no esparce su aroma.

7
Donde la heroína va al Barrio Latino, ejercita la pronunciación francesa y sueña con su país.

Con mi trajecito sastre y, por supuesto, mi boina hasta las orejas, llegué al fin a París. ¿Pero dónde se habrá metido mi negrito? –¡No hay ni un changador! –Tres valijas para conservar mi rango y ahora resultaba que tenía que empujar una con el pie y arrastrar por el suelo las otras dos, ¡Yo que ni sabía preparar mis maletas! Cuidado, María, con olvidarte de algo, ¿eh? Me di cuenta enseguida de que me faltaba envergadura para tanta vestimenta, pero años me llevó prescindir del negrito, volverme más liviana y trocar mis varias valijas de cuero por una sola de material sintético y provista de rueditas.

– Al Barrio Latino, le ordené aliviada al chofer.

"Allí seré la amiga del rey. Tendré todo cuanto quiera, y en la cama que elija", como dice el poeta. En suma, estaba en casa como todos los otros papagayos rubios que se enjaulaban aquí tiritando de frío, ejercitando el pico para pronunciar la famosa *e* francesa, un sonido rarísimo, cercano al silbido pero no mucho, que si no, –¡cuidado con la gaffe! En el Barrio Latino me sentía en mi exacto lugar, por más que hubiera nacido en una ciudad donde hasta el siglo XVIII se había hablado el tupí, y por más que del latín sólo recordase *Alea jacta est*. ¿Qué importaba que mi habitación fuera minúscula y la cama, tan blanda que mejor me hubiera hallado en una hamaca? Tenía la preclara Sorbona a menos de dos pasos. –¡Pensar que ya prodigaba su saber, que ya formaba a auténticos doctores en una época en que los portugueses ni nos habían descubierto! Allí tenían lugar verdaderos seminarios, no confederaciones de indios con plumas. Allí tenían Universidad, Panteón, derechos humanos, mientras que el libro, entre nosotros, era un objeto raro, y la mujer, soltera o casada, permanecía oculta detrás de la celosía o de su negra mantilla.

– Un cigarro y un coñac, por favor.

–¿Qué?, me respondió el portero con aire de autómata.

O no me había entendido o había oído demasiado bien. Sí, señor, yo tenía ganas de fumarme un cigarro y de tomarme un coñac, pero aquí, no. ¿Qué tendría este hotel: tres estrellas o una cruz?

Mejor salgamos. Hablando de estrellas, ¿dónde se habrán metido mis Tres Marías? No me pude tomar ni una coca, todo por no haber acentuado la última sílaba como correspondía. *Be-bop-a-lula, she's my baby,* por todas partes la misma cantinela... *she's my baby*, y yo no soy de nadie.

Huyamos de este bar. ¿Pero ésa no es la rue des Ecoles? Un ciego pide limosna quitándose los piojos. Parece que acá también las pasan negras. ¿Le doy dos francos para no oírle más la letanía? Agarremos por la rue Saint-Jacques. Castañas, buena idea, se las pela y se las come bien calentitas, se las aplasta contra el paladar, miel de castaña... Sigo andando, llego al Sena, es de noche y tengo frío.

Siempre lo mismo. Adentro de los bares, demasiado abrigada, afuera, no lo suficiente. ¿Un tapado de piel, Seriema? Sí, para arroparte bien, no como allá, donde la piel apenas si subraya los hombros desnudos, estolita de visón o de armiño sobre un disfraz de lentejuelas... Aquí se necesita una piel de verdad, no para lucirla dándose corte. O te adaptas, muchacha, o te sorbes los mocos.

Esa noche dormí profundamente y soñé. Por todas partes, amarillo, violeta, colores nuestros. Vagabundeo en medio de los ipés y de las lilas en flor, en una plaza provinciana donde alguien toca el orfeón. ¿Chopin en mi pueblito? Sobrevuelo las casas vestida con un largo vestido amarillo, translúcido y flotante. Bajo planeando, como en cámara lenta, y aterrizo en la rue du Baron de T, donde el Doctor, vestido con un frac y del tamaño de Pulgarcito, me entrega un globo no de goma sino de chocolate.

¿Qué plaza podía ser, sino la de Vari? ¿Pero qué hacía en Vari la rue du Baron de T? Veamos. La T... era la T de Triunfo. Claro, era la calle del Barón del Triunfo donde cuando era niña me compraba mi bombón de chocolate preferido, que se llamaba Sueño de Vals... Venía envuelto en papel celofán de un rojo fosforescente, con una parejita bailando, él de smoking y ella con vestido amarillo, lo mismo repetido en las cuatro esquinas, en los cuatro puntos cardinales, como si el mundo fuera un tablado y, en el centro, un violín.

Ojalá que el Doctor me regale el bombón, mi Sueño de Vals, y que, como el poeta, me murmure:

"–¡Come chocolate, pequeña, come chocolate!

Mira que toda la metafísica del mundo está en el chocolate.

Mira que ninguna religión enseña más que la confitería"

8
Donde la heroína consigne cita con el gran hombre.

–¡Hola!

– Con el Doctor, le digo a la secretaria.

–¿Quién le habla?

¿Qué contesto? ¿Le doy mi nombre? La secretaria no me conoce. Mejor mi nombre y mi país de origen. El quasi continente me daría más caché.

–¿Brasil? Un momento, por favor.

Todo lo que usted quiera, señora... ¿Pero al Doctor ahora qué le digo? ¿Que tuve frío, que vi el río y que soñé con chocolate? Si pudiera, daría marcha atrás. ¿Quién soy? Nadie, nadie, se lo aseguro. Soy la que camina sobre huevos sin saber adónde va... *go back, back, back...*

–¡Hola, hola!

Era él, repitiéndose en vano.

– Dígame. La escucho, querida.

– Sí, sí, Doctor, es que llegué, y, como si bastara con eso, enmudecí de nuevo.

–¿Bueno, y entonces?

– Quiero verlo.

– Venga a las cinco, y, sin más trámite, el gran hombre colgó.

¿Cómo?... Me quedé con el tubo sonándome en la oreja. –¡Qué modo de cortar! ¿Ya me estaría interpretando? ¿Pero de qué servía? Mejor hubiera sido que oyera lo importante, llegué y quiero, dado que yo no paraba de anunciarle mi aparición desde hacía dos años. Obviamente bastaba con indicarle ese dato: que acababa de llegar.

Patitas para qué te quiero. Salí a la calle desconcertada, como bien dice el tango, y en la calle entendí.

No por nada el Doctor había sido lacónico y a la vez imperativo. ¿Acaso al decirme ¿y *entonces*? no me llevó a pronunciar *quiero*? Venga era justamente la imperiosa respuesta para un deseo imperioso. En realidad me había dicho bienvenida, *welcome, bienvenue*... Mozo, una copa de Beaujolais y cigarrillos *King Size.* El paraíso es de los extranjeros y el exilio tiene color de vino tinto... Me espera a las 17. Antes voy a pedir la bendición. Notre-Dame, caleidoscópica roseta, polvo de lapislázuli en los vitrales, verde hiedra sobre el sexo de Adán y amarillo oro para la corona de la Virgen. Verde y amarillo, bandera tropical. A las 17 me encontraré con él. Pero ¿para qué? Y además ¿quién es él? ¿Existirá algún camino que no pase por la Esfinge? ¿Otra hora que no sea la hora decisiva?

Hora de decir quién era. ¿Sería posible? Esta es una historia de inmigración, una historia americana, señor Doctor.

La historia de una brasileña que no lo es ni para los del Cedro, ni para los del Brasil, porque para estos últimos ella no es más que una *"turca"*: un ser, señor Doctor, que ni en su propio país tiene sentido, y que por eso busca otro. ¿Decirle eso? Imposible. Ignoraba quién era y lo que me impulsaba, pero poco me importaba saberlo en ese instante. Sólo ser amada sin condiciones, y sin tener que hablar, apenas ofreciendo mi silencio. Que me dejase así, callada, dándome una prueba de amor. Si me amas, no me preguntes por qué has sido el elegido, no exijas nada para que pueda dártelo todo, para que pueda seducirte y así permanecer en la ignorancia.

Llamé a su puerta a las 17 en punto, extraña a la razón que me llevaba y dejando para más tarde la posibilidad de descubrir que el destierro era la condición indispensable para conocerme a mi misma, y que, desterrándome, comprendería que la inmigración era la historia de los otros, y Francia, un ideal no mío del todo.

9
El Doctor le aconseja a Seriema buscarse a un analista que hable su lengua.

El Doctor fijaba la hora pero puntual no era. ¿Sería caprichoso? ¿Tan poco le importaba hacer esperar? ¿Lo exigía a modo de prueba?, me preguntaba en la antesala, encadenando dudas.

Aquí el valor de la hora era relativo. ¿Podía ser de otra manera? ¿No lo habían echado de la multinacional a causa del tiempo de las sesiones, y por querer que éste dependiese de lo que se decía? ¿Y no había pagado con su expulsión definitiva por haber contrariado la sacrosanta regla de los 50 minutos? Ni un segundo más, ni uno menos. Como con él la duración de la sesión resultaba imprevisible, la puntualidad también podía obviarse. –¡Que los analistas ingleses se guardaran el reloj de sol adonde no les diera el mismo! El Doctor obedecía a los imperativos de la palabra y reivindicaba el derecho a otro estilo. Menos lord que Buffon, coterráneo suyo, este último al que a menudo citaba, recordando que *el estilo es el hombre*.

Ni 50 minutos, ni atender de acuerdo con el orden de llegada. ¿Era el señor del tiempo? Aparecía en la puerta de la sala, miraba a uno, miraba al otro, vacilaba balanceando el cuerpo como un péndulo y después tendía la mano hacia el elegido como haciéndole una ofrenda. ¿Qué lo llevaba a decidirse? ¿Por qué a veces me hacía entrar apenas me veía y en otras ocasiones me dejaba para el final? En aquel contexto, el orden no podía ser un criterio, puesto que todo, hasta el precio, dependía de lo dicho. ¿Pero qué sésamo ábrete apresuraba o retardaba el momento de la recepción?

– Venga, dijo aquel día el enigmático Doctor. Me hizo sentar en una silla y él se sentó en la otra, de frente y a dos pasos, tapándome la vista del diván y la poltrona, que brillaba con todas sus incrustaciones de nácar.

– Dígame, estoy aquí para escucharla.

El Doctor ya me cobraba mis palabras, sin dejar que callando paladease mis Sueños de Vals y mi bombón de chocolate.

– Sí, ahora me puedo quedar cuatro meses.

–¿Cómo?

– Los cuatro meses en que habíamos quedado.

Lo prometido es deuda, pero yo me escudaba en lo ya convenido para no comprometerme. Puedo no era lo mismo que quiero y mi vacilación lo contagió.

– El francés va a ser un problema, dijo, haciéndome avanzar en su propia dirección.

– Deme un poco de tiempo.

En vez de eso el gran hombre dio un paso atrás:

– Podría derivarla a una discípula de lengua portuguesa.

–¿De Portugal?

–¿Es el país de sus descubridores, no?

– Si no es con usted, me tomo el avión esta misma noche.

– Bueno, entonces hasta mañana. Dijo, se levantó, abrió la puerta y yo salí perpleja. Lo decisivo había sido dicho: *él y nadie más que él*. Sólo él, condición absoluta.

Tal vez el Doctor había fingido vacilar para precipitar los hechos, pero lo que provocó mi decisión fue la portuguesa. Con ella dejaría de estar en casa hasta en mi propia lengua. Si la analista recomendada me viera comiendo un *sandwich* lo llamaría *emparedado*, y yo, ignorando el sinónimo; pensaría más bien en una horrible manera de morir. Si ella me hablara de *coger* un objeto, yo pensaría en el *amor*. Si yo dijera *fósforos*, ella respondería *cerillas*, y esa suerte de cera pequeñita me movería a imaginar una estatuilla con alfileres clavados, no por diminuta menos de magia negra.

¿Podíamos entendemos? ¿No consideraría ella que yo traicionaba su lengua desconociendo sus sentidos seculares? Eso sin hablar de la sintaxis, de todas esas frases que, por fuerza de la costumbre, yo comenzaría con un pronombre personal, transformando en arcaísmo la regla contraria y así desacreditando la gramática. Desde su punto de vista, yo necesitaría más aulas que consultorios.

¿Viajar a Francia para caer con una portuguesa? Ni hablar. Yo precisaba al Doctor para saberme americana y soñar con los descubridores que navegan por las costas doradas con sus montañas esmeraldinas de aureolas verdes, resplandecientes cual llama viva. Imaginarlos entre quimeras y sirenas, descendiendo de sus carabelas en una tierra donde la naturaleza es perfecta y donde en la cima de los árboles, un pájaro de hermoso plumaje, loro de pico de oro, supuesto hijo de los ángeles, sabe imitar la voz humana, mientras que abajo, sin vergüenza de sus vergüenzas, una mujer desnuda se ofrece a retozar.

10
Donde el Doctor piensa que Seriema es una india.
Evocación de Faia, bisabuelo materno.

Al diablo la discípula y nada de portuguesas. El Doctor o nadie. Aprender francés aunque tuviese que masticar las palabras, rumiar a Proust y a todos los otros que la ciudad me iba presentando en sus estatuas. Bastaba con detenerme ante ellas para toparme con mi ignorancia: –¡Tantos autores entronizados por la civilización! –¡Rousseau, Voltaire, Molière! En su silencio secular, ceñuda o sonriente, la estatua me humillaba al denunciar mi incultura. Agigantándose me disminuía. Yo necesitaba crecer, alimentarme de saber para que no me aplastasen. Una caníbal con un hambre de lobo. En cada esquina, una lucha de prestigio: yo contra Montaigne, yo contra Diderot. El paseo se trocaba en combate, y si no salía totalmente vencida era por falta de testigos.

Vergüenza de ser la que era, ignara y, para colmo, con la tez olivácea. Llevaba mi insensatez al punto de rechazar lo que me revelase diferente, practicando una xenofobia cuyo objeto era yo misma y que trababa el menor de mis gestos hasta borrar mi sombra.

A cada línea de Proust, una palabra desconocida. Yo que tragaba libros, esta vez me atragantaba regurgitando hiel.

–¡Indigesta tentativa! Si no fuese por el Doctor, ese tiempo perdido valdría poco. Pero era el precio a pagar por lo que aún no había dicho.

– Aquí la llaman *la brasilerita*, me comentó al día siguiente. Su tono envolvente no amenizaba el eclipse del nombre detrás del origen, y yo no advertí que la tal brasilerita proporcionaba la medida de la irradiación del gran hombre, Doctor de Francia en tierras del Brasil.

–¿Hay sangre india en su familia?

Una pregunta inesperada. ¿Intentaba saber si aun remotamente era selvática? ¿Si descendía de aquellos seres que se trepaban en cueros a las naves europeas, creyendo embarcarse rumbo al cielo? ¿Si estaba allí como otrora lo hicieran los Tupinambá, para animar las fiestas francesas y ofrecer a los reyes y reinas, obispos y prelados el espectáculo del Nuevo Mundo? ¿Con el arco y la flecha? ¿Con plumas y maracas? Respondí tragando saliva:

– Sólo libaneses inmigrantes.

–¿Qué más?, interrogó, imperativo, cambiando de tono.

– Ahora estoy aquí, en Francia. Extranjera entre estatuas.

El actor que había en él entró en escena:

– El país, la casa, la familia... La gran aventura, de un continente al otro... ¡Como si hubiera venido a descubrir América!

Y así diciendo me devolvió a la calle, y a América, la que yo habría de descubrir a través suyo. Al indicarme la epopeya me fascinaba y me amarraba.

A decir verdad, yo buscaba justamente amarras para liberarme de América. Llegaba a Francia para olvidarme del Brasil, tierra de inmigración malquerida que los antepasados no me legaron. ¿Hila? Despreciaba a los brasileños. ¿Jarja? Sólo amaba el pasado. Y Faia el grande, el bisabuelo materno, se fue a América para hacérsela, pera no nos legó un país.

Sólo la memoria de su audacia, de su pasión por su esposa y del odio entre sus herederos, quizás porque su lema fue: Fortuna o muerte.

Es verdad que allá en su tierra de nadie, la del Cedro, los únicos que pagaban por los desmanes del turco eran los pobres. El rico, cristiano o musulmán, era el aliado de la Puerta... –¡La vida por la riqueza! Y Faia se marchó. En menos de diez años acumuló varias bolsas de oro con el comercio del arroz, el café o el algodón. Después apostó su fortuna al marco alemán y perdió todo. A empezar desde cero.

¿Quizás porque él tenía que jugarse la vida como lo hacen los pobres? Del marco pasó al Mato y se llenó de oro vendiendo madera. El Mato le dio a Faia todo lo que deseaba, oro y un cafetal tan inmenso que se medía por el tiempo: el necesario para que el tren que lo atravesaba trajera de la ciudad a su mujer bienamada, Azize, Azize la de ojos de paloma y labios de lirio que goteaban mirra. Para ella, él perfumaba la casa con esencia de jazmín, cortaba de la huerta los más hermosos frutos y del jardín las rosas, los narcisos, el jacinto y la violeta, y saneaba la tierra para que no la molestase ni una mosca.

Has tomado mi corazón
hermana esposa
con una sola de tus miradas
con uno solo de tus collares
Jardín cerrado, fuente sellada
hermana esposa
tu cuerpo es un huerto de granadas
con frutos sublimes
alheña y nardo
nardo y azafrán
canela y cinamomo
con todos los árboles de incienso
mirra y áloe
con los mejores bálsamos
fuente de jardines
hermana esposa
pozo de agua vivas
que surge allá en el Líbano.

Que para Azize se levantase un palacete en la colina más alta de la metrópoli. *Aquala Hamra*... jardín de cafetales donde ella soñaría con él. De niños recogíamos las bayas color cereza... jugábamos en el minarete y en la torre... pintado en las paredes había todo un harem... admirábamos a la odalisca que bailaba la danza del vientre, sin saber que no era la del Carnaval... Baalbeck aparecía con sus inmensas columnas... sobre los tapices persas habíamos inventado otra rayuela, saltando de rombo en rombo y de cuadrado en cuadrado... una viña se enroscaba tallada en el yeso, la piedra y la madera... la escalera era francesa... en el salón, el retrato del muy cristiano Luis XIV nos dejaba boquiabiertos con sus largos rizos de mujer. Francia junto al Oriente, una híbrida flor en un oasis tropical.

Que el palacete brillara eternamente y que no se apagara ni por decreto militar. Durante la Segunda Guerra, en la ciudad se impuso el *black out*. Pero el reflejo de la luna en los cristales esmerilados siguió haciendo brillar el palacete, impávido en los trópicos, tan impávido como en la Sierra Nevada lo estaba la Alhambra, ese castillo bermejo de los cuentos de Jarja.

Que de tal palacete saliese el propietario, en su féretro de negro ébano todo cubierto de lirios blancos. Adiós, Faia...

En adelante, la hija única, Malena, recibiría a los del Cedro, abriría la casa a todos cuantos anunciasen su visita, invitaría a músicos y poetas, celebraría los nacimientos en el respeto de las normas, ofreciendo el arak y las nueces, las pasas de uva y las almendras que deparan fortuna y felicidad. Allí se festejaron los casamientos de los hijos, con perlas para las invitadas, perfume de agua de rosa y flor de azahar. En presencia del cura, el novio y su prometida unidos para siempre, y un vals vienés, eternamente el mismo, bajo la luz de los faroles chinos.

La morada relucía, pera no es oro, Faia, todo lo que reluce. Dejaste un testamento donde te atrevías a imponerle la ley coránica a tu hija Malena, para que ella la aplicase a sus herederos. Los hijos hombres heredaban la mejor parte. Una guerra fratricida fue tu legado. El hijo odiando al hijo, la madre desgarrada, hermanos contra hermanos negándose el amor que unos a otros se debían, almas condenadas, torturándose y consumiéndose en su propio infierno hasta la demolición del minarete. Cuatro tractores se rompieron antes de conseguir su propósito. Por fin lo echaron abajo, lo vendieron trozo por trozo y toda la familia fue a mendigar los pedazos entre los anticuarios – una reliquia, una columna, vitrales multicolores o una araña de caireles –, para venir a descubrir que de nada vale romperse la cabeza yendo contra las cosas. Se pelearon como águilas y el que ganó fue el zorro.

Así te hiciste la América, Faia, transmitiendo la memoria de una tierra donde el clan se deshizo, y donde hasta la infancia nos parece un espejismo. Te hiciste el Brasil, privando a tu descendencia de lo que acumulaste, exigiéndole que clamase ella también FORTUNA O MUERTE y que desconociese la fraternidad. Un país imposible, una imaginaria tierra de apátridas fue lo que nos dejaste como herencia.

11
Donde Seriema se pregunta por qué razones está con el Doctor.

¿Descubrir América? ¿Acordarme del clan? ¿De Sao, que tanto se había agrandado cuando demolieron el minarete y arrancaron los cafetales? Nos prohibieron hasta el recuerdo de nuestra infancia, construyendo rascacielos cuyas formas copiaban como un remordimiento las del viejo palacio, entubando los ríos a fin de ensanchar los terrenos para construir y tornando idénticos los horizontes de todos los valles y colinas. ¿Cómo querer a esa ciudad que lanzaba al cielo el humo de sus industrias, tiñéndolo de gris hasta volver mentira las estrellas, y que nos exigía hallar el lirismo del aluminio y del cemento?

¿Brasil? –¡Bah! –¡París, París es lo que ansío! –¡Oh, Juana de Arco, préstame tu caballo, ése que tiene el bronce cubierto de un verdín amazónico! Pero quédate con el estandarte y con el casco, que yo sólo deseo galopar por el ocre de los jardines otonales. ¿Sueñas con el trópico, Juana?

En el trópico soñamos contigo, y con las cuatro estaciones; con hojas secas como éstas revoloteando al viento.

No conozco los nombres de los lirios. Flores del extranjero. ¿Cómo se llamarán? Bauticémoslas según el color.

¿*Desert song o Born again*? Evasión, seguro. ¿Y por qué no *Bar de nuit, After Dark* o *Wedding You*? Todos los nombres sirven y no me quedo con ninguno. Sigo por los muelles del Sena. ¿Qué se te ofrece, muchacha? –¡Ah, si yo lo supiera! Por lo pronto, comer. ¿En la rue Saint-André-des-Arts habrá confiterías? ¿En qué piensa esta vieja, en tortas o en insultos? Tiene nariz ganchuda y cejas como hoces. Para maquillarse sí que no le falta dinero, las mendigas de París no son como las nuestras. Un hombre saborea un panqueque y el otro, más allá, bebe un trago de nafta y escupe fuego. Interminable llamarada. Aquí también comen el pan amasado por el diablo.

Dondequiera que haya un pobre... Bueno, ¿y mi torta? ¿Me comeré un *Caribe* o un *Ojos de Moscú*? También tienen *Melodía, Dulzura* o *Pasión*. Me decido y me compro un *Paraíso*. ¿Al gran hombre le gustaría que le diera un poquito?

–¡Ese enigmático Doctor que nada quiere y nada explica!

Palabras con cuentagotas.

En los seminarios se quedaba acechando el resultado.

Que los oyentes lo escuchasen tragándose lo que no decía, lo que aún faltaba por decir. El que pretenda entender enseguida sólo halla frustración. Después, después, parecía sugerir el Doctor, negándose a ser inteligible de inmediato. Caminar para conocer el camino. El gran hombre quería analizados efectivamente pacientes: ¿era psicoanalista o maestro de *zen*?

Yo hubiera prescindido gustosa de seminarios y sesiones.

¿Para qué? ¿Para que terminara enviándome a América o a lo de la portuguesa? ¿, Y para que a cada paso me hiciese ignorar aún más el sentido de la cura? Mi querida, mi hermana, ¿hoy qué voy a decirle yo?

– Ya no entiendo más nada.

–¿De verdad?, preguntó el Doctor.

– De verdad.

– Ajá... Dígame, dígame.

– No sé ni por qué ni para qué estoy aquí. Algo me hizo venir.

– Eso es, comentó, y se acercó a mirarme.

–¿Pero qué es lo que me obliga a venir?

– Dígamelo, hermana mía.

– Si yo supiese... Por desgracia, querer no es poder.

–Así es. Hasta mañana.

12
Seriema tiene dudas sobre el tratamiento del Doctor.
Evocación de Iñó, tío paterno.

Una tarde a solas conmigo misma. Un paso preguntando parqué, otro para qué. ¿Acaso un loro rubio, sorbonicola de Sao a más abundamiento, podía desconocer la respuesta? –¡Que cura extravagante la de este Doctor, y qué idea estrambótica la de tener que hablar, perdiéndose para encontrarse! Si hubiera leído menos y observado más y mejor al tío Iñó hermano de mi padre y oveja negra de la familia, habría sabido vagabundear para hallarme y entraría en el juego del gran hombre para salir mejor. ¿Tenemos parientes en Sidney? preguntaba el tío, y para Australia rumbeaba. San Francisco, Filadelfia... ir por el mundo para conocer a los que pudiese contarle la historia, el pasado del Cedro y la genealogía. ¿Qué hubiera sido de Iñó sin la verdad de la diáspora? Errar para descubrir. Vari era el mundo sin serlo, punto de partida para cualquier otra ciudad donde se hubiera radicado un miembro de la tribu... ¿Sería porque sólo le interesaba, como a Jarja, el perdido país? No, lo que él quería oír era lo que Jarja nunca había contado, dado que el Cedro estaba en el corazón de Vari, en el galpón donde Iñó se pasaba todo el día vendiendo, donde todo se negociaba y en cuya misma profusión estaba el suk: mesas, sillas, armarios, tapices. Aquí una araña de cristal de Venecia, allí el antiguo reloj de péndulo al que él le daba cuerda y que marcaba nuevamente las horas, o la roleta de casino con fichas de marfil, o centenares de radios apiladas entre un batiburrillo de sartenes, calderas, calentadores, ferreterías adquiridas por bolsas, carretillas o carretas enteras, y diez mil bombitas eléctricas que bastarían para iluminar la más brillante kermesse, como decía Iñó para aumentar la admiración. El tío no temía ni perder ni perderse. La crisis era para los otros, no porque fuese rico sino por no economizar.

¿Daban plata las penas? ¿Hacían soñar? Que en su mesa no faltaran el *kebé*, la *esfiha*, la hoja de viña, la *lasagna* y el *risotto*, Oriente y Occidente yuxtapuestos como los colores de una paleta. Todo te gustaba y, más que nada, comer, hartarse en las comidas y deleitarse entre horas con frutas abrillantadas – papaya, *jaca*, naranja y ananá –, o con bizcochos de mantequilla en forma de estrella o media luna, cuando no con bombones y chocolates servidos en una bandeja que ofrecía ritualmente a cada visitante.

Buena mesa, abundante, en tierras del Brasil. Nada de andar ahorrando, nada de seguir los consejos de Hila: él ni se creía en el cielo, ni pensaba, al no estarlo, que pudiera caerse, porque el derecho a vivir no se lo había dado sólo el dinero. El Brasil era tan suyo como Australia o Filadelfia. La diáspora era su historia y toda la tierra, su país.

¿Dónde está Iñó?
Viajó.
¿Volvió?
Tal vez soñó.

13
Donde Seriema sueña que se lleva al Doctor a su país.

Iñó podía perderse, pero yo no. No estaba para eso. No para errar de una a otra palabra desentendiéndolas. Que el gran hombre me perdonara pero mi inconsciente andaba necesitando vacaciones. Una retirada táctica, me decía yo. ¡Voluntarioso papagayo! –¡Como si hubiese alguna táctica para retirarse de su cabeza, o como si, por simple decreto, uno dejara de ser uno! –¡Ah! Eso sí que sería bueno, ¿eh? –¡Papita p'al loro, irse de farra lejos de sí mismo!
¿Un viaje? ¿Pero cómo podía ocurrirseme semejante cosa? ¿Acaso no estaba en Francia para tratarme con el Doctor? Y cuanto más me empeñaba en encontrar excusas para abandonarlo por un rato, más el Doctor me parecía un carcelero.

–¡Si por lo menos me prohibiese viajar, como antes mi padre! Para no quedarme huérfana reinventaba al censor.

¿Dónde estaba ese padre con sus antiguas furias, dónde sus regaños, dónde sus amenazas de propinarme latigazos, que tanto me tranquilizaban?... Miedosa y expectante, me fui de bar en bar tomando copas para darme más ánimos, antes de invocar la violencia anunciándole mi partida al Doctor como si enfrentara la ira paterna al confesarle "tengo novio, papá".

– Qué ira, qué pater ni qué nada. Si quería que me fuese, que me quedara huérfana y que siguiera bebiendo:

– Bueno, mi querida, ¿y entonces cuándo la veo?

–¿Cómo?, pregunté, intempestivamente, indignada por su indiferencia, y sólo tras un silencio respondí:

– Dentro de unos quince días.

– Quince, concluyó de modo perentorio, y me entregó a mi suerte.

No trataba de disuadirme y ni siquiera me obligaba a pagar por las sesiones a las que habría de faltar. ¿El Doctor desearía retomar lo más pronto posible el libro de Santa Teresa, abierto sobre su mesa desde hacía unos días? Tal vez buscaba en él alguna cita para su seminario, convencido de que la mística nos haría entender que de amor también se muere.

Basta, podría haberme dicho el Doctor. Basta de querer únicamente al padre, basta de buscar el regaño y el látigo, basta de provocar al otro para que, oponiéndose a tí, no te permita saber lo que tú quieres. Persigue la verdad, Seriema. La tuya.

Deux Magots, el bar donde olvidar la sesión.

– Un cigarro y un doble coñac, le pedí al mozo, que no se estremeció y me sirvió en copa grande.

–¿Usted también quiere?, le pregunté a un saltimbanqui vestido de rojo que me estaba mirando.

– Siéntese. Ponga el paraguas y el sombrero en esa silla, que el bar está vacío.

– *Grazie*.

–¿Italiano? Yo ya soy francesa pero me gustaría jubilarme. Hasta luego. O hasta más ver. Sin duda nos volveremos a encontrar.

Me pasé quince días extrañando al enigmático, aquel que aceptara sin más mi retirada, aunque insistiendo en mi regreso. Si de verdad me quisiera, si de verdad me esperara... y así, de condicional en condicional, viajé exclusivamente para volver a él, tropezando con mi ignorancia a cada paso.

¿Qué significa esta inscripción en latín? ¿Qué es la arquitectura románica? ¿Será del Imperio Romano? A ver el diccionario.

No, es una arquitectura de la Edad Media. ¿Pero de cuándo a cuándo va esta Edad? ¿Así que había sido eso una armadura? ¿Y esta otro era un yelmo?

Una historia que no datara del Descubrimiento sólo servía para confundirme. Que el brasileño fuera la última flor caída del Lacio poco me preocupaba, ¿pero yo acaso existía en tal latinidad? Venía de una periferia indiferente a los orígenes, llamada Brasil, un país en el subsuelo del mundo. En París hasta para ver las cloacas te proponían visitas guiadas. Visitas, conferencias, y ya estaba la mierda glorificada por el saber. – ¡Paciencia, brasileños, sólo nos faltan quinientos años! Allá en mi tierra ni el oro merecía un museo, por modesto que fuera.

Y yo, indignada viajera, proseguía mi viaje sin otra cosa en mente que el Doctor, "hermana mía", "venga", "dígame". ¿Cuál era su secreto? ¿De qué modo escuchaba que me incitaba a hablar y a desear decir más, cada vez más? ¿Cómo lograba capturarme dejándome creer que había salida? ¿Quién era el hombre? Su eterna pipa de ámbar y marfil, menos para fumar que para ponérsela en la boca. Su traje de terciopelo y seda violeta obispo, u otro color igual de extravagante, como si el consultorio fuese un escenario y el Doctor, protagonista silencioso de escenas que invariablemente lo sorprendían y donde se le atribuían variados papeles, padre, abuelo, madre, madrastra...

– Entre, dijo al verme, y, como si el tiempo de la ausencia para nada contase:

– Dígame.

¿Y yo qué voy a contarte, caballero? Te diré que te he visto, allí donde no brilla la Osa Mayor sino la Cruz del Sur, y donde crecen las bananas enanas, violetas a pintitas o color de sol, entre un piar de pajaritos ¿a cuál más raro?

– Dígame, repitió, interrumpiéndome el pensar.

– Lo único que tengo para contarle es que lo vi.

–¿Dónde?, preguntó sorprendido.

– Soñando. Usted estaba en mi tierra, subido a un árbol de mangos y comiendo zapote, y yo, sobre otra rama, tomaba guaraná, nuestra bebida nacional. Nos divertíamos en compañía de un ángel retinto coronado de hojas de ipé. Usted silabeaba nombres de frutas, *ca-ram-bo-la, ma-ra-cu-já, a-ba- ca-xi*. Apenas decía *ca* de carambola, un loro se posaba. Decía *ram*, y otro. *Ararajubas*, *araras* rojos, *jandaias* giraban a su alrededor picoteando el zapote. "Deme, deme, quiero uno", le decían, y usted los alimentaba como podía, repitiendo: "La que me quiso me llevó, la que me quiso me llevó, me llevó... "

Y después se voló, acompañado por el ángel y seguido de papagayos y periquitos verdes.

–¿A mejor mundo me habré ido!, exclamó.

El cielo era el Doctor en mi país. No separarme de él, sobre todo, ahora que el plazo de cuatro meses ya llegaba a su fino

– Sólo faltan quince días, le dije al despedirme.

– Hasta mañana, respondió, enfáticamente, restándole importancia a la separación. ¿Lo que importaba no era el encuentro y la palabra que renovaba su promesa? El plazo, el tiempo objetivo, –¡bah!

Hasta mañana cada día, sesión tras sesión, más los días y las horas que yo me pasaba descifrando sus palabras dichas y escritas, para llevármelo conmigo al Brasil ¿Podría hacerla, acaso? La mujer, para él, era la lira del hombre, su falo. Pero nadie podía decir eso impunemente, sobre todo yo que ya me imaginaba a los hombres de mi tierra acusándome de robarles el susodicho y organizándose para mostrar cuántos palos se necesitan para hacer una balsa. La herejía era tal que el concilio viril, en la imposibilidad de condenarme a la hoguera, decretaría el hielo, y acabaría por formarse un iceberg en un país tropical. Un iceberg con una mujer adentro.

Claro que el falo no era el pene. ¿Pero quién desearía distinguir el uno del otro y dejarme con el primero? ¿Qué varón – un ser por definición autosuficiente – aceptaría depender de las mujeres? Cueste lo que costare me obligarían a tragarme la lengua y a poner la cola entre las piernas. El falo ése era una piedra en mi camino. Tendría que ejercitarme para defender semejante discurso ante los contrincantes, tendría que ponerme pedregullo en la boca para vencer a los compatriotas del sexo opuesto, que además distarían de tomarme por una lira, ya que cantar el amor poco les interesa y sí que se lo canten. ¿Qué macho digno de él se rendiría a la pasión? La teoría que me valorizaba era una declaración de guerra, si no una condena al calabozo solitario. Un paso adelante, otro necesariamente atrás. ¿Mi país? –¡Socorro! – ¡Auxilio! ¿Qué hacer con mi país?

14
Donde el Doctor, gracias a un juego de palabras, enfrenta a Seriema con la historia de su nombre.

De tanto rumiar los textos del gran hombre, hasta de comer me olvidaba, cosa que no me incomodaba en absoluto, como no fuera porque así, mi educación se vería privada del vasto capítulo de la cocina francesa. Por otra parte, ¡cuántos de esos capítulos no me quedaban por abrir, en lo tocante a los saberes modernos, renacentistas y medievales! Ya por entonces, sin embargo, no había arte románico que me desconcertara. Delante de cualquier pórtico era capaz de señalar el *linteau*, dintel, el *trumeau*, entreventana, y el *tympan*, tímpano, y de nombrar una por una las figuras representadas. No desconocía ningún tipo de yelmo, ni de maza, ni de espada, una ballesta me parecía pan comido, y no había blasones que no me resultaran familiares. Lista para cualquier torneo, y para romper lanzas en esta cruzada contra la ignorancia, loreando a más y mejor. –¡Ya van a ver quién soy! Y, exclamación en ristre, me fui a mi última sesión a despedirme del Doctor.

– Lo que ya no se hizo ya no se hará, le dije al gran hombre.

– Eso es muy cierto, contestó sin conmoverse.

– Sólo me resta hacer el balance, agregué, como si se tratara de un simple ejercicio de contabilidad.

– Entonces hágalo, querida.

– Sigo sin saber por qué vine y por qué me voy.

–¿Ah sí?

–¿De qué me servirá el renombre del Doctor?

– Ajá. ¿Y qué más?

– Tres veces soñé que le pedía que me leyera el nombre de una calle.

– Sí, sí, muy curioso. Nombre, renombre... A lo mejor se hará un nombre con mi renombre.

Así diciendo se levantó. Me quedé con el asunto del nombre, que tanto hubiera deseado evitar. ¿Era el que allá en el Cedro me habían designado? ¿A qué atributos estaría asociado ese nombre que sonó extrañamente a oídos brasileños, hasta el punto de resultar impronunciable en el nuevo país y de lograr su existencia gracias a un cambio de vocal?

¿No habría dado con la tecla el Doctor? Lo quisiese o no, ese nombre yo tendría que hacérmelo. Sí pero, ¿cómo satisfacer tamaño imperativo? El camino a casa ya no pasaba por Brasil, sino por el Doctor, el único que me permitiría saber.

Así fue como, merced a su astucia, aceptando el plazo fijo de cuatro meses, él capturó su presa: yo, Seriema, que ahora volvería a mi país para quemar las naves y comenzar el verdadero viaje.

III
El PERIPLO

15
Donde Seriema vuelve a su tierra, sufre una decepción sentimental y regresa a París por orden de su madre.

En el país sólo estaba de cuerpo presente.

–¿Qué tal el viaje? ¿Bien?

¿De qué viaje me hablaban? ¿Del próximo? ¿Qué estoy haciendo en Sao? ¿Qué estoy esperando? Contéstame, María. Pero ¿dónde se ha metido María? ¿Se fue de casa? María me dice esto, María me da lo otro. Harta estoy de esta casa. Y mi novio, ¿qué hace? ¿Viene o no viene? Pronto advertí que de otra se ocupaba. Pero ¿sería verdad? Amargamente lloré de celos y abandono. La otra merecía todo el castigo y contra ella todo me estaba permitido. Sí, me separaba de él, pero dejándole a ella el terreno minado, porque la odiaba tanto cuanto amaba al Doctor.

Así que en casa no. Ni María, ni el novio. Beber y andar sin rumbo, una sola y misma angustia, el cuerpo monolítico y yo de él disociada, siempre pensando en mi venganza. ¿Matar a la otra no sería un pretexto para volver junto al Doctor? Eso me obligaría a escaparme de Sao.

Nada me interesaba, nada me liberaba de mi monótona pasión asesina. Sólo estaba para matar o morir.
¿Pero cómo, Seriema? Matar, ¿una doctora como tú?, intervino mi madre escandalizada. Que la nena se vaya al extranjero a curarse del odio, ya que no del amor.

Nuevamente el avión por arden de mamá. ¿Pero qué hacer en París? Era como un yoyó de un lado al otro, sin fuerzas para resistir ni al Doctor ni a mamá, sin saber lo que yo misma quería. Seguí viaje, pues, segura de que en mi cielo nublado ya no vería estrellas.

Sólo clamaba venganza. Marcar a fuego el rostro de la otra, azotarla con cola de tatú para que le quedaran cicatrices indelebles o perforarle la carótida como lo hacían con los esclavos cimarrones. Escenas de antaño en aquel drama en que yo era sin ser.

¿París? –¡Qué poco me importaba! Aunque el Louvre y la Comédie Française se hallaran a mi alcance, sólo quería beber mi hiel.

¿Qué podría decirle al Doctor? ¿Confesarle mis intenciones asesinas para así denunciarme? De mi cuarto salía para tomar el Metro, circulando anidada, envuelta en la tierra y protegida por la presencia de gente que nada me pedía. Errar de una estación a la otra, deteniéndome sólo ante algún músico cuya voz me gustase. Tomar el Metro para no ir a ningún lado, purgando la culpa de quien no existía según las normas y deambulaba excluida del espacio de los normales.

Subterráneos para reiterar el mismo propósito asesino y agigantarme odiando. –¡Dragón de maldad! Desterrada entre los desterrados y hasta capaz de matar.

¿Sería para hacerme un nombre con su renombre? ¿Qué hacer? ¿Corresponder a las expectativas del gran hombre o escapármele para siempre jamás? En la cárcel ya podría ser su prisionera.

16
Donde el Doctor pone los puntos sobre las íes.

¿Voy a verlo? ¿No voy? En Gare du Nord digo que no, en Gare de l'Est... que si. Me quiere mucho en Saint-Germain, poquito en Saint-Michel y nada en Châtelet. ¿De nuevo la brasileña?, se diría extrañado al verme ¿Así nomás, sin previo aviso, casi en forma clandestina? ¿Y yo gastar con ella mi precioso tiempo? Además ¿qué habrá hecho del Inconsciente y su estandarte? Y por la Causa, ¿qué? Era como si me fuese a topar con el censor con la amenaza del padre y de su látigo. Entonces me retraía. ¿Qué pensaría el gran hombre de mi propósito asesino? ¿Qué le iría a decir, yo que ya no era ningún corderito del buen pastor? ¿Desistiría del odio que me servía de escudo contra el pasado, el presente y el futuro? Me bebí varias copas antes de subir la escalinata del Doctor. Cualquier cosa tomaría, hasta alcohol puro.

– Sí, entre, me dijo, tal vez disimulando su sorpresa.

¿Me quiere poco, mucho?, me preguntaba deshojando la margarita imaginaria. Si me quiere, bien, si no, tanto peor.

– Dígame.

–¿Qué?

– Lo que guste decir, respondió el gran hombre, sugiriendo que todo lo podía escuchar. ¿Sería verdad? ¿O se mostraba permisivo para espiarme, denunciarme, hacerme poner presa? Seriema, el silencio vale oro.

– Nada de lo que diga saldrá de aquí, me aseguró el Doctor rompiendo el silencio.

– No me quedaba más remedio que volver... Además, me fui sólo por eso.

Un navío sin rumbo esta muchacha. El dio subrepticiamente un paso atrás:

– El riesgo es todo suyo. Yo aquí no puedo responder por lo que haga ni servirle de garantía.

El Doctor acababa de pronunciar el desafío que yo necesitaba para abandonar el subterráneo y entrar en la ciudad. –¡Ya van a ver quién soy!

– Prescindo de la garantía y me hago cargo del riesgo, contesté de un tirón.

– Bueno, entonces hasta mañana.

¡Gran hombre! No había andado con melindres para sacarme del pozo. Si Seriema quería, que se las arreglase. El Doctor se comportaba como el padre que me impulsaba a atreverme, y yo, recordando el pasado, vi el sol del verano en un puñado de cerezas, y en el color de las violetas, aquellas flores de cuaresma tan lejanas.

Dame una, dame dos,
dame Juana tu caballo
para galopar con vos.

17
Donde Seriema descubre que no sabe decirle que no al Doctor.
Evocación de Labi, tío abuelo paterno.

Con sólo desafiarme, el Doctor me capturó. Al tomar el lugar del padre, me hacía existir imaginariamente protegida, lo mismo que en la infancia. Ya no tenía por qué escudarme en el odio.

Pero si me había liberado de mi idea asesina, era sólo para seguir los pasos del Doctor, existiendo por él y para él sin pronunciar jamás el no, como el tío abuelo paterno, Labi, que sólo aprendió y enseñó a decir sí, y siempre fue el objeto del deseo ajeno. Ese tío que un día se durmió en la bodega de un barco, teniendo el regazo de Iana, su madre, por único país.

Atravesó el Atlántico sin saber por qué y desembarcó en nuestro continente ignorando para qué. Se puso en manos de Iana, como era natural, y más tarde, de Jarja, su hermano mayor, que le indicó el camino. Zapatero. Curtir el cuero, recortar, montar, pespontear, aprender a manipular el pie de hierro, la lezna y el martillo. Sería comerciante. Aliviaría a Jarja de sus penosas tareas y vivía repitiéndole qué bien hecho que estaba todo lo que hacía. Su única patria habría de ser su tribu, y declamar la genealogía como una letanía, su única virtud.

Ayub, hijo de Yusef y padre de Rachid, Fadlala y Tanus...
Faiad, hermano de mi abuelo, padre de Amin, muerto infelizmente de tristeza y padre de Magdalena...
Felicia, *Azize* y Leticia, tres hermanas de las cuales sólo una se casó....
Los hijos de Rachid están en Brasil.
Los de Fadlala, toda gente de bien, en Estados Unidos, Virginia, Roanok.
Los de Tanus, en Australia que es otro continente.
Recordar las fechas con precisión, los nacimientos, las muertes y los casamientos desde el día mismo en que en la aldea la prometida se uniera a quien desde siempre la esperaba. Saberlo todo sobre el país lejano con sus ríos de leche y miel, con sus ciudades alzadas sobre colinas o anidando en lo profundo de los valles, con sus casas de piedra tallada y tejas rojas, con sus jardines de gardenias y jazmín nacarado, acacias, aromos y glicinas, con sus canteros en forma de arabesco – la rosa *Sheherezade*, de color carmesí, y la rosa dorada llamada *Hatschepsut* –, y con sus huertos donde crecían manzanas inigualadas y uvas llenas de miel con las que hacían un dulce que duraba todo el año. Labi tenía que hablar de la sociedad de los hombres reunidos alrededor del narguilé y de la memoria del sable blandido heroicamente. De la velada presencia de las mujeres detrás de las celosías, y de las que caminaban con los cántaros en equilibrio sobre la cabeza.

En su entrañable remembranza, Labi elogiaba, como Jarja, el país perdido, pero, a diferencia de éste, también la inmigración, ya que el, al decirle a todo que sí, a todo se avenía.

18
Donde Seriema descubre que es tan supersticiosa como todos los de su tierra.

Sí, le había dicho al Doctor. ¿Y ahora?, me preguntaba, temiendo las correntadas y los vientos. Me vestí distraídamente, sin olvidar el ojo de vidrio que siempre usaba colgado al cuello y salí. ¡Siempre ese mismo negro que pontifica en el atrio de Notre-Dame! *¿You're a nigger? Fuck you, they say. ¿You're an indian? Fuck you*. Las estatuas del pórtico lo miran sin verlo y ya no quiero escuchar su vana protesta. Pasa el verbo y pasa el tiempo. ¿Cuántos segundos faltan para el año 2000? ¿El negro del futuro será retinto o blanco? Ansiosanónimos, seguro. Si yo tuviera la insensibilidad de esas gárgolas... ¿El futuro? *Don't care, don't care*. ¿Voy en Metro o sigo por la calle? Palabras no tengo, en especial para el Doctor.

¿Diez pacientes en la sala de espera? Nueve, ocho, siete... ¿Y nadie se impacienta? No, Seriema. Sólo tú insistes en la hora señalada, negándote a esperar, a estar a su disposición. Pero qué remedio queda. Seis, cinco... Si al menos conversáramos. En lugar de eso parecemos cinco mudos aislados, inmóviles. Cuatro, tres, y por fin el gran hombre me recibe extendiendo la mano.

– Venga, y yo entro enseguida. Pero él no se sienta como de costumbre, balancea el cuerpo pendularmente y me pregunta varias veces:

–¿Y? ¿Y?

– Y yo qué sé, respondo incomodada.

–¿Cómo?

– Lo único que sé es que si usted se queda ahí parado, mirándome, no puedo decir nada.

–¿Qué es eso que lleva ahí colgado al cuello?, preguntó entonces el Doctor.

–¿El ojo?

–¿Será un fetiche?, indagó, sugiriendo la respuesta.

– Puede ser. Nunca se me había ocurrido.

–¿Qué más tiene que decirme?

–¿Decirle? Que quisiera enseñar. Estoy preparando el examen.

– Perfecto. Hasta mañana, pequeña.

Ve, muchacha, ve, yo te doy la autorización. Estaba satisfecha pero intrigada. ¿El ojo era un fetiche? ¿Qué estaría insinuando? Era verdad que neutralizaba el mal de ojo. Me acordé de María con sus historias de fetiches, el sapo al que le había cosido los ojos para enceguecer a su amante. ¿Pero qué tendría que ver esta lejana María con la suposición del gran hombre, y mi país, con el fetichismo, y yo, con todo eso? – ¡Dios mío! Por otro lado, era muy cierto que nunca salía de casa sin el colgante al cuello. ¿Así que la creencia no era solamente cosa de sirvientas?

Ahí estaba enredada con lo sobrenatural y con una irracionalidad que mi conciencia rechazaba. Aunque no creyera en la magia, el país de los amuletos me había formado. Estaba tan inscripto en mi cuerpo que no me concebía a mí misma sin algún amuleto. Era de pura sangre árabe y, sin embargo, mestiza, arrebatada por los rituales de la tierra, ni del todo oriental, ni del todo blanca, media negra más bien, mulata por crianza.

El país del que intentaba alejarme seguía embarullándome las ideas y embarazándome. –¡Yo, la doctora, metida con las supersticiones de la "*negrada*"! Siendo así, haría del fetichismo mi tema predilecto, y mi primera conferencia le estaría consagrada.

El gran hombre había apuntado a lo que veía y había dado en el blanco de lo que no veía. Al mirar mi colgante, me había permitido deslindar un terreno teórico que explicara el culto de los orixás en las iglesias católicas y el de los santos católicos en los ritos de umbanda. El quasi continente abrazaba todas las religiones, pero ignorando los tabúes y resistiéndose a ser catequizado.

¿Podía no amar al que legitimaba mis orígenes, yo que tan mal me sentía en mis Américas? ¿Podía no quererlo cada vez más? Su pregunta certera, su fecunda curiosidad...

Aún ahora lo tomo por un antepasado, aunque no lo sea del todo. Temo, sin embargo, que ayer mi fascinación y hoy mi gratitud me sigan impidiendo saber lo que debió ser dicho y oído, pero que no lo fue.

19
Donde Seriema alquila un departamento en el Barrio Latino.

Entre sesión y sesión, me preparo para dar clases de fetichismo. Así que me radico en la ciudad y me busco una casa bien parisiense. Casa nueva vida nueva.

¿Cuál será el decorado digno de la doctora? –¡El Barrio Latino! ¿Y dónde habrá una puerta cochera y una suntuosa escalinata para la nieta de Malena? Rue de la Harpe, en un edificio que parecía haber estado esperándome junto con su dueña.

– Buenas tardes, *Madame*.

– *Mademoiselle*, me corrigió.

De acuerdo, que lo fuera si tanto le gustaba, –¡pero seguir reivindicándolo pasados los sesenta! ¿Y qué decir de mi sorpresa cuando la sesentona *Mademoiselle* me confesó su pasión por un hombre? –¡Se había enamorado! Una francesa, ante todo, era una dama, y una dama sin pasión, ni marquesas, ni duquesas, ni el prestigio de los salones resultaba inconcebible. Luis XV, Luis XVI, me comentaba presentándome sus muebles y volviendo a relegarme a mi ignorancia. ¿Por qué sería Luis XV? ¿Por qué no Luis XVI?, me preguntaba a mí misma disimulando la pregunta. ¿Cómo hubiera podido imaginarme que el mobiliario, en Francia, era para las damas, diseñado en función del volumen del miriñaque?

La Mademoiselle estaba rodeada de Luises, amén de mil guirnaldas en los techos, los frisos, las tapicerías, las cortinas de brocado can pasamanerías, los jarrones y estatuillas, Eros, Psyquis y Venus. El lecho, un pedestal con dosei y baldaquín, y en todos los manteles y las sábanas el monograma con sus armas.

El aura de esta señorita francesa me inspiraba.

Cerramos trato, pues.

– Siéntese, me dijo, interesada en su futura inquilina.

–¡Brasileña! –¡Y, a más abundamiento, doctora, y todavía con ganas de seguir estudiando!, exclamaba acariciando su caniche, que nos miraba como queriendo hablar, sin dudar del privilegio de su origen. Si fuera un perro nuestro andaría dando vueltas por el patio, o por la calle husmeando tachos de basura. ¿El inspector de tachos soñaría con ser caniche? Pero ya la *Mademoiselle*, al oírme, zarpaba rumbo al trópico, soñando, sí, pero con ángeles de piel canela y rizos negros, metiendo la nariz en una imaginaria flor exótica y bendiciendo al cielo por tener a un buen salvaje en su morada. ¡Ay, qué brasilerita tan ingenua y deliciosa!

Verdad que no sabía la fecha de los muebles, y que desconocía los estilos, –¡pero era tan modosita ella!

–¡Y el alquiler, *Mademoiselle*?

–¡Ah! Yo no me ocupo de eso. Hable con la agencia.

Por mi parte, yo no preguntaría cuánto era hasta firmar el contrato, y no por compartir el credo aristocrático sino porque siempre había tenido la plata fácil. El vil metal me resultaba indiferente, como si hubiera olvidado que mis antepasados se lo ganaron sudando de puerta en puerta.

Ahlo sahlà!
Algodón, seda y tafetá,
hílo, aguja y tijera bara cortar.
Beine beineta veinte a veinte
bara la novia de Vicente.
Bueno, barato y bonito,
soga, bolsa, bala y bico,
bimienta, bimentón, clavo y canela,
escobeta bara marido que te cela.
Turco vende bueno barato
bara que dure mucho rato.
Oui, oui, Mademoiselle, oui, oui, trato hecho.

20
Seriema se da cuenta de que fue educada para soñar con reyes y reinas.
Evocación de Carmela, prima de Malena.

Las escaleras de *Mademoiselle* me maravillan. Al subir me detengo en cada descansillo a contemplar las perspectivas, eufórica como si avistase un nuevo continente.
Miro la calle por las ventanas y veo oleadas de turistas que vienen a estrellarse contra las piedras del edificio.

Ahora me bastaba con quedarme allí, en perfecto acuerdo conmigo misma, mirándome en el espejo, imaginándome un sombrero con flores o con velo, y contemplando mi rostro y mi cuerpo de la cintura para arriba. De la cintura para abajo, no. Semejante trasero precisaría una silla hecha a medida. La moda no preveía tantas curvas y, fuera de la moda, yo no lograba concebir mi propia imagen.

Quizá una operación. Así podría vestirme chez Dior, Nina Ricci, Saint-Laurent. Basta de infructuosos recorridos en busca de trapos. Era hora de abandonar las bambalinas para salir a escena rodeada por un círculo de luz. Así Seriema se podría mirar de arriba a abajo, íntegramente contemplada, amándose a sí misma Al verse y al ser vista por los otros. ¡Ah, caber en los modelos de la alta costura, en vez de andar penando con taparrabos y con plumas! Llena de fantasías me fui a lo del Doctor, que me sonrió al verme y no intervino al escucharme.

– Y ¿qué tal?, me preguntó de zopetón.

– Aquí estoy, con casa nueva, saturada de espejos... Pero yo quiero más. Más, más espejos.

–¿Ah, sí?

– Sí, le contesté sin pensarlo – Versalles, la galería de los espejos... Luis XIV la soñó para mí.

–¿Cómo?, dijo, alzando la voz para que yo misma oyera lo que acababa de decirle.

– El Rey Sol, vuestro gran Luis, repetí sorprendida, viéndolo levantarse de repente y anunciar abruptamente que se tomaba vacaciones. Así era: el Doctor, como la muerte, venía sin previo aviso.

Nuevamente en la calle. Un poco a la derecha, otro a la izquierda, y ya estaba en el Sena. En la cabeza, nada menos que el rey: sueño de los otros, que también era mío, sueño de mi abuela Malena, cuyos hijos se llamaban *George* y *Edward*, y de mi madre que se derretía oyendo hablar de la reina *Elizabeth* y de todas las princesas del carnaval carioca. Nacida y crecida para soñar con la realeza, guirnaldas, ángeles y cariátides, oro, plata, el cetro y la corona, reflejo y transparencia.

Sí, Seriema era una falsa princesa. También lo habían sido mi madre y Malena, todo porque el antepasado soñaba con ser rey. Cuánto hubiera deseado aquel campesino inmigrante no combatir por la riqueza, y vislumbrar un reino sin andar de casa en casa can la mercadería. Por eso él exigía que su hija, su nieta y su biznieta olvidaran la lucha y se nutrieran de la misma, exacta ilusión. Faia, el padre de Malena, y el primo de éste, Braim, padre de Carmela, tuvieron ambos la misma exigencia, sólo que Carmela no se contentó con ser la princesa de su propia fantasía, sino que se tomó a sí misma por un auténtico ser del reino soñado. Ya de pequeña aparecía vestida de largo, con aretes de esmeraldas, digna de la futura esposa que habría de ser,

la que sólo existiría para el retrato, para el espejo, para la representación, la que habría de transformar cualquier espacio en escenario donde exhibirse con ropas vaporosas, muy largas o muy cortas, delicada silueta cubierta por una capa desplegada en abanico sobre un vestido azul francia con el cuello plateado, o sobre otro todo armado con hojas de tafetá, cola de sirena que se arrastraba centelleante bajo la frágil sombrilla de encajes negros. Tenía manos de hada con sus guantes de cuero blanco y puños nacarados. En sus dedos brillaban indiferentes el más puro diamante, la más intensa aguamarina. Su brillo no pertenecía ni a la tierra ni al mar. Hasta tal punto se le había pegado la máscara que ni podíamos imaginar su rostro verdadero. La idea misma de intimidad le era ajena. Carmela no existía para los de la casa. Los demás sólo eran espejos que reflejaban a Carmela. Sólo vivía para su imagen y tal vez por eso resultaba irreal, como un cuadro que mágicamente hubiera recibido el don de la vida y que después volvería a su marco, al salón de las visitas, retomando su sitio entre los muebles raros y la resplandeciente platería en que la prima no perdía una sola ocasión de verse reflejada, confirmando de tal modo sus imaginarios orígenes monárquicos. Carmela, como Narciso, no podía dejar de mirarse, escudándose en el reflejo para no recordar los orígenes reales, en el presente para conjurar el pasado, en el silencio para esquivar la verdad, y así, por voluntad de su padre, ignorar a cualquier precio el costo de la inmigración, pagando de ese modo por la fortuna heredada, para acabar completamente sorda entre las auténticas quimeras de su museo particular y las ratas imaginarias de su *delirium tremens*.

¿Fue Carmela un espejismo
que se consumió a si mismo
como candela,
o unos vulgares gusanos
se la comieron, hermanos,
como a cualquiera?

21
Donde la heroína obtiene el cargo de profesor-adjunto en la Universidad de París y se burla de los franceses por su glotonería.

–¡Qué persecución, el sueño de los otros! Mi madre y mi padre acariciaban un proyecto del que alcancé a escaparme por un tris. De haberlo realizado, acabaría catedrática, ya que ése era el punto máximo de la única carrera concebible para una mujer, y yo, ni qué decir tiene, había sido concebida para los puntos máximos. No bordaría pañuelos, bordaría frases.

Mi discurso resonaría por doquier, con tanta fuerza que, al oírme, mis oyentes dirían magister dixit. Mis cursos se convertirían en el centro de reunión de mis más prestigiosos colegas y, a mi muerte, la asamblea de profesores pediría la autopsia de mi cadáver para conocer las condiciones anatómicas que habían hecho posible tal prodigio.

El hecho es que, tanto allá como acá, siempre acababa por rodearme de doctores. Con el fetiche al pescuezo y convencida de la importancia del fetichismo como tema de tesis doctoral, me presenté a examen para conseguir un cargo de profesor-adjunto, justificando así mi estadía en París para protegerme de las malas lenguas y hasta ganar elogios.

Empezando por los del Doctor, que a fuerza de alabarme me hacía dar vueltas la cabeza. A punto estuve de confesarle que yo sencillamente me inscribía dentro de nuestra tradición, la de los doctores de lengua franco-brasileña, verdaderas águilas (por papagayos que fuesen), listos para desafiar a cualquier latinista y hasta para enseñarles el inglés a los súbditos británicos. ¿Existía un francés capaz de pasar, con semejante agilidad, de la anglofonía a la latinidad?, me preguntaba yo con ancestral rivalidad. No por estar en las antípodas eran los brasileños inferiores, ¡no, no y no! Eso nunca, me iba repitiendo por las calles, saboreando la voluptuosidad de ser quien era, por el placer de serlo.

El Doctor multiplicaba los parabienes, tal vez considerando que ahora bien valía la pena gastar conmigo sus preciados latinajos. –¡Ah, hermana mía, querida mía! –¡Muy bien, muy, pero muy bien! –¡Requetebien! Mamá en el otro continente cantaba aleluya, dando gracias a aquel que en las alturas elevaba a su hija al rango de elegida. Lo que a su pequeña le correspondía era el saber, la ciencia, la cultura en su más alto nivel. Pero que se cuidase del mal ojo, porque tamaños éxitos despertarían la envidia más negra.

Ahora podía vivir sin dar explicaciones. Fulana de Tal, profesora. Ya no era la brasilerita que estaba en París por y para el Doctor, historia ésta sospechosa de extrañas devociones... ¿No sería medio mística la tal brasilerita? ¿Mística de las que mueren porque no mueren, o de las otras que, como la Religiosa Portuguesa, preferían mil veces el amante a la vida? La Universidad me daba el salvoconducto para aquella ciudad donde había de todo, hasta burdeles para mujeres, y donde hubiera sido atinado parodiar a Montaigne:

Sólo por París soy mujer...

–¡Cómo me divertía en la ciudad capital! Me cortejaban enviándome ramos de flores, pero yo nada le debía a quien me los mandaba, salvo un mesurado consentimiento que permitía al remitente mandarme otro, cosa que me valía nuevas reverencias, nuevos besos en la mano que a dicho remitente parecían bastarle, porque lo que se llama besar, besar como nosotros, no rozando apenitas con los labios sino directamente de boca a boca, eso sí que jamás. Gente rara,

me decía, yo que como buena caníbal paladeaba a mis semejantes a boca llena, preguntándome cómo harían éstos para vivir sin eso.
A cambio de eso, recorrían el mundo a fin de satisfacer la misma boca que otra boca no ansiaba. Golosinas y exquisiteces cuidadosamente clasificadas, primero por la tradición, segundo por la novedad. Horas y horas consagradas a la mesa y los vinos, sin pensar ni un instante que era tiempo perdido.

22
Seriema ante los quesos franceses tuerce el gesto y sueña con el único queso de su país.
Evocación de Amiel, tío paterno, y de Iana, bisabuela paterna.

En el centro mismo del corazón de Francia se encuentra el restaurant. En sueños estuve en uno todo de espejos que se llamaba Etoile. *El maître d'hôtel* llevaba *smoking* y el menú encuadernado era color de rosa. Un *soufflé* de pescado... *souffle*, soplo... ¿acaso al soplo divino aludiría? La carpa *demi-deuil*, medio luto, ¿medio viva estaría? Entre las patatas marquesa y duquesa ¿qué diferencia habría? Tortuga asada vuelta y vuelta, cresta de gallo amanecido y una infinita variedad de vísceras el menú proponía.

– *¿Vous avez choisi, Mademaiselle?*

No, la señorita no había elegido, la señorita estaba muda, tan ignorante la señorita que no podía ni desear una cosa ni tentarse con otra.

–¿Puedo recomendarle...?

– Tráigame un queso, le largué de una vez para librarme de él.

Pero no había terminado de decirlo cuando me vi ante dos enormes bandejas rebosantes de quesos, el uno más desconocido que el otro.

–¿Cuál quiere?, insistió el mozo sin advertir mi azoro, y su voz resonó, y de las otras mesas se dieron vuelta a mirarme y yo me desperté aterrorizada.

–¡Era tanto más rico nuestro queso de allá, de casa, fiel compañero del dulce de guayaba, llamado por tal motivo Romeo y Julieta y que uno podía agarrar con la mano para morder sin miedo!

–¡Ah! En el centro de París me encuentro tan al margen como antes en el Metro.

¿Para qué continuar?, me preguntaba yendo a mi sesión. Ni una gota de sol, ni una hoja en los árboles. Cuántas veces más habría de toparme con ese basurero de lujo, provisto de guantes, pero condenado a un olor nauseabundo y al implícito "apúrate, que el tiempo es oro", – ¡Oxígeno! – ¡Aire, por Dios! El boxeador que se entrena saltando por la calle también necesitaría respirar un poquito. Aunque tal vez no se trate de oxígeno, sino de una sonrisa, una sonrisa amiga, lo mismo que este otro en cuyos ojos se advierte que acaba de llegar, inmigrante reciente que por unas monedas se atraviesa la mejilla con una aguja, ignorando que puede infectarse y que las aguas del Sena no son curativas. El inmigrante me aflige aún más que el basurero, si cabe. –¡Ay mis árboles de eterno follaje, con ovillos de lianas, con troncos y ramajes de orquídeas parásitas! ¡Ay mis mangos verdes con jugo de oro y flores de cobre! Nostalgia de un trópico que no era ni siquiera el de Sao, donde no había palmeras ni cantos de pájaros entre los rascacielos.

– Dígame, insistió el Doctor, que me veía sin oírme desde hacía unos minutos y a eso no se prestaba.

– Si pudiera decírselo...

–¿Por qué no? Yo no la voy a censurar.

– En su idioma me falta la palabra.

–¿Qué palabra, hermana mía?

– Saudade.

– Quiere decir nostalgia, ¿no?

Y, como para hacérmelo entender todavía mejor, el Doctor me despidió, me entregó a mi saudade, a la tierra firme de una lengua en la que yo tenía la certeza de decir lo que quería. Si por ella anduviese, por fuerza llegaría. Ve, muchacha, vete a comer tu queso y dulce y a olvidar las trescientas especies de queso que nunca sabrás diferenciar.

Lentamente me surgía el proyecto de huir de la ciudad que se burlaba de la brasilerita. ¿Pero hallaré un lugar en mi antigua casa, ese país donde no somos milenarios y al que ni siento como mío? Sólo podría serlo a partir de un no. Un no a Hila, a Jarja y a los otros, entre ellos al tío Amiel, para quien la identificación con los antepasados representaba el máximo valor.

Las cosas importantes, decía el tío, las cosas que más gustan san las que caen en el olvido y al cabo se recuerdan de repente. Nunca dejaba de decirlo cada vez que volvía por centésima vez a relatar la historia: "Es así nomás, como lo estoy diciendo. A mí mismo me pasó. Fue una cosa increíble. De pequeño, cuando veía a mi padre matar el carnero, yo le tenía terror a la sangre. Me daba asco el olor, miraba horrorizado y nunca me hubiera imaginado que alguna vez yo también mataría. Cuando me sucedió, estaba lejos de casa, cerca de Guaia. Me agarró de repente, hice como si ya hubiera matado montones de veces, mandé amarrar al animal, me le acerqué, le corté la garganta y le abrí la yugular. El animal corcoveó, lo sujetamos bien y de repente me acordé de que cuando era niño, había visto a los carneros colgados de la rama de un árbol para que se desangraran. Así lo hice, y todo lo demás me volvió a la mente. Mi padre ponía al animal sobre una tabla, yo también lo puse. Para desollarlo, él despegaba el cuero de la carne soplando entre los dos. Hice un agujero en el lugar indicado y soplé a través de un gran tallo de ricino. El pellejo salió intacto y yo estaba asombrado, pero todavía sin darme cuenta de lo que me estaba pasando. Ahora lo único que quedaba era cortar el animal por el medio y sacarle las tripas. Iba a empezar cuando me acordé de la hiel, esa cosa verde que mi padre sacaba primero. Encontré la vesícula y la extraje. Si la bilis se derrama, la carne se arruina. Le quité bien las vísceras, el hígado, el corazón, todo. Y me quedé contento. Contento de haber sabido cómo hacer". Así el tío que en su infancia detestaba aquel sacrificio se regocijaba de haberlo ejecutado, porque en la repetición estaba la prueba de que era hijo de su padre, de que formaba parte de una tribu, de que tenía una patria.

Mektub, decía sonriendo, al contrario de Iana que sólo lo decía bajando los párpados. Ella, la bisabuela que nunca se conformó con su destino: ser inmigrante, por ser madre. "La loca de la bisa", que sólo salía de su cuarto para vituperarnos si nos acercábamos a los canteros de flores, o para insultar el jardinero si podaba los gajos secos, porque no quería que nada se cortara, sino que todo quedara intacto como los recuerdos que ella rumiaba pelando una naranja con la uña. ¿No bastaba con haber cambiado de país, abandonando el Cedro para seguir al hijo? O perdía al uno, o perdía al otro, y ella, madre tradicional, no lo dudó un instante. Le dieron un pasaje para el trópico, cuyo paisaje ni miró. ¿De qué le valía contemplar el destierro? Lo único que le interesaba era su hijo.

Ella no estaba viva como los otros de la casa. A fuerza de rechazar el presente, perdió de vista la realidad. Por eso todo le estaba permitido, bañarse en la quinta, envolverse de la cabeza a los pies en una sábana blanca, pasar sus días retirada, murmurando frases incomprensibles. Arre, arre, arre, repetía con fuerza, como si tuviera un rebenque en la mano y fuese a azotar a su caballo, ¿pero para llegar a dónde? ¿Qué fuerza movería a esta anciana señora que, según los entendidos en los secretos de su lengua, a veces se tomaba por un general? ¿En su imaginación quién era el enemigo? ¿El que obligara a Jarja a expatriarse? ¿El tristemente célebre invasor otomano? ¿O si no, arre, arre, arre no sería para que el caballo llegase a destino, volviendo a la montaña pedregosa, porque la primavera ya se anunciaba, y era el tiempo de la morera, y sin la hoja de la morera el gusano de seda no podría sobrevivir, y sin la baba del bicho no habría hilo ni ovillo y sin la seda la familia no comería?

Alma del otro mundo la bisabuela, alma de los confines imaginarios, pese a que su certificado de defunción atestiguaba que murió en el Brasil, donde vivió sin ver, caminó sin que su pie rozara el polvo del camino y habló para no ser oída. ¿Cómo sería el país que ella materializaba con su presencia ausente?

23
Donde Seriema conquista el diván del analista.

De lo que omitía decir la bisabuela debí hablarle al Doctor. De aquel país eternamente en falta, de aquella pena, del aquel mal, a fin de diferenciarlos de los míos y conocerlos mejor. La bisabuela lloraba por un país real. Yo, por un país imaginario. Iana quería el Cedro, que existía, una aldea de mil años donde la casa pasaba de una a otra generación, y cada árbol y arbusto formaban parte del legado, y cada año, en la época del deshielo, la rúcula brotaba en las orillas de los barrancos. En cambio yo no lloraba a Sao, la inhóspita ciudad que se devoraba a sí misma al consumir todas sus remembranzas, y al reemplazar las mansiones por rascacielos, cubriendo fachadas enteras con carteles publicitarios. Una ciudad que ni en los archivos guardaba su pasado, una ciudad abstracta y corta de vista.

El país que yo añoraba, y al que sólo inventan dolo podría reencontrar, era el de cada día: el de la casa materna, donde mágicamente la cama estaba hecha, y la mesa, tendida. El de la sempiterna mucama enérgica y meliflua, esa presencia discreta que me ofrecía su silencio y el ritmo de su cuerpo, cuando no desafiaba cantando la tristeza. Ella era la única que prodigaba los placeres sin cobrar nada y despertaba la imaginación contando historias en las que el príncipe azul era un jugador de fútbol. Mulata nordestina que año tras año, del modo más previsible, desaparecía tres días en tiempo de Carnaval, para después reaparecer sin justificarse, a soportar las invectivas de mi madre, que a ella nos entregaba durante todo el, año, y que ahora, de pronto, amenazaba con echarla.

¿Por dónde habría andado la negra descarada? –¡Qué gentuza, Dios mío! Siempre te van a fallar, cuando menos te lo pienses.

Y así María y sus canciones, María y sus historias, María que lo era todo para nosotros se volvía prohibida, y prohibido también el verdadero país, la tierra donde hasta los ángeles rubios eran motudos y donde se podían escuchar cuentos maravillosos. ¿Quieres que te lea la suerte en el cauri?, me preguntaba María, adorando una estatuita rojiza del color del achiote que quizás representaba a una india.

– No, mi linda, no es una india, es la Pomba Gira, del rito umbanda, la de los siete maridos.

Yo extrañaba a María tanto como extrañaba la palabra saudade. Pero el Doctor nada sabía de ninguna de las dos. ¿Para que ir a mi sesión, entonces? ¿Para decirle qué? ¿Y qué pretexto encontra para justificar mi ausencia? ¿No había más remedio que seguir? Voy, llego, entro y me precipito sobre el diván de terciopelo carmesí, evitando encararlo, ponerme frente él como tenía por costumbre.

– Dígame, mi querida, sugirió.

–¿Usted entendería si yo te hablase de la Pomba Gira y del cauri de María?

– Interesante, comentó el Doctor, ocupado con su cigarro y esfumándose detrás de la humareda.

–¿Así que no le parece raro?

–Claro que sí.

–¿Interesante o raro?

El Doctor me desconcertaba, dándome a entender que no pensaba contradecirme. Que prosiguiese mi camino, parecía decir, rumbeando por mi propia vereda.

– Lo que pasa es que yo... que yo...

– Diga.

– Lo que pasa es que yo estoy aquí por usted.

– Ajá, respondió el gran hombre, intuyendo sin duda la queja subyacente.

– Mi país... mi lengua, me hacen falta... Aquí, en cambio, mi país es usted.

Se levantó de golpe y me dejó tirada en el diván, con los ojos clavados en el techo.

– Mire, querida, no hay motivo para ponerse triste. ¿Acaso ahora no es suyo el diván? Lo ha tomado por fin, y en forma magistral.

¿Mío, el diván? Yo que había entrado con el cauri en la cabeza, ahora salía con un objeto de terciopelo carmesí, al que desde el comienzo me había "resistido". Y lo peor era que no lo había conquistado: me había arrojado encima de él para esconder mi rostro. Ahora nunca más miraría al Doctor ni el Doctor me vería mirarlo. Ya no iba a disponer de aquel espejo en que me reflejaba, y sólo existiría a través de mis palabras.

Sí, dependería enteramente del habla para ser. La suerte estaba echada, como en el juego del cauri, y yo me encontraba en el punto de partida. Lo quisiese o no, iba a toparme con mi origen.

24
Seriema tiene una alucinación y se topa con su origen. Evocación de Raji, bisabuelo paterno.

Los primeros efectos del diván no tardaron en producirse.

Ratas de verdad, hasta el momento, sólo había visto en el laboratorio de fisiología. Pero roedores que deambularan sueltos, eso nunca, al menos antes de aquella canícula que los hizo abandonar sus agujeros. Sin embargo no fue debido a la impresión que vi una rata inexistente.

Una, dos, tres, en la entrada de la casa. Llamo desesperada a la portera para que venga a mirar. *S'il vous plait.*

–¿Adónde ve las ratas? Yo no las veo por ningún lado. Además, acaban de fumigar el edificio.

– Pero le juro que las vi.

– Son ideas suyas, y así diciendo se marchó.

Cómo hubiera querido que ya fuera mañana, para contárselo al Doctor, que una vez más me escucharía sin casi hacerse oír.

–¡Una alucinación!, exclamé, no bien hube llegado, escudándome en el saber psiquiátrico para no ser de loca rotulada.

–¿Cómo?, preguntó el hombre como quien se interesa, pero que en modo alguno se sorprende.

– Sí, sí, repetí, sugiriendo la gravedad de lo ocurrido.

–¿Y qué fue exactamente lo que vio?

– Ratas. Pero no había nada.

–¿Qué cosa?

– Ratas, le digo. Una rata o dos.

–¿Cómo?, se atrevió a insistir, como si ahora sí estuviese sorprendido, diciéndose tal vez que se hallaba en presencia de la mujer de las ratas, como Freud lo estuviera del hombre.

– Una ra-ta, balbuceé, descomponiendo sin querer la palabra y oyendo así la primera sílaba del nombre que evité pronunciar desde mi adolescencia: Ra-ji.

– Diga, diga, insistió el Doctor con aire imperativo.

– Raji, el nombre de mi padre.

Llegados a este punto se levantó. Que me las arreglara como mejor pudiese con la palabra o el nombre de los que tanto huyera, ahora materializados en una rata imaginaria.

Había llegado el momento de habérmelas con mi padre, cuyo nombre revelaba los orígenes que yo ansiaba olvidar. ¿Ra qué?, ¿Ra cuánto?, me habría preguntado alguno de "esos brasileños", esbozando la sonrisa ladeada que me negaba su nacionalidad y me imputaba la de turca. ¡Pero qué Ra ni Ra! – ¡No quiero saber más nada con Ra! Y así, por no ser víctima de la ajena xenofobía, ejercitaba la mía sobre todos los míos.

Salí del consultorio más inquieta que nunca. ¿Iría a perseguirme mi padre? ¿Estaría sometida a nuevas apariciones del difunto? Raji-padre me cobraba su nombre... Raji- bisabuelo me cobraba la vida. El soñó y pregonó, pero no acabó de realizar la travesía porque murió en el barco. Lo tiraron al fondo del mar – contaba Jarja, su hijo –, envuelto en una blanca mortaja y en un murmullo de salmos y versículos.

Apenas soportó diez días de viaje. ¿Fue porque estaba enfermo? ¿Porque contrajo la peste? ¿O acaso por decir que la tierra natal se puede sustituir por otra y que la vida es una sola? Raji-bisabuelo afirmaba la necesidad de la diáspora para honrar sin miedo a nuestros santos cristianos. Basta de temer horca o fusilamiento por ser de un credo contrario al de la autoridad. Que todos tuviéramos derecho a honrar a cualquier santo y que pudiéramos ignorar lo que estaba sucediendo en la aldea en el momento mismo en que velábamos a Jarja, su hijo: la ejecución de un hombre acusado de crimen contra una casa musulmana, y fusilado sin juicio. Un arma de fabricación soviética le perforó el vientre y una M16 norteamericana te hizo volar la tapa de los sesos. Pera aunque lo ignorase, Raji sabía muy bien que el Cedro futuro iba a estar entre las balas cruzadas de Oriente y Occidente. Un país irremediablemente entregado al Mal. Así que DIASPORA O MUERTE. Largarse al mar para que todos naciéramos, viviéramos y enterráramos a nuestros muertos en paz, y para que otros hombres de ojos tan almendrados como los nuestros ya nunca nos dijeran que nuestra sangre era el mejor de sus perfumes, ni nos condenaran a muerte blandiendo el Corán. Raji, el pastor de la tribu, fue quien nos indicó las arenas radiantes y los verdes mares de Iemanjá, madre mestiza, diosa de anchas caderas que mece juntos al griego y al troyano.

Oié,
oiá,
tú de aquí, tú de allá,
todos los que en mi barco
quieran navegar,
oié,
oiá.

Sólo es patria la tierra donde te encuentras bien, podría Raji haber dicho, atreviéndose a estas palabras para que el mar se cumpliese, el vientre se abriese y el nombre se perpetuase en las playas del Brasil.

¿Renegaría yo de tal bisabuelo? No, el precio de la integración no podía ser la xenofobia, ni el odio de sí, o del mestizo apologista de la raza pura, ese brasileño que ocultaba la verdad de sus propios orígenes. –¡Ni indio, ni negro, ni inmigrante!

¿Pero podía por ventura no ser xenófoba, yo que en mi infancia oía hablar de "esos brasileños", yo que debía olvidar la inmigración para recordar única y exclusivamente nuestro gran pasado árabe? –¡Astronomía, astrología, trigonometría, álgebra!... Mi destino era ser como todo negador de la verdad, hasta toparme con la rata alucinada, ra-ta, Ra-ji, y hasta hallar mis orígenes a través de un sueño de terror.

25

Seriema renuncia a ser Cenicienta y toma en consideración el color de su piel. Evocación de Salomé, tía materna.

– La mansión del sueño me resulta desconocida. Oigo sonar una campana y miro por la ventana. –¡Un carruaje de vidrio! ¿Es un espejismo? Abro la puerta y aparecen dos toros negros que arremeten contra los caballos. La escena es insoportable, uno. de los caballos yace herido en el suelo y el coche está en pedazos. Al salir veo a mi hermana muerta.

–¿Y qué más?, pregunta el Doctor.

– Mi hermana soy yo misma. Milena... Vivi mirándome en ella como Narciso en el agua. Muerta. ¿Pero por qué?

– Dígame.

– Si yo lo supiese... Sólo quedan destrozos. Milena, el carruaje de vidrio... Cenicienta, quizás.

–¿Cómo?, dijo el gran hombre, precipitando la buena interpretación.

– Sí, sí, Milena está en el lugar de Cenicienta, que aparece muerta en el sueño porque la ilusión está perdida.

–¿Qué ilusión?

– La de ser Cenicienta...

– Interesante, comentó, incitándome a hablar.

– Interesantísimo. Sólo me resta aceptar este color oliváceo, dije, exhibiendo el dorso de la mano, la tez inconfundible.

– Bueno, querida, y el gran hombre sin más me despidió.

Pero aceptar no era gustar. Al no poderme reflejar en Cenicienta, me sentía perdida. El espejo estaba roto entre mis manos, como un día lo estuviera en las de Salomé, la hermana de mi madre. Ella lo consideraba su interlocutor favorito y adoraba su propia imagen, siempre de entrecasa y con camisones descotados. El día entero se lo pasaba así, apenas vestida, de la cama a la silla, recordando algún baile donde la cortejaran o la mirada de un forastero que a lo mejor la llevaría con él. Se sentaba ante su tocador a peinar sus cabellos o a acariciar la boa de armiño que hacía resaltar sus pechos morenos, recurriendo su habitación, ida y vuelta, para mostrarnos el plisado o los valados de sus eternos camisones, que ella abría en abanico, alargando el pie. Camisones de seda o muselina que nos hacían soñar y que hasta nombre tenían:

Silencio era color durazno, y Flamengo, carmesí. Salomé, nacida para estar en su cuarto, leyendo novelas y revistas de amor y esperando ansiosamente el regreso de las amigas y parientas recién casadas, a las que recibía perfumándolas con esencia de violeta, de rosa o de jazmín. En ese ambiente cargado de incienso se complacía en mostrarles sus bordados y encajes, y las maravillaba con aquellos drapeados que revelaban sus formas y en los que se envolvía como una odalisca o una actriz de Hollywood. Sí, una de esas actrices a las que tanto queríamos igualar,

poniéndonos claras batidas a punto de nieve para tornaros de una nívea blancura, y yema de huevo para volvernos rubias. Salomé, la de las apariciones multicolores o negras como la noche, vestida-desvestida, cambiante, nunca como una sola mujer sino como todo un harén. Conocedora de la vestimenta, y también del desnudo. Se depilaba el cuerpo con cera de azúcar y limón, se suavizaba la piel can aceite de almendras, y sus uñas centelleantes estaban impecablemente esmaltadas. Mirar y ser mirada, despertar apetitos para saciar su gula. El ser golasa la perdió. Un pastelito de nuez por acá, otro de almendras por acullá, un datilcito relleno, un tocinillo del cielo... Terminó obesa, diabética y casi ciega. Pero no por eso se desilusionó.

Usó su camisón de otra manera. No para revelar el cuerpo sino para velarlo, ofreciéndolo al marido para que lo sintiera y no para que lo viera. Aunque el espejo estaba roto, ella siguió porfiando en seducir. Tan resuelta al comienzo como al final, cuando, con anteojos oscuros, iba tanteando el camino con su bastón de ciega, mientras en sus orejas relucían aretes de vidrio que eran como dos gotas donde yo me miraba.

26

El Doctor ridiculiza el arsenal guerrero de Seriema y la hace deponer las armas.

A diferencia de Salomé, a mí la sensualidad me importaba muy poco. Lo que me interesaba no era el goce, era tener al sultán a mis pies. Había que desentrañar la fantasía de la cortesana, y el gran hombre, sin casi intervenir, me dejó que lo hiciese.

–¡Ah, si yo tuviera el guardarropa de Greta Garbo!

El Doctor no reaccionó. ¿Qué más iba a inventar la Seriema esta? ¿Qué nuevas luces de candilejas anhelaba la tal brasilerita? Sospechando que el Doctor me hallaba medio rara, me permití insistir.

– Bueno, dígame más, retrucó.

– Hacer cine nunca ha sido mi sueño, pero la ropa de la Dama de las Camelias, –¡ah, eso sí! Un traje largo, de tul blanco o negro, y no para ser actriz: para subirme al pedestal donde la idolatraban.

–¿A quién? ¿A la Dama?

– Sí, como si yo estuviese condenada a ocupar su lugar.

– Condenada es la palabra, subrayó el Doctor.

–¿Pero qué es lo que me obliga? Lo único que me viene a la mente es Vivien Leigh, la Scarlett O'Hara de Lo que el viento se llevó, la que ante cada desventura decía, sin dejarse abatir: "Mañana será otro día".

Bueno, entonces que Scarlett siga tan inquebrantable como sola, debe haberse dicho el Doctor al interrumpir la sesión, dejándome salir lanza en ristre, entregada al placer de una antigua lucha de prestigio. De niña, el otro sexo sólo existía para que yo lo superase. Salomé, jamás, pero la Dama de las Camelias, sí, porque a ella le era dado elegir y, por ende, todo truco era válido: smoking, vestidos ajustados o vaporosos, drapeados o plisados, organdí, tul y tafetá, y bordados realzados con perlitas de nácar.

Al retirarse del escenario sin agregar palabra, el Doctor puso en ridículo las armas que yo estaba empuñando, me hizo advertir lo imaginario del enemigo, deponer el armamento y quedarme con las manos vacías. –¡Ah, Doctor! –¡Si pudiese volverte a ver en un instante! Mañana. Hoy ya es tarde. *Too late*.

–¡Maldición! ¿Dónde está mi Doctor, que no me responde? ¿Me quiere bien o tan mal como yo misma me quiero? No hay ángel que me consuele, menos aún aquel indiferente querubín de piedra que me observa desde arriba.

No hay duración en esta tarde que no sea infinita, ni recorrido que no tenga la misma urgencia de esas aguas del Sena que corren turbias. ¿Acaso importa el tiempo que falta para el año 2000: 396.711.329 segundos? ¿O el tiempo de la existencia de esa gárgola a la que todo le resbala, hasta la fecha de su nacimiento?

Tenía que encontrarme con el Doctor, y pronto, porque el espejo O'Hara se había estrellado y yo estaba nuevamente sin rostro. Sólo si él me escuchaba lograría vislumbrar otra fisonomía posible. A la que más extrañaba era a Seriema. ¿Pero sería para hacerme tanta falta a mí misma que me pagaba el tratamiento?, me preguntaba entonces. ¿Qué clase de tratamiento era éste? ¿De qué artificio se valía el gran hombre para que yo, aún decepcionada, tornase a verlo cada día?

27
Seriema comete un lapsus y confiesa lo que sigue.

El día siguiente acabó por llegar. Era el final de la tarde y en la sala de espera se estaba desarrollando una fúnebre escena imaginaria. El Doctor yacía en el féretro, llorado por familiares que escondían el rostro y por discípulos a los que él, de vez en cuando, se levantaba a consolar, dirigiéndose a cada uno en su lengua materna y despidiéndose con un *adieu*.

Allí estábamos, el espectro y yo, cuando el Doctor entró arrastrando los pies y avanzando en bloque el cuerpo entero. ¿Sería el vivo o el muerto? Imaginariamente yo lo mataba de nuevo. Era verdad que el gran hombre me había arrojado muy lejos la lanza y despojado de mi escudo, pero esto no sucedía por vez primera. Sí, de vez en cuando me dejaba tan sola y abandonada como zapatilla de rengo.

– Venga, dijo el Doctor, sonriendo e interrumpiéndome el flujo imaginario, que volvió a empezar sobre el diván.

–¿Y ahora qué hago con el muerto?, le pregunté sin ningún escrúpulo, y sólo a continuación le describí la escena.

–¿Cómo qué hace?

–¿Sí? ¿De qué me sirve su muerte?

– Para algo servirá, respondió secamente.

– Apenas para decir adiós... y escapar al vacío.

–¿Cuál vacío?

– El vacío después de cada sesión... esa imposibilidad de ser yo y de ser otra ... insegura de todo, hasta de que usted y yo existamos realmente... temiendo la fantasía... quiero decir, temiendo el fantasma.

–¿Cómo?, interrumpió, subrayando el lapsus.

– Me confundí. Quería decir fantasma, palabra que en francés designa la fantasía y, entre nosotros, el espectro.

– Interesante, comentó el Doctor.

– A mí me suena horrible... esta vida de acá para allá, entre dos lenguas, traduciendo sin pausa. Aquí se levantó, considerando terminada la sesión, tendió la mano para recibir el dinero, lo miró y preguntó si no le debía más nada. Yo me asombré de nuevo.

¿Qué más podía deberle? ¿No bastaba con pagar? Ya era suficiente con estar obligada a permanecer allí, traduzca que te traduzca, quieras o no. –¡Malhadado imperativo! Servir a dos señores, el francés y el brasileño, y hablar el uno pensando en el otro. ¿Qué pecado tremendo habría cometido?

El pasaporte del Cedro para Occidente era la lengua francesa. ¿Podía Seriema no hablar francés? Y el brasileño tenía que dominarlo a pedido del antepasado, para que la nueva patria se hallase en el Brasil. –¡Desdóblate, Seriema! Y yo, sin sospechar que lo hacía para satisfacer al ancestro, seguía traduciendo a más y mejor.

Una vez más el beneficiario de mi locura iba a ser el Doctor cuyo textos no tardarían en conquistar la brasileñofonia, diseminando la peste entre los brasileñoparlantes de Oriente y de Occidente, isleños y continentales, tal como él lo había imaginado al entrever a la mensajera tras los rasgos de la brasilera. En lugar del *Ça* francés, surgiría el Eso, y en lugar del *Moi*, el Yo. Pero el Surmoi, de ser posible, no lo traduciría en absoluto. ¿A santo de qué introducirlo en una tierra donde tenía tan pocos visos de prosperar? No, ni soñaba con hacerlo, pese a los loros rubios que, empollerados con sus togas, trepados a sus cátedras y presentes en todos los puntos claves del país, repetirían superiormente *Superyó*, super, resuper y requetesuper, contentos de despertarnos la culpa y así ponernos en el recto camino de la supercivilización.

28
Donde Seriema sueña con tener un hijo.

–¡Vertir y traducir! –¡Ay, la lengua del otro! Tres palabras para cualquier accioncita de nada, en tiempo pasado: *j'ai mangé, j'ai bu, j'ai dormi*. –¡Y todo para decir sencillamente comí, bebí, dormí! Pasado complicado deberían llamarle a ese pasado compuesto. Y para un simple número noventa, tres enunciaciones que la obliga a una a andar sumando: *quatre-vingt-dix*, cuatro veces veinte igual a ochenta, más diez, noventa. –¡Todo el tiempo obligada a pensar! –¡Ah, la lengua brasileña, la del ao!, pensaba para mi. Esas eran frases dichas o escritas con espontaneidad, palabras repentinas que me atrapaban en casa, en la calle o en el Metro, y que yo me oía pensar.

Me hacían falta palabras, mis palabras. ¿Pero podía decirlo nuevamente en sesión? Sería repetirme. La hora ya ha llegado Seriema. El gran hombre te espera.

– Dígame.

–¿Qué cosa? ¿Lo primero que se me ocurra?, lepregunté con ironía.

– Sí, respondió rápidamente el Doctor, precipitando al sorprenderme una asociación inesperada.

Ya fuese porque no me había oído, o porque de nada se asombraba, me había contestado que sí. Y lo que yo deseaba recordar y no lo conseguía, el sí del Doctor lo devolvió a mi mente.

–¡Ah, si yo supiese una canción de cuna... aquella de mi madre, que decía: querida, *iahabibe*! – ¡Me gustaría tanto cantársela a mi hijo!

–¡A quién?

– A mi hijo, si lo tuviese.

–¡Hum!, murmuró el Doctor.

– Pero no tengo hijo, ni puedo tenerlo, porque me olvidé de la canción.

– Invéntele otra.

Sí, Seriema, otra. El idioma perdido se salva y se retoma repitiendo la melodía materna, haciéndola existir en la lengua del *ao* y también del *iahabibe*. Estás prometida a tu hijo y a la lengua que vas a reinventar por él. ¿Cómo rescataras tu pasado, si no?

29
Seriema se sube a la alfombra mágica para ir al Oriente a escuchar el habla de sus antepasados.

La sesión que luego olvidé se prolongó en el sueño. De la alfombra mágica al idioma perdido. Yo me hallaba de pie, y Jarja, sentado can sus bombachas turcas y en la cabeza el tarbuch. –¡A los miradores – gritaba él –, a los minaretes! (que yo apenas veía). De pronto sobrevolamos un cementerio interminable, en cámara lenta, y Jarja iba nombrando las ofrendas: estatuillas, jarrones, platos de comida, flautas y laúdes. ¿Vamos a aterrizar o no? La alfombra se deslizó hacia el interior de una caracola acústica de siete colores donde oí el eco de una lengua extraña, pero que yo reconocía.

¿Árabe sería? ¿La lengua ancestral que yo no hablaba, pero que había sido la de mi primera canción? A juzgar por el cementerio, esa ciudad sólo podía ser El Cairo. El sueño me llevaba a la ciudad originaria de las historias de Jarja, la de los siete cielos – el de esmeralda, el de plata, el de perlas, el de rubíes, el de oro, el de jacinto y aquel séptimo cilo de luz enceguecedora –, la de Alí Babá y la de Simbad el Marino que, según el abuelo, debía ser honrado por haber conocido países paradisíacos y comarcas funestas, volado sobre las alas de un pájaro que rozaba la bóveda celeste, visto un pez que escupía ámbar, cegado un gigante con los ajos de brasa y, sobre todo, por haber hecho siete viajes, naufragado y salvado siete veces la vida. Su honra fue haber preferido la muerte a la pobreza, y el sabor de la aventura a cualquier otra cosa. Las historias, la ciudad que sólo podía ser El Cairo y la lengua de la caracola que sólo podía ser el árabe, el idioma de los adultos hecho para hablar sin que les entendiéramos: el poder para ellos, el destierro para nosotros. El abuelo sí que nos lo quiso enseñar. Pero sólo nos trasmitió algunas frases, los números y los principios de la caligrafía, porque lo acometía una súbita dolencia, un vértigo incurable: le daba vueltas la cabeza como si estuviese en el mar. Su enfermedad nos condenó a la ignorancia. El árabe sólo fue para nosotros unos sonidos guturales. ¿Era un idioma eso? Motivo de ofensa y de chacota más bien nos parecía. ¿Por qué ahora se disfrazaba para irrumpir en mi sueño? Salí a caminar con el Oriente en la cabeza y el cuerpo sin rumbo. Fuí, volví, vagué por la orilla del Sena, entre los buquinistas y los sauces llorones. ¿Cruzaría ese puente? Pasar a la *rive droite* ¿qué sentido tenía? ¿Cambiando de margen iba a cambiar yo misma? La Conciergerie, las torres medievales, arrodillarme ante el rey. ¿Cuál de ellos, el santo, el loco o aquel pobre descabezado de Luis XVI? En todo caso, era irremediablemente monárquica.

También delante de las reinas se arrodilla uno. A María Antonieta más le valió que la decapitaran porque peor es arder. Juana de Arco en la hoguera. Crucemos. Tuileries, Concorde, donde la guillotina más cabezas cortó. Plaza del Doctor Guillotin deberían llamarla. Reyes y revolucionarios, la muerte nos iguala ¿Y yo, para qué estoy en esta plaza? Quizás para ver el obelisco de Luxor, mi pedazo de Egipto en el país de Francia, o esta fuente con nereidas y tritones cuyo rabo sólo yo veo menearse a ritmo, al ritmo de mis sambas, al ritmo de mi lengua natal.

30
Donde Seriema pretende traducir sin traicionar.

De sueño en sueño andaba. ¿Estaría bajo los efectos de alguna droga pesada?, me pregunto al recordarlo.

En el primer sueño me encuentro con un amigo en un quiosco de diarios. Él compra tres revistas, entre ellas O Cruzeiro y el Pariscope. La vendedora me da el cambio a mí, no a él. Tres francos que yo me pongo en el bolsillo.

En el siguiente sueño veo un piano con tres teclas. Lleva escrita la sílaba HRA, en letras mayúsculas. Un trío de revistas, de francos, de teclas y de letras. Casual no puede ser esta repetición. HRA, una sílaba extraña. –¡Parece árabe! Y el tres, eso está claro, porque son tres idiomas: árabe, francés y brasileño... ¿Pero y la historia con la vendedora? ¿Mi asentimiento frente a su error? ¿Qué significa haberse embolsado el dinero del otro? Es verdad que ayer me olvidé de pagar la sesión.

Quién es el otro de cuya plata me apodero, sino el Otro, verbigracia, el Doctor, concluí al advertir que me había embolsado los francos en el sueño, por querer apoderarme del texto del gran hombre, traduciéndolo del francés al portugués.

¿Sería a causa de esa apropiación que el Doctor no pareció entusiasmarse demasiado cuando le hablé de mi proyecto?

–¿Qué?, me preguntó a boca de jarro.

– Traducirlo...

– Pues hágalo, me dijo, antes de que yo terminara la frase.

Que la brasilerita se las compusiera como pudiese con esa loca obsesión de transponer, ese ir y venir de una lengua a la otra, insistiendo con una identidad imposible y tragándose todos los sapos de su testarudez... –¡Los proverbios del Doctor! A falta de tordos se comen mirlos, sostienen los franceses. ¿Pero cuál de mis compatriotas podría imaginar la diferencia entre un sabor y el otro? Hubiera podido poner que *a falta de perro se caza con gato*, pero no era lo mismo: yo tenía que lograr la equivalencia exacta, tornando el texto inteligible hasta cuando no me lo parecía en absoluto.

Imposible admitir en él imperfección alguna, aunque ciertos proverbios me sonasen muy raros. ¿Cómo aceptar que “vientre con hambre no tiene oído”, si entre nosotros el oído musical más fino de todos era el más desnutrido, o que “las grandes penas son mudas”, si toda pena nos servía para alardear de sentirla bailando samba más que nunca, o que “el sol brilla para todo el mundo”, si en Francia hacía meses que no lo veía ni en pintura? ¿O bien, considerando la faena de traducir, que “sólo cuesta el primer paso”, que “los días pasan y no se asemejan” o que “la fortuna se gana durmiendo”? Pero por nada del mundo desistiría del empeño y, de tan apegada al original, intentaba vertir sin cambiar, escribiendo en un brasileño afrancesado, negando toda diferencia, como el loro rubio, y suponiendo, como él, que era preciso ser idéntica para volverme una igual.

¿Qué podía el Doctor frente a tal desvarío, sino esperar que el fracaso de las tentativas acabase por iluminar a la brasilerita? Así fue como, sin intervenir ni una vez, y sin pizca de culpa, me entregó a mi condena, que duró nueve meses, al cabo de los cuales nací para mi lengua, rechazando airada toda fidelidad que no se refiriese a la bendita lengua del *ao*. Roce de dedos negros en mi cuerito cabelludo, roce de yemas leves de mi negra mamá. Roce de cuerpos en la danza, dale que va, de sol a sol. Tres días y tres noches entre bacantes mulatas, sultanas y marajáes, mandarines y samuráis.

Retozar y brincar entre monarcas y faraones, castillos y pirámides todas de espejo. Oro, plata y piedras preciosas. El tesoro de Alí Babá para cada loquito bailarín, católicos y umbandistas, madres e hijas del Santo del Candomblé.

31
Donde el Doctor convence a Seriema de que se encargue otro fetiche. Evocación de Lora, tía paterna.

¿Nostalgia de tu casa? ¿Y el teléfono público para qué sirve? Para arruinar el aparato y hablar gratis al Brasil el tiempo que tú quieras, tontita. Con esta idea en la cabeza me puse a buscar un teléfono fácil de descalabrar, o ya descalabrado por algún otro tercermundista que suspirase por su país de origen. Viveza de mi tierra. La cabina de la Ile Saint-Louis estaba a punto, mandada a hacer para mis propios fines, pera la fila de desesperados que aguardaban turno me colmaba la paciencia. ¿Por qué no Saint-Michel, cerca del ángel y del dragón que escupe fuego? Gluglu, la eterna catarata que a cualquier hora mana para todos, griegos y troyanos... –¡Ah, Iemanjá! ¡Cómo me gustaría hablar con María Prieta, siempre contenta, siempre de buen talante! Pero no, Saint-Michel tampoco resulta. Huyamos a Saint-Germain para evitar esta fila de desterrados que no comparten nada, salvo el saberse cómplices del mismo crimen cometido en la cabina. Un crimen insignificante: a la telefónica, privarse de algunos millones de francos le costaba muy poco, mientras que nosotros vivíamos exiliados del paraíso. Francia nos lo debía todo, el conocimiento y hasta el país que habíamos dejado para venir a empaparnos de su saber. Viveza de todas las tierras, siempre y cuando sean pobres. Esto evidentemente lo pensaba sin animarme a decirlo. Y de no mediar un pequeño incidente, el señor Doctor nunca se habría enterado de mis correrías telefónicas.

–¡Mi colgante! ¿Dónde está mi colgante con el ojo, dónde se me cayó?, me pregunté al salir de la malhadada cabina buscando noche adentro el objeto y escudriñando el suelo. Rehice mi camino, Saint-Germain, Saint-Michel, la Ile Saint-Louis, pero todo fue en vano. La vuelta de la ciudad por un fetiche, mi pendiente protector, tan protector mi ojito como la negra María. Ojalá que lo encuentre, Dios mío. Padre Nuestro Ave María, yo sin él no soy nada, ángel de la guarda, pedacito de mí. Mi doble. ¿Y ahora qué le digo al Doctor? No había más remedio que contárselo: el teléfono arruinado, el ojo perdido, la vergonzosa desesperación.

Tenía que saberlo el Doctor: a mí, sin mi colgaje, ya nada me importaba. Al quitarme el talismán perdía poder y quedaba al descubierto entre el silbido de las balas. Que el Doctor me entendiese: recuperarlo era vital.

– Otro pendiente, me ordenó – Consígase otro pendiente.

– Ah, si pudiera...

– Claro que puede. Telefonee a su país, telegrafíe – insistió levantándose.

Telefonee, telegrafíe... El Doctor había reconocido la urgencia, como recomendaba la teoría. ¿Pero podía aconsejar como lo hacía? ¿Reforzar la creencia en el fetiche? ¿No estaría desnaturalizando su práctica y contrariando su doctrina? Así me preguntaba, detrás del dogmatismo como perrito fiel, y ladrándole al fetichismo para intentar ser otra en vez de yo.

Hombre realista, el Doctor no pensaba negar la fantasía ni el fetiche de nadie, ni castigar a su burro para hacerlo beber. ¿Acaso yo prescindiría de mi amuleto protector por más que me dijeran que no lo precisaba? Por nada del mundo admitiría que el talismán fuese ilusorio, simple molino de viento o gigante del mal. Si, él tenía razón, lo único que podía hacer era encargarme otro. Al fin de cuentas, el ojo era tan imprescindible como el Doctor pragmático. Las consignas

de los manuales quedarían para otra vez. Ahora, para evitar la huida de la brasilerita, el Doctor encarnaba al *padre de santo* y me ofrecía su protección al concederme el fetiche.

El no había máscara que se le adhiriera por completo. Era un actor que fingía no representar y enmudecía para descubrir el papel que le atribuía el del diván. Bienvenido a los dramas variados, todas las nacionalidades y las diásporas. Siendo frances, el Doctor no por eso dejaba de ser japonés, árabe o brasileño, y nunca condenaba una creencia, a diferencia de mis antepasados que escaparon del fanatismo para reincidir subterráneamente en él, discriminando a "esos brasileños" y desdeñando a Lora por haberse vuelto espiritista, tanto que hasta evitaron consolarla por su duelo, sin darle al náufrago un madero. ¿Lora había perdido a un hijo? *Mektub*, y la tía al oírlo redoblaba en llanto.

– Juan, ¿dónde está mi Juan? El mar se lo tragó, Dios se llevó su luz que era tan viva. Juan, San Juan, que a todos ayudaba sin olvidar a nadie, ni a los leprosos. Yo siempre le enseñé a querer y a poder. ¿No puedo? Sí que puedes. ¿No consigo? Sí que consigues. –¿Salvo cuando llega la hora de lo imposible! Eso le decía cuando estábamos juntos. Ahora es tarde. Dios mío, dame fuerzas, santo Dios misericordioso, mis manos están atadas, no puedo, no consigo. –¡Devuélvanme a mi Juan!

Lora estaba inconsolable. Solo paraba de lamentarse cuando oía las plegarias del médium y distinguía los nombres de los indios y de los viejos negros reencarnados en él.

– *Oié, oiá,* cacique Tabajara. Soy el indio Pluma Roja. Y yo, el indio Roni, el espíritu que ya puede volver. *Oié oiá*, soy Bené la bien llegada, y mi hermano es Barnabé.

Lora debía tener fe, su Juan iría a aparecer.

– Juan no murió. ¿La muerte existe? No existe, hija mía, es sólo un pasaje, aseguraba el mulato de mejilla cortada.

– El espíritu de otro se reencarnó en tu Juan. Es el espíritu de un médico, *oié*, uno que estaba obligado a pagar sus deudas aquí abajo. Ahora el espíritu abandonó el cuerpo. Juan cumplió su misión sobre la tierra. *Oié, oiá*, el hombre repetía, y la tía asentía, callada, para después contarnos a nosotros historias de espiritismo, de mesa blanca donde se sentaba con los de la creencia a escuchar a los muertos, sus mensajes, y a oírles decir que la verdadera vida no termina sino que se translada, y por eso es tan inútil el saber de los médicos.

–¿La receta del Gardenal? –¡A la basura!, resolvía bruscamente la tía Lora. – Se acabaron las convulsiones, basta de largar baba ni nada que se le parezca, basta de enfermedades, nunca más.

Libre del miedo al descalabro, ella preconizaba la cura espiritual y se trataba el cáncer de útero con cáscara bermeja de jequitibá. Con el agua del hervor se daba baños de asiento rezando padres nuestros y avemarías. Era más poderosa que los médicos, igual que el personaje de su historia:

–¿Quién soy? Pedrito Cem. –¡Y puedo más que el rey! alardeaba el presumido.

–¿Ah, sí? Entonces que venga, ordenó el rey.

–¿Así que Pedrito puede más? ¿Podrá traerme del bosque un león?

–¿Un león? –¡Enseguida!, y se escapó para el bosque, diciendo que se iba a amansar al rey de las fieras.

Entonces decretaron que el malandrín de Pedrito abandonase la ciudad.

Pedrito se retiró, pero sólo para volver al cabo de un tiempo. –¡Que lo arrojen al mar!, ordenó esta vez Su Alteza enfurecida. Lo hicieron prisionero y lo pusieron en una diligencia. El centinela se ausentó para satisfacer sus necesidades y el chiquilín astuto aprovechó para huir. Por el camino oyó un galope y se largó a gritar:

–¡Ay, ay, socorro, suélteme, no me quiero casar con la hija del rey, no quiero ni lo haré, le digo que me suelte!

–¿Está loco?, preguntó el caballero que pasaba por allí. Y tanta envidia le dio la suerte del preso que con Pedrito cambió de lugar.

Lora inventaba historias como Pedrito Cem, cuentos para salvarse. Conocía lo imposible y la hora en que llegaba, pero pugnaba por esquivarlos, así como antes lo había hecho con el poder y el conseguir. Esa tía que en su infancia bailaba el *dabke*, la danza del vientre, primero fue espiritista y umbandista después y se volvió brasileña cantando:

Mi Jurema, mi Juremá...
permiso mamá Oxum
nuestro padre Oxalá
epé epé babá
nuestro padre Oxalá.

¿Alguien podía honestamente censurarla por eso o censurar a quien fuese por la fe que tuviese? Sin embargo la tía fue censurada, y también despreciada, como lo habría sido yo de haberme arumado a confesar mi amor por mi pendiente. Si mi familia hubiera estado al tanto del fetiche me habría aconsejado trocarlo por *mektub*. Y el loro celebérrimo habría canturreado pendiente... ente... ente... burlándose de mí... por adorar un ente. ¿No era natural que me apegara al Doctor? Al aceptar la magia, él me abría el camino para ser lo que era: brasilera.

32
Donde la heroína sueña con ver su nombre en los titulares de los diarios.

No dejaba lugar a dudas la aceptación del Doctor. ¿Pero de qué me servía la aceptación si me faltaba mi colgante contra el mal de ojo? Sin mi amuleto protector me encontraba indefensa, nuevamente sujeta al ojo malo de mi antigua rival. Y mi cabeza volvió a clamar venganza como si el tiempo desde entonces no hubiera transcurrido.

–¿Venganza?, preguntó el Doctor, tal vez con extrañeza.

– Sí, venganza.

–¿Y cómo?

– Asesinato, respondí, sin saberme explicar quién sería la víctima, si mi ex-novio por haberme abandonado, o aquella otra a la que nunca pude nombrar.

–¿Y qué más se le ocurre?, intervino, interrumpiendo bruscamente el silencio.

– Si por lo menos supiese a quién debo matar...

–¿Nada más que eso?

– No. También se me ocurre que si estuviera en la cárcel, detrás de los barrotes, me sentiría sin culpa alguna, con el rostro sereno de los bienaventurados.

¿Podía el gran hombre no interrumpirme aquí, en este crimen perfecto, en esta bienaventuranza paradojal? A la calle, muchacha, a descubrir al culpable, el verdadero autor de tal asesinato. Sube, baja, pasea para saber quién es el comanditario secreto. Si alguien no me mandara cometerlo, mi rostro tan sereno poco se entendería, deduje. ¿Pero para qué ejecutaba la orden y cuál era la recompensa? ¿Qué beneficios secundarios traería aparejados aquel crimen imaginario? ¿Este buquinista del Sena me lo podrá decir? ¿Tendrá algún libro donde figure la respuesta? Sigue tu camino, Seriema. ¿Vencerá o no el dragón de la maldad? ¿Qué desea el Mal de mí? ¿Y yo de él? ¿Habré de convertirme en la violenta que hiende la carne a machetazos? Mi foto en la primera página del diario... Sí, dejarme encarcelar para hacerme un nombre. Usted tal vez se hará un nombre con mi renombre, me había dicho el Doctor. A través del renombre, Seriema, no del asesinato ni del crimen. Hay que volver inevitablemente donde el Doctor.

Imposible prescindir de él para quien ya no vendía de puerta en puerta, beine beineta veinte a veinte, pera debía confrontarse con una identidad ausente de sí misma y con esa historia del Cedro que a nadie perdonaba el destierro, a menos que ganara fama y celebridad. El Cedro nos exigía lo imposible, a todos nosotros sin excepción, a cualquier Mustafá, al último de los Abdalá o los Ibrahim de los que ponen bombas en los jardines de infantes, terroristas con mirada de loco y corazón de hielo, que buscan la justicia a través del miedo.

Era con el Doctor y en Francia donde yo daba conmigo. Contemplar el Sena desde sus márgenes me hacía descansar de ser yo. El río de aguas plácidas, casado serenamente con sus propias orillas, hasta podía curarme de la fiebre viajera, la atávica fiebre de alta mar. Siempre había un banco que me esperaba y un sauce llorón que me recordaba los *ipés* y la paz de un tiempo inmemorial. Los días se mostraban acogedores y las noches en el espejo de las aguas

tornasoladas nunca eran negras: los *bateaux-mouches* las coloreaban con sus cien farolitos, acuático caleidoscopio verdirrojo perennemente iluminado.

33
Donde Seriema hace caso omiso de los modistos franceses.

Era obvio que la provincia del Sena me convenía mucho, pero satisfacerme no me satisfacía. La corte masculina, benéfica sin él, me convertía en dama, a mí, Seriema, privándome de iniciativa y colocándome a gran distancia sobre elevado pedestal. Yo los hubiera dispensado, pobrecitos, de tanta reverencia, de tanto palabrerío y ramillete.

Era mil veces preferible ligar en silencio, cuerpo a cuerpo, sin "promesas ni programa". ¡A retozar con ganas y nada más! En aquella provincia, la verdadera manzana no lograba comérmela ni hallaba cómo hincarle el diente. Además, cada invierno, la comarca se ponía tan frígida que yo me eclipsaba por completo. ¿Si no salía con lluvia iba a salir con nieve?

¿Y por qué no un visoncito, la piel de las princesas?, sugirió mi madre, despreciando el zorro por ser "de artista de cine". No, nada de visones, mamá. El visón se lo dejaba a las artistas de San. Yo ansiaba una piel verde, un tapadito clorofílico para darle el esquinazo a la moda del negro, del beige y del marrón. –¡Qué me quedaba entonces del imperativo categórico papagayístico *Pas la Couleur, rien que la nuance*! Poco y nada, en verdad. Si el loro se entristecía al ensombrecer sus vestiduras, allá él. Mi deseo era el verde que te quiero verde.

¿Y la moda? ¡Ah, la moda! ¿Podía yo acatar sus exigencias, volver mi cuerpo una percha y, por estar bien vestida, renunciar a la filosofía de mis "cadeiras de Sofía"? Tanto hubiera dado convertirme en noruega, ser alta, flaca, rubia, y dejar de ser yo. Estaba decidido: la moda la dictaría mi trasero. ¿Y los zapatos de punta fina? Esa tortura china jamás la aceptaría. ¿Qué significa la libertad que no llega a los pies? De ningún harén local iría a formar parte, así llevasen por nombre Saint-Laurent, Montana o Dior. Admirar, sí, aceptar, jamás. Esa moda francesa tan sesuda contrariaba mi costumbre de inventarme la ropa, un adorno de carnaval con una caja de queso, un disfraz de fantasía con un bikini cubierto de lentejuelas y mostacilla, una capa de pirata con un cubrecama. Ni Laurent, ni Dior!, le dije al Doctor, que al escucharme concluyó:

– Así que la ropa no le queda bien.

– Sólo descomponiendo los conjuntos. De la cintura para arriba soy talle 42 y para abajo, 46. La Venus Hotentote se moriría de envidia, pero es normal en mi país.

– Eso es muy cierto, y ahora quizás pueda decirme de qué país se trata.

–¿Cómo?, pregunté, tanto más indignada cuanto que ya me despedía tendiéndome la mano.

–¡Extraña insinuación, dudar de que el Brasil fuese mi patria! La duda metódica era ciertamente francesa pero lo qué pretendía el Doctor? ¿No le bastaba entonces con que me hubiese trasplantado, mudándome de zona y continente y viviendo sin sol, ni mar, ni manzana de veras...? ¿Con qué derecho me desorientaba cuestionando mis escasas certezas? Brasil, Brasil, Brasil, me iba repitiendo para tranquilizarme. Lo menos que podía pedirse era que el Doctor me dejase tan convencida de mi tierra como él lo estaba de la suya. –¡Esto es demasiado!, protestaba yo, tomando al gran hombre por un mago enemigo y montando en mi Rocinante para cargar lanza en ristre contra todo desventurado que osara desdecirme.

34
Seriema siente de nuevo nostalgia de su tierra.

–¡Noche reparadora y extraño sueño! El Doctor, sonriente, blandía una batuta, diciendo piano, piano. ¿Sería un director de orquesta? Y yo, como en un dúo, intercalaba *ipano*, *ipano*. Él decía piano, yo *ipano*, él piano, yo *ipano*, hasta que de repente me salió con L- pi, L- a, L- no, y así siguió deletreando hasta el cansancio.

L- pi, L- a, L- no. ¿Qué se propondría con esta lengua de la L, después de haber negado mi país? Reflexiona, Seriema, ¿acaso tu país, al principio, no consistió en aquellas dos calles en L del pueblito de Vari donde se radicaron tus abuelos? ¿No fue ese Líbano del Brasil donde, como decía Hila, vivían a la manera árabe entre el comercio, la cocina, el vergel y la huerta, comiendo la fruta al pie del árbol y la verdura de la quinta? El Líbano del Brasil era el laurel y el azahar, todo lo que la tierra daba y el mar traía, especias y frutas secas, dátiles, nueces, almendras o pistachos, y damascos en hoja, una exquisitez llamada amardeen que venía envuelta en papel celofán con etiqueta de arabescos. El país en ese entonces era Hila en la puerta de casa diciendo *ahlo sahlà* cuando llegábamos. Y la visita a las demás familias. Había que sentarse, escuchar en silencio y comer otro poquito de Sueño de Vals. Después podíamos jugar a las encondidas o a la rayuela, buscar en el jardín el trébol de cuatro hojas o chupar pirulines. Era el Brasil del Cedro la ciudad que recorríamos en esos atardeceres mediterráneos, con las sillas alineadas frente a las casas. Más tarde, los adultos jugaban al truco, hasta altas horas de la noche, hoy en la casa de uno, mañana en la del otro, largos momentos silenciosos interrumpidos por el chasquido de las cartas al abrirse en abanico, truco, retruco y flor, las cartas barajadas sobre la mesa, la secuencia completa del mismo naipe. Era un juego tan serio como un torneo de espadachines en el Cedro, cuando una aldea luchaba contra la otra, a sablazo limpio, en defensa del honor.

¿Qué quedaba del Brasil libanés? El recuerdo de las mansiones color de rosa, demolidas con dinamita, y del extrañado teatro Iris donde veíamos las películas de Hollywood, y del kiosco de hierro, hoy oxidado, y de la fuente barroca donde el agua ya no chorrea de boca de los ángeles.

Ese primer país quedó aplastado bajo los rascacielos, y bajo el dinero, amo y señor de los ávidos hijos de inmigrantes para quienes todo pasado fue un usurpador. El antiguo morador de aquellos caserones se tuvo que enfrentar con hombres de recia catadura y sonrisa infalible, siempre de traje, corbata y portafolio de cuero, siempre a la caza de viudas y jubilados, urubú inmobiliario al servicio del predio futuro, el edificio moderno por el que tanto árboles como casas vieron su fin.

Brasil de la selva, Brasil del cemento. Desesperación ancestral de hacerse un nombre. Cuánta razón tenía el Doctor al preguntarme cuál era mi país. Este Brasil, no. Esta concentración ocupando el lugar de la ciudad que falta, este legado de la ganancia como señal de identidad en la fachada ausente, seguro que no.

35
Donde vemos que el Doctor no es hombre de censurar a nadie.

Acaso por pensar que en el Brasil su nombre no contaba, para Jarja la ley contaba menos aún: no te hizo ascos al contrabando y alguna pena leve hasta llegó a purgar. Y yo misma, ¿no sería por el placer de engañar al Doctor que omitía pagar las sesiones a las que había faltado? Así lo seguí haciendo, convencida de que, como él no protestaba, no se daba ni cuenta. Pero me equivocaba, –¡y cómo!

–¿Y esto a qué corresponde?, me preguntó, mirando largamente el dinero que le había entregado y frunciendo el ceño como si, o él no entendiese, o el error fuera mío.

– A la sesión, respondí perpleja.

– Tiene que darme el doble, ordenó el gran hombre sin más explicaciones.

– Eso es imposible, afirmé, aunque sin convicción.

– El doble, querida, me exigió.

¿Qué iba a hacer? ¿Romper? Le pagué y salí. Y me puse a dar vueltas. ¿Por qué me cobraba el equivalente de dos sesiones, ésta y la última a la que había faltado, si le debía varias? ¿Por qué, ya que estaba, no cobrármelas todas? No, no debía tratarse de una deuda real. ¿De cuál entonces? Fuera como fuese, ya no podía suponer que el gran hombre ignoraba mi superchería. El enigmático pedido de pagarle el doble me obligaba a saber que estaba al tanto del robo – así como anteriormente lo estuvo del de la cabina telefónica–, y me inducía a saberme en deuda con la ley.

Si me hubiera cobrado día por día, habría convertido el acto de pagar en un mero ejercicio de contabilidad. Con el enigma, en cambio, despertaba la conciencia del contrato, de la palabra dada, el reconocimiento inevitable de estar en falta.

Actuaba como esfinge, no como policía o moralista. El primero hubiera denunciado el robo, y el segundo, explicado el sentido de no pagar. Pero el Doctor sólo deseaba dirigir la cura, buscar en el pasado los ingredientes del presente, cortar en el futuro con la repetición y liberarme del ancestro.

Sólo que yo todo eso aún no lo sabía.

36
Donde Seriema sueña que tiene diez hijos.

¿El Doctor quería confundirme? No acababa de pagarle, cuando ya me preguntaba si no le debía más nada. Una sesión tras otra, una, dos, tres veces. ¿Qué hacer para que no desconfiase de mí? ¿Qué decirle al gran hombre? ¿Y ahora de qué deuda se trataba? No se me ocurría ninguna respuesta, ni en el consultorio ni en los caminos de las márgenes húmedas, Rive Gauche, Rive Droite, baja la lluvia interminable, descaminada entre ángeles de piedra chorreantes, por las calles de la ciudad estalactítica. No, ninguna idea que aclarase la extraña pregunta que el gran hombre me repetía como un autómata, como un ventrílocuo, y como si su voz fuera de otro. ¿La señora no me debe más nada? ¿Está segura la señora?, preguntaba, poniendo distancia entre nosotros con el solemne tratamiento. La señora. Madame. ¿Había algo que a Madame pudiese mejorarle la entendedera y avivarle los sesos? ¿Una fosforescencia que al fin la iluminase? ¿Qué noche aquella entre mis días? ¿Y qué hombre el Doctor? ¿Qué doctores enloquecedores los hombres? ¿Hasta cuándo estarle sometida y él, por cuánto tiempo indescifrable? Duerme, duerme, Seriema, que la respuesta nacerá.

–¿Quieres una castaña?, me ofrecía en sueños un hombre desconocido –¿O mejor una nuez?, me preguntaba otro, y eran diez hombres conmigo, allá arriba en las nubes, diez jugadores de fútbol que me rodeaban cortejándome. ¿Por qué no una avellana? ¿Una pera? ¿Una manzana? ¿No prefieres un mango, un zapote, una naranja, una mandarina, o si no un ananá? –¡Oh, divino festín!

Éramos once en total. Un equipo completo, pero del cielo, lo cual me recordó a los ángeles de piedra que había visto esa tarde.

– El jugador, el ángel y el niño, asocié, luego de relatarle el sueño al Doctor.

–¿Y qué más?

– Hubiera querido tener hijos en cantidad suficiente para formar un equipo de fútbol. Diez, porque uno sólo no es posible.

Eso al Doctor le pareció evidente.

–¿Y qué más?, insistió, para inducirme a decir lo que yo ya sabía, conscientemente o no.

–¿Qué quiere que le diga?

– Lo que guste.

– La verdad es que no me imagino al padre del niño.

– El padre... Eso es, querida mía, eso es, repitió despidiéndome.

El hijo al que yo le debía un padre. De modo que de esa deuda se trataba. –¡Un hijo engendrado en mi vientre, pero imperativamente nombrado por otro, Seriema!

¿Engendraría yo sin dar el nombre, yo, la primogénita, la que ocupaba en la tribu el sitio destinado al sexo fuerte, el que puede nombrar? La primogenitura me obligaba a rechazar la

vocación de mi sexo para escapar a él, para no ser identificada del todo con las simples mujeres. El Vientre debía decir que no. Elige, Seriema: o el lugar en tu tribu, o el hijo en tus entrañas. El costo del reconocimiento de los antepasados era volverme estéril.

Al insistir en el padre, el Doctor me permitía tener un hijo, ofreciéndome lo que otros me habían negado, dejándome coincidir conmigo misma y advertir que el sexo no era necesariamente mi enemigo. ¿Cómo no amar al gran hombre? Era el único que me autorizaba a convertirme en la que era.

37

Seriema llega a la conclusión de que el Doctor le resultaría útil a toda su tribu y quiere tener un hijo mestizo que le dé lo mejor de los dos mundos: el Sena en Brasil y el Pan de Azúcar en París.

Evocación de Mara, la tía paterna.

–¡Increíble tiranía de la tribu y del nombre! –¡Y qué apegados estamos al apellido familiar! Yo, los otros, las tías, todas solteras hasta los cuarenta cumplidos. ¿La soltería sostenía la alcurnia? Todas ellas le dieron la preferencia a un candidato cuyo apellido fuese idéntico al suyo, y pagaron tributo a la tribu para que ese apellido figurara hasta en el nombre de pila de los hijos.

El mismo drama del anonimato pasó de generación en generación. Las tías se limitaron a la endogamia. Los primos se convirtieron en esclavos de dicha repetición del patronímico, ofrecieron banquetes y tomaron toda clase de medidas sociales para conquistar a la prensa. Cualquier cosa con tal de estar en el diario o en la televisión. Sea bueno, deme un espacio en la página, un lugarcito en la pantalla de la tele. ¿Seré yo mismo éste de acá, en la foto, en la imagen? No lo puedo creer, espera que me pellizco a ver si es cierto. El primo Roni vivía tan encantado consigo mismo que podía pasar por retardado. Roni, Vera o Ana, todos iguales. ¿Era la degeneración provocada por la endogamia o la fiebre de la integración? Sí, cualquier cosa, lo que fuese, todo por volverse encolumnable o televisivo. No exactamente para tener los mismos derechos a pesar de su origen, sino para que este origen ya no contase, para que la historia de cada uno de ellos en el país estuviera fechada el día mismo de la publicación del diario, y para que sólo con el país tuviera que ver la malhadada historia. Nadie habría protestado si el apellido hubiese aparecido escrito a la inglesa. –¡Bendito engaño! El verdadero paraíso eran los Estados Unidos. –¡Ah, si Jarja hubiera conseguido la visa norteamericana, otra cosa sería! Ahí si que Roni en la tele habría sido Mr. Roni, y Ana, Miss Ana. Cualquier aparicioncita de uno u otro volvía locos los teléfonos. ¡Rápido, a encender el televisor! –¡Que me vean, que te vean, que nos vean! Después venían los elogios, los comentarios, una semana entera. Sólo contaban el tamaño de la foto en el diario o el espacio en la tele. Cuanto mayor, mejor. Bien brasileños: "El más grande del mundo". A mí las candilejas. *¡Under the spotlights!* No *Las Mil y Una Noches*, las mil y una luces. Todos los escenarios y todos los decorados para mi lucimiento. ¿Me queda bien la ropa? ¿Este traje, esta corbata? ¿Voy descotada o no? ¿El cabello está bien? ¿Me lo aclaro un poquito? A lo mejor unas mechitas. Lo peor es la nariz, este pico de loro. –¡Córtemela, doctor! Cóbreme lo que quiera pero hágamela respingada. Con tal de aparecer, Roni habría aceptado cualquier papel, hasta el de chivo expiatorio. ¿Como resistir a los medios si sólo ellos parecían capaces de decirle quién era? imaginábamos así que nuestro caso no era inmigratorio, sino televisivo o periodístico. A todos nos hacia falta el Doctor: para no mutilarnos ni renegar de nosotros, ni para rechazar el vientre, como yo, que únicamente en sueños podía concebir el hijo deseado.

Estoy con una amiga en una parada de ómnibus del Boulevard Saint-Michel. El frío penetra hasta los huesos. ¿Me vuelvo a mi casa a buscar una campera? Me decido y voy corriendo. En el ascensor, el vecino juega a apretar todos los botones, 10, 9, 8, 7... ¿Pero será posible? Renuncio a subir y en cambio le pido que me lleve en auto hasta la parada. Claro, faltaba más. Y de repente me hallo en el Brasil. Bajo del auto en busca de mi amiga y el hombre me persigue hasta perderme de vista en el centro de la ciudad, que tiene calzadas de piedra y callejuelas estrechísimas como las de los burgos medievales. Irreconocible.

Trato de sentarme en algún lado y justo en ese momento oigo una voz de vieja, lejana, que me dice: "¿Por qué no entra a mi casa?". ¿Será una vieja bruja? Subo a una sala donde sólo hay mujeres, todas mulatas.

– Bienvenida. Siéntese, por favor, me dice la más joven.

Me siento y enseguida me levanto alarmada. Apúrese, pronto, me dice un señor calvo que acaba de irrumpir en la habitación.

–¿Por qué? ¿Cómo?

– La policía la persigue, repite gesticulando el señor, cuya ropa me impresiona porque está de traje y corbata de moño en pleno verano. Le contesto que me voy a entregar y oigo a mi amiga que lo insulta: –¡Charlatán, estafador!

Súbitamente llegan tres policías y después un cuarto.

Yo insisto en que no dejen escapar al señor calvo. Tengo un tono autoritario y los dos salimos esposados porque un policía, sin dar explicaciones, me asegura que me he comportado exactamente como todas las marginales. Le respondo que no es cierto y me saco del bolsillo el sacrosanto diploma de la Universidad. ¿Y? ¿Qué le parece? ¿Marginal o doctora?, pregunto, blandiendo el pergamino.

– Tal vez lo sea, dijo el Doctor cuando le conté mi sueño.

–¿Qué significa tal vez lo sea?

–¿Y qué más?, preguntó él sin responder, pero instigándome a hablar.

– La amiga del sueño es francesa y en la realidad está embarazada. El señor del sueño, por la elegancia, no puede ser más que usted.

– Curioso.

–La amiga es la madre que me gustaría ser. ¿Pero por qué el vecino nos separa, me lleva para el Brasil y me persigue? ¿Y por qué encuentro en Brasil un burgo medieval?

– Diga, diga, insistió el Doctor, dejándome interpretar.

– La verdad es que el sueño, incluyendo el Medioevo, me sirve de puente entre Francia y Brasil. Quizá quiera tener un hijo mestizo.

– Eso es. Sí, eso es.

El Doctor se levantó y yo salí. Debía andar por la calle para entender más, para entender de una vez por qué me arrestó la policía y deducir que el hijo era un crimen y un caso aberrante.

Crimen de lesa tribu, sí, que yo trataba de evitar disimulando el sexo: doctora soy, señores, que no ama de casa. Con disfraz de diplomada. Sólo ahora encaraba la extraña realidad de ser mujer, renunciando de paso a lo que había imaginado: ser la igual de mi padre, y capaz como él de nombrar a un hijo. Me estaba despidiendo de una fantasía que era yo misma. Lo quisiese o no, había hallado la esfinge que me obligaba a conocer mi sexo femenino, y a ser quien era, mal que a la tribu le pesara, pese a la desdichada primogenitura y a las otras mujeres, esa hermana de mi padre que le exigía al hombre llenarle el vientre para encontrar su propia justificación.

Por tener un varón, tía Mara hubiera cruzado la ciudad de rodillas. Después del parto ayunaría una semana entera y le ofrecería al Niño Jesús un ex-voto en forma de útero, fiel testimonio de su curación. Deseaba tanto a ese hijo que mecía sin darse cuenta la cabeza y se dejaba llevar por sus ensoñaciones. Por nada del mundo renunciaría a sus novenas, que al fin le concederían el principito ansiado, con coronita y todo, y tejía y bordaba zapatitos de lana, de crochet, y camisitas de seda con adornitos de guipur, a la francesa. Azul cielo, azul marino, azul rey. Azul y nada más que azul para recibir al príncipe de Arabia en el arrabal donde vivía. Y las otras beatas también se pusieron a rezar padres nuestros, avemarías, novenas y más novenas, pretextando el dolor de la tía, sus ojos siempre hinchados de tanto llorar.

Los chicos la apodamos *Vete-lejos*, porque tanto nos perseguía para confiarnos su pena que le huíamos como a la peste. ¿Algún duende travieso de los que cortan la leche o impiden empollar a la gallina le habría enfriado el caldo de la vida? Vete-lejos terminó dando a luz al deseado, que diez años después nos asombraba a todos con su panza y sus mamas. De día no hacía más que comer golosinas, de noche reiteraba la hazaña de contar las estrellas de la Cruz del Sur, enumerando las cinco, una por una, para orgullo y regocijo de su eterna mamá. Nunca salía a la calle y sólo pasaba de su cuarto a la galería techada, gritando al menor paso: –¡Ay, ay, ay!

38
Seriema descubre la causa de su debilidad imaginaria.

Ay-ay-ay era mi primo, y también era yo. ¿Hubiera podido ser de otra manera? Yo era la sobrina de *Vete-lejos* y la hija de una madre que bendecía al padre, al hijo y al espíritu santo por la gracia de tenerme. Mi sola presencia la resarcía de un bebé muerto al nacer, un varoncito, pero vivía sin aliento, precipitándose al menor de mis llantos y enseñándome así la falta de paciencia, el recurso de pedir auxilio y socorro al mínimo traspié.

Como el hijo de *Vete-lejos*, yo comía casi por boca de mi madre. Comiditas bien pisadas para no tener ni el trabajo de masticarlas con mis dientes, bocaditos de sí que ella ofrendaba en aras de su pasión maternal. Si yo caía enferma, ella permanecía día y noche a mi lado. Un caldito, un cuentito, una bolsita de agua caliente, un trapito empapado en alcohol, una frazadita más. Nada podía distraerla del propósito de curarme lo más pronto posible. Se creía culpable de mi dolencia, que ella consideraba falta de precaución, y actuaba febrilmente, brindándome cuidados casi uterinos. Con tanto empeño me convenció de que era débil. –¡Ay, ay, ay! Sin embargo, este ay-de-mí podía superar, gracias a su intelecto superior, la supuesta insuficiencia de su cuerpo. Así aprendí latín, inglés, francés, piano. –¡Ay de mí, que de tan imaginariamente débil como era, encima tenía que volverme omnisciente! No cabía ninguna duda: esta madre que me exigía lo imposible, mejor que se quedara en Brasil, como bien lo entendiese, a 10 mil kilómetros de distancia.

–¿Y qué más?, preguntó el gran hombre.

– Si yo tuviera un hijo, dejaría de ser la eterna hija de ella. Eternamente la hija a la que todo se le debe, a falta de ser madre.

– Eso es verdad, dijo él.

–¿Y qué gano con decir la verdad?, respondí bruscamente.

–¿Qué más?

– Qué más, siempre qué más.

– Así es, querida.

–¿El hijo con qué cuerpo, con qué fuerza lo haría? En medio de mi debilidad imaginaria, el Doctor me interrumpió poniéndose de pie.

A fuerza de creerle a mi madre, se me debilitaba la cabeza más que otra cosa, tan presente había quedado el hijo muerto, tanto me perseguía su fantasma fragilizándome. ¿Qué tributo debía pagarle a ese hermano para librarme de él? Mea culpa, mea culpa, ¿sólo porque yo estaba viva y él, muerto? Basta con ese hijo varón, con ese primogénito, basta. Basta también conmigo misma, con esa historia atosigante que todo lo impedía. De haber vivido el primogénito, mi madre lo habría hallado parecido a nuestro padre y él habría heredado las virtudes paternas. Se pondría al frente de los negocios, sería un hombre de acción, un comerciante capaz de hacer proliferar los bienes y de administrarlos con firmeza, un ser digno de toda nuestra devoción, un protector en toda la acepción de la palabra. Y la madre reconocería sus derechos sin titubear, esos derechos que yo sólo usurpaba, satisfaciéndola al no entender de negocios y al prestarle al dinero poquísima atención.

39
Donde el Doctor le enseña a Seriema el camino del banco.

Yo quería olvidarme del dinero pero eso el Doctor nunca lo permitió. Todo, menos no pagar la sesión. Un trato es un trato, hermana.

¿Será verdad o no? Y tal vez porque aún lo dudaba, fui a la sesión sin darme cuenta de que no tenía dinero. ¿Y ahora qué hago?, me pregunté en la sala de espera. ¿Irme enseguida? Antes de que pudiera decidirme, el gran hombre apareció, miró a uno, miró al otro y después, sin mirarme, me tendió la mano. ¿Era mi turno o no? Al verme vacilar me dio la orden:

– Venga.

Lo seguí temerosa, con el monedero vacío en la mano.

–¿Y eso qué es?, preguntó, extrañado de verme entrar con un monedero. ¿Sospecharía que lo había robado, teniendo en cuenta las sesiones a las que falté sin pagarle?

–¿Eso?, respondí, mirándome la mano, y agregué, sin relación aparente, que ese día no tenía nada que decirle, pero nada de nada.

–¿Nada? Algo tendrá.

– No, imposible. Y además no tengo plata para pagar la sesión.

–¿Cómo?

– Así es, me olvidé de pasar por el banco.

– Bueno, entonces vaya ahora mismo y vuelva mañana, finalizó sin más.

–¿Mañana?, repetí, tratando vanamente de anular la sentencia.

Pero un trato era un trato y el punto final resultó irrevocable. Inútil insistir: el Doctor no me escucharía. ¿Por qué razón le importaría sólo la plata? No, no, no era sólo la plata. Si fuera eso no se habría olvidado de cobrarme las otras faltas. ¿Pero entonces por qué me impidió continuar, por qué hacer del dinero la condición sine qua non? ¿Cuál era el secreto de ese corte tan brusco? El gran hombre no daba puntada sin nudo y hasta es dable pensar que era el nudo lo que más le gustaba. ¿Qué quería, al fin de cuentas? ¿Obligarme a conocer el dinero, y a entender que yo le hacía poco caso para satisfacer a mi madre, y que ocultaba, como ella, los altibajos de nuestra historia?

Más de una vez habíamos rozado las cumbres, pero sin instalarnos allí. Una fuerza desconocida nos impedía permanecer arriba y nos obligaba a repetir el pasado. A menudo la riqueza se nos había ido de las manos, resbalando como el suelo natal bajo los pies del inmigrante.

Era necesario recordar la historia del oro. –¡Al comercio le prestábamos tanta atención! Faia, el que decía *dinero o muerte*. Jarja, el que enseñaba que sin la compraventa el alfabeto jamás se habría inventado. El comercio llevó a los fenicios de Tiro a Gibraltar. Faia, Jarja, Labi, Iñó, Amiel,

Raji, todos artistas de la pública subasta, capaces de vender hasta transportes de basura y de dignificar la escoria con el verbo, alquimistas que transformaban el plomo en oro.

– Vamos, señores, ¿quién da más? Mil, mil, mil. ¿Quién ofrece mil y uno? Mil tres, mil tres. Más barato no puede ser. Un esfuercito más, señores, se están quedando cortos. A ver, a ver por aquí. Mil cinco, mil cinco. ¿Quién da más, quién da más? Una... Mil seis... Dos... Mil seis. Tres. – ¡Vendido!

La vida, de una generación a otra, giró en torno al dinero, y yo, Seriema, ya no podía fingir que lo ignoraba.

Entre el Doctor y yo se interponía el Banco, *la Banque, the Bank, die Bank*. O me dejaba ya de coquetear con mi madre, menospreciando el dinero, o él no me atendería nunca más.

Renuncia a ser ciega, muchacha, para poder ser amada. La repetición o yo, parecía decirme el gran hombre. Contrariamente a mi madre, en materia de plata yo podía ser tan avispada como los hombres de mi familia. No, hermana, no es preciso desconocer las cifras para volverse la lira del hombre.

El oponerse al imperativo materno, el Doctor me valoraba. ¿Cómo no desear inconscientemente que el verdadero ancestro era él? Necesitaba a otro que no fuera el mío y, aquella misma noche, un sueño me reveló a mi nuevo antepasado. No exigía de mí que me cegase ni que rechazara la maternidad por ser la primogénita. En cambio me pedía con insistencia un niño. Un niño al que Seriema, Ay-de-mí primogénita, tenía que engendrar.

40
Seriema encuentra a Egun, ancestro de los africanos.
Evocación de Mena, tía abuela paterna.

En sueños voy andando por un palmeral, de la playa a la cumbre de una montaña, y del ruido de las olas al retumbar de los tambores.

– *Egun* te espera, me dice el guía.

–¿Quién?

– El antepasado, Babá Egun, me contesta.

Arriba, abajo, arriba hasta llegar. ¿Es aquí? Dentro de un barracón, envueltas en el son del batuque, veo a las bahianas con sus críos, sosegadas las madres porque los niños duermen, prendidos a su seno, abrazados a su cuello, tendidos en el suelo. Al fondo de la sala hay un trono de ébano y pedrerías, vacío. ¿Cómo sería Egun? Al fin aparece con vestido de cintas de seda o terciopelo, tachonado de conchillas, espejitos y pequeñas campanas, el rostro cubierto por una red y una voz cavernosa como del más allá. – Seriema, me llama. – Ser-i-ema, ema, ema, emi, repite el aparecido hasta que yo me despierto.

Ser o no ser. ¿Qué quiere *Egun* conmigo? Antes que nada voy al banco para pagar al Doctor, *la banque, the bank, die Bank*. El sacrosanto dinero, el santo sacramento... Mea culpa, señor, nunca más me olvidaré. –¡Bendito sea! Todos los caminos conducen a Roma, y al banco también. Ve a buscar plata, muchacha, ve.

–¿Qué le puedo decir?, le pregunté, trabando de entrada la sesión y luego tomando la iniciativa de seguirla trabando. – Nada, porque usted no entendería nada.

–¿Está segura?, me preguntó con placidez.

–Casi.

– Entonces hable.

–¿Quiere que le diga lo que oí en lo de *Egun*, llamado *Babá*... ¿*Egun Babá*?

–¿Cómo dice? –¡Qué lengua más rara!, debía estar se preguntando el Doctor, tan desorientado como yo lo previera.

Ni brasileño, ni árabe.

– *Egun Babá*, el antepasado de los africanos que se me apareció en el sueño repitiendo Seriema...

–¿Sí? – insistió.

– Decía *ema-eme-emi*... Ser-i-ema

–¿Cómo?

– *Ema, eme, emi*... –¡Emi, Dios mío, que en árabe significa madre! –¡Ser, del verbo ser, y madre! –¡Ser madre!

– Eso es, Seriema, hermana mía. Hasta mañana.

Seré una dulce madre, *emi*, como nos llamaba Hila repitiendo bajito: "cuidado, *emi*", "una lechita rica para mi *emi*"? ¿El hijo esperado tendrá ojitos de miel y labios de granada?

¿Pero cómo, de qué modo ser *emi*? ¿Como mi tía Mena, hermana de Jarja, que sólo existía para alimentar a sus hijos y almacenar más alimento con que seguirlos nutriendo? Agua de azabar para perfumar el almíbar de los dulces, aceite de sésamo para mezclar con los garbanzos pisados y hacer la crema de *homos*, piñones del Cedro para el *kebé*, *zatar* para salpicar los huevos fritos y pimienta de Síria y de Jamaica mezclados con clavo y canela. Almacenaba los ingredientes necesarios y plantaba su propia huerta para que no le faltara bajo ningún concepto ni una verdura, ni una hierba aromática para su *tabulé*, que servía con el tomate y el pepino cortados en cuadraditos absolutamente idénticos. Plantar y cocinar.

Cortar la masa de la *esflha* con la tapita de la caja de sésamo, disponer el relleno en las rodajas y cerrar sin apretar ni levantar los bordes. Amasar entre las palmas de las manos la masa del *kebé*, carne mezclada con trigo, como si fuera un torno, hasta obtener una bola maciza en la que incrustaba un dedo para inflarla en el medio y darle forma panzona y afinada en las puntas. Sólo le interesaba el pasado y un día nos dijo que deseaba volver al Cedro para mezclarse con los otros muertos y nuevamente ser la coterránea. Cayó enferma y se imaginó que la llamaban los antepasados. En la cama se mareaba y vomitaba igual que en alta mar. Fue otro viaje para ella, pero en dirección de la iglesia greco-ortodoxa donde la velamos entre los íconos y la virgen de ojos tristes.

Tía Mena vivió para repetirse, condenando al exilio a su descendencia y América a su tristeza. No decía, como Hila, "esos brasileños", pero no tuvo ni una palabra de ternura para con la tierra donde su propio culto no se oponía a las demás creencias. Un país grande y tolerante donde ella vivió a salvo de una tragedia milenaria cuyas causas se perdían en el olvido y donde nada diferenciaba a los perseguidos de los perseguidores.

Mena también se hizo la América, pero arrojó su sombra sobre un continente de naturaleza solar, destinando a sus hijos, por así decirlo, al diván del Doctor.

41
El Doctor le enseña a Seriema que, en materia de locura, querer no es poder. Evocación de Luisa, tía materna.

¿Vendría el hijo pese a todo, pese al terror que me inspiraba engendrado, pese al enigma de mi vientre? ¿Podría darlo a luz y no ser como mi madre que antes que mi parió un cadáver? En vez de un llanto de bebé, oyó un silencio de muerte. –¡Ay, el hijo, el hijo... pedacito arrancado de mí! No hay ni vientre en que yo pueda confiar, ni hijo en que reflejarme, porque su carne que es la mía se pudre bajo tierra. El dolor que temía quizás fuera el que ella vivió. Pero yo lo negaba.

–¡Cualquier cosa, menos parecérmele!, gritaba para escapar de sus lamentos. ¿Nunca conseguiría desprenderme de mi madre? La cosa urgía, y el Doctor, al oír otro de mis sueños, poco se sorprendió.

– Estaba en un desierto, perdida. De pronto se aparece mi madre. Oigo que me dice “hija mía” y en ese preciso instante veo una línea de fuego en el cielo. Ella avanza hacia mí y a cada uno de sus pasos yo voy retrocediendo. No te puedo atender, estoy ocupada, le grito. Tengo una jeringa en la mano y me pongo una inyección en la vena mientras se inscriben en el suelo las palabras *Spirochaeta pallida*.

–¡El microbio de la sífilis!, exclamó el Doctor.

– Sí, ¿pero por qué?, me pregunté en voz alta.

– Diga, persistió, pasándome la palabra.

– Tengo un blanco en la cabeza. Ni la menor idea de lo que puede ser este desierto... esta madre que me persigue... un paso adelante y otro atrás.

–¿Qué?

– Que se vaya.

–¡Hum! ¿Y qué más?

–¿Qué más? La *Spirochaeta*, la locura para huir de mi madre.

–¿Cómo?, insistió el Doctor.

– Ella me quiere como al nonato, incapaz de procrear.

– Sorprendente.

– Enloquecedor, le retruqué llorando.

– Lo importante, querida, es que haya dicho lo que me acaba de decir.

–¿La locura?

– Vamos... Nadie se vuelve loco por su propia voluntad.

¿Me lo garantizaba? ¿Le podía creer? Mire que soy Seriema, la sobrina de Luisa, la loca. La llamaban así sencillamente porque la hermana de mi madre rechazaba los pretendientes que le imponían y hasta quería elegir. Como le prohibían salir, vivió en el palacete y convirtió la torre en un observatorio del que sólo bajaba para referir las andanzas del prójimo, cronista de las desavenencias e infidelidades conyugales de toda la vecindad. La que todo sabía y nada callaba se vengaba de su clausura diciendo la verdad, transgrediendo las reglas de una convivencia familiar en la que sólo contaba la representación.

Tía Luisa abandonó la prisión paterna para irse al manicomio con chaleco de fuerza. Nunca más le oiríamos la risa sarcástica ni podría ponerse sus eternos zapatos de Carmen Miranda ni el pronunciado escote que comprometía el honor de la familia.

Ya no usaban el velo pero vivían ocultas por las paredes, por el silencio impuesto. –¡Cállate, Flora, cállate, Dora! Mujeres nacidas para no poderse vengar, orientales del Brasil, ese país que nunca les estuvo autorizado y al que sólo entrevieron desde la torre o las ventanas. El palacete de mármol y cristales esmerilados les vedaba la calle, como un navío anclado en el puerto sin orden de desembarco.

¿Podía no enloquecer la tía Luisa, y podía yo no recordarla después de mi sueño?

42
Donde Seriema le tiene tanto miedo al Doctor como antes al padre.

Para mí no hubo torre ni velo, ¿pero cuántas veces mi padre, de haber podido, no me habría encerrado bajo siete llaves y con el guardia en la puerta? Él no me había hecho nacer para después aguantarse aquel fuego adolescente que lo dejaba a un lado, los labios rojos, incendiarios, las uñas infaltablemente esmaltadas y el cabello teñido. ¿Y ahora qué pretendía esta atrevida? ¿Atravesar el infierno envuelta en llamaradas de pasión? Al mirarme veía al Demonio y se ponía a pensar en la de antes, la hija chiquita, aquellas charlas perdidas, aquellos cuentos con que él la deleitaba y que lo tornaban único. El Único. ¿El río sereno proseguiría su curso, desaguaría siempre en el mismo lugar? ¿Qué desvío era éste? ¿Por qué las aguas hasta ayer transparentes hoy venían tan turbias? El padre lloraba el pasado y se dejaba inundar por la tristeza. Tamaña extravagancia podía perder a su hija, se decía. Había sido él mismo quien, por pura ligereza, le había indicado los caminos de la libertad. Ahora lamentaba haberse olvidado de que a caballo corredor hay que tirarle de la rienda.

Se había equivocado, concluía, convencido de que otra hubiera podido ser su suerte. ¿Por qué no haber podido seguir eternamente de la mano, como siempre, embobado con ella, con su sonrisa, con su mirada, niña mía, y la palabra papá, y la palabra pregunta? ¿Dónde estará mi estrella?, se interrogaba atormentado, extrañando los juegos, las antiguas coincidencias. ¿Quién si no él a todo se plegaba para satisfacer a su nenita? ¿Ojos Negros se habría ido de su cuerpo, estaría desencarnada y su alma, caída? Desgranaba su pena como una letanía, y la hija lo escuchaba con hartazgo, luchando por defenderse de una locura que la dejaba huérfana.

¿El temor pasado ante aquella pasión explicaría el susto presente y aquel grito que di cuando el Doctor se aproximó lentamente al diván para apoyarse en él?

–¿Con qué derecho?, le pregunté alarmada, obligándolo a sentarse en su eterna poltrona.

–¿Derecho?, indagó, dando a entender que no me comprendía.

– Sí, exactamente.

–¡Hum!, murmuró, tal vez con la sospecha de que mi reacción fuera significativa y de que se tratase de una irrupción del pasado.

– Si usted se dejara seducir, a mí no me quedaría otro remedio que irme y romper para siempre.

– Eso es verdad, respondió sonriendo.

Tan imaginariamente amenazador me parecía, como mi padre lo había sido en realidad. Y al ver que éste era mi miedo, que se trataba de un temor transferido, el Doctor interrumpió la sesión y me entregó a mi caminata. El verdadero personaje tenía que salir al escenario, y yo debía saberlo, saber que nunca mi padre había lamentado mi sexo, pero que yo, por el sexo, de él me separé.

¿La hija se me va?
Se va la claridad,
ojos como faroles
y carita de espejo.

Seriema virgen nunca prometida, que ella para otros se convierta en la Dama, aquí bajo mi techo secreta y para siempre la odalisca será.

43
Seriema concluye que más le habría valido utilizar sus dificultades para escribir una sátira.

De Raji y del Oriente me debía librar, del cuerpo prometido al sultán y del ceremonial de la odalisca que yo no era. ¿Resignarme a andar pasando de velo en velo? – ¡Cualquier día! Eso, que se esperen sentados. ¿Te gusto? Entonces ven aquí, enseguida, y sin tantas historias. No quiero ser ni odalisca para servir ni dama para que me sirvan, ni envolverme en los arabescos de la concupiscencia ni helarme en la tristeza del pedestal. Dame lo que tienes y toma lo que es mío, sin danza de los siete velos ni del vientre, sin rituales ni culpas. Aquí no hay encantadora ni tampoco serpiente.

Chiquillo, vente conmigo, que yo sólo le hago caso a la samba, desde el trasero hasta los pies. Del vientre sólo espero que se conserve liso, y del alma, que permanezca cerca de las caderas, allí donde el cuerpo se oasea y se menea mejor. No soy más que una brasileña. Una brasileña como cualquiera otra.

No, no quería estar en la piel de ninguna oriental, por princesa que fuera y por más ágata, jade, oro y pedrerías. Ningún sultán me convenía. Sólo me fascinaba el Oriente de los cuentos de Jarja, pero no sabía el árabe y, a la muerte del abuelo, aquel espacio se había vuelto impenetrable.

A diferencia de los otros brasileños descendientes de brasileños, compatriotas poco adictos al ayer, yo vivía compulsivamente alejada del pasado, obligada a reinventar mis orígenes, recreando un Oriente a la moda local y tomando a califas y princesas para hacerlos bailotear entre indios de fantasía, relucientes de lentejuelas. Inventa, Seriema, inventa, acuérdate de Emilia, la muñeca de trapo de las historias que leías cuando eras chica: *"–¡Qué boba que es la gente grande! Viven en un mundo maravilloso y no aprenden nada, ni esa cosa tan simple que es hacer de cuenta"*.

– Hubiera debido prestarle más atención a la muñeca, le dije entonces al Doctor. – La muñeca que nos enseñaba a hacer de cuenta.

–¿Y qué más?

– De haberlo hecho entonces, hoy podría imaginar soluciones, sabría darle el esquinazo a tanta cosa imposible… la de rescatar el pasado por desconocer la lengua... la de valorizar mis orígenes por ser mujer... la de ser tomada por brasileña y no por turca... la de ser madre por primogénita que fuese.

–¡Hum!, balbuceó el Doctor, ciertamente aturdido por la enumeración.

– Gracias a la enseñanza de la muñeca de trapo, yo haría caso omiso de todo aquello, me reiría de la suerte y escribiría una sátira.

– Tal vez la escriba, finalizó el gran hombre levantándose.

Tal vez, decía el Doctor para darme importancia e idealizar a Seriema, su "querida", su "hermana". ¿Pero yo iba a reírme de los antepasados, de los compatriotas, de mi apego al gran hombre? –¡Jamás! Antes irme muy lejos que correr el riesgo. Lo importante era seguir uncida al carro, alegando, a más abundamiento, cuán necesario era llevar al Brasil la teoría del gran

hombre para engrandecer el país. Yo serviría a la patria difundiendo su enseñanza, y cumpliría con mi deber.

Al día siguiente me dijo:

– Usted es la redentora.

Renunciaba a tratarme y se mostraba dispuesto a que yo avanzara hacia el Brasil armada hasta los dientes. Seguramente se preguntaba si yo no integraría algún comando brasileñoquijotesco. Sí, que Seriema trocase las plácidas orillas del Sena por las del río Credo, donde la favela le disputaba montañas de basura a los hambrientos urubús. Que aprendiera a no mirar el río ni las calles de la ciudad, las plazas con mendigos, los túneles y viaductos como refugio para criaturas abandonadas o las avenidas tomadas por la especulación inmobiliaria. Sorda a los pedidos de los pobres y a los barrenos de las demoliciones, nunca andaría a pie para que no le dijeran la bolsa o la vida. Y sus propias desdichas le parecerían irrisorias frente a las de tantos habitantes que temían ser enterrados vivos por los derrumbes de los morros inundados por el Credo, que avanzaba en días de lluvia como si fuera el mar.

De modo que se vaya, si quiere. ¿Pero por qué no se salvaba ella misma primero, antes que a su país? Claro que impedírselo era imposible. El mismo Brasil la haría cambiar de idea. ¿Acaso cada uno no tiene el analista que se ha merecido?, y el Doctor renunciaba al análisis, pero sin conformarse. Por mucho que Seriema fuera la difusora de sus teorías en América, a él lo contrariaba la idea de la partida, quizás porque la fantasía redentora no daba por concluido el tratamiento.

44
El Doctor provoca un embotellamiento sólo para hablar con Seriema.
Evocación de la prima Normalia.

Decirle no al Doctor, eso sí que era algo a lo que yo, Seriema, jamás me había atrevido, como bien iría a revelarlo el siguiente episodio.

Era la hora de mi sesión y el Doctor estaba en su coche en compañía de una rubia. ¿Qué hacer? Me aparto discretamente y me hago humo. Pero suena un bocinazo y alguien dice mi nombre. Me doy vuelta y advierto que la rubia me hace señas.

– El Doctor, me dice.

–¿Sí, y qué pasa?

– Que le quiere hablar.

El coche está estacionado en medio de la calle. Una locura, detenerse allí con semejante tránsito.

– Buen día, oigo que me dice, para añadir sonriendo,

– Usted vino y no entra? Entonces vuelva mañana a esta misma hora.

Nos despedimos y, con la orden de volver sonando en mi cabeza, me quedo boquiabierta. El Doctor había interrumpido el tránsito con la intención de hacer flagrante una presencia que yo trataba de disimular, volviéndome invisible y sin hacerle notar siquiera que era la hora fijada para nuestra sesión. Más claro, échenle agua: aquello era la prueba de mi sometimiento.

Sí, había tratado de eclipsarme para no contrariarlo. ¿Cuándo iría a manifestarme de otro modo, discretamente aunque fuera? ¿Me atrevería al no, o diría eternamente que sí, como mi prima Normalia? A fuerza de inclinar la cabeza, la prima vivía blanqueando los ojos. No los bajaba más que para leer revistas de amor, o esas novelas que en verano devorábamos transpirando por todos los poros, con puertas y ventanas cerradas, en aquel cuarto donde Humbert Humbert iba a surgir de pronto para raptar a su Lolita.

Normalia fantaseaba con los dedos de Humbert, que imaginaba largos, y nosotras, también. Pero al menor llamado de la madre, tía Zina, que la había educado para servir, la prima nos despedía con premura. Tenía que ir a misa y después volver corriendo a cocinar, limpiar, bañar a los hermanos, y así creció entre las hornallas y su cuarto, entre la casa y la iglesia, donde hizo la primera comunión y se preparó para el casamiento admirando a las novias que veía entrar por la nave y que le parecían ángeles entre guirnaldas de azabar.

Ella también quería arrodillarse ante el altar con lirios blancos y decirle al cura que sí, que sí, pero tuvo que rechazar a los sucesivos pretendientes, porque a la tía Zina ninguno le gustaba: orígenes distintos de los nuestros, familia desconocida, fortuna insuficiente. Normalia se tenía que casar con uno de su tribu y de su calle. De no ser posible, debía renunciar al velo y la guirnalda y conformarse con no tener hijos ya que, de todos modos, siendo mujer, no iba a transmitir el apellido. Como las otras mujeres de la familia, ella recibiría una ínfima parte de la herencia. Cedería las joyas a sus cuñadas, envejecería a fuerza de idas y venidas entre su casa y las de sus hermanos, donde cuidaba a sus sobrinos, y practicaría la cartomancia para verificar que estamos sometidos al destino y que, *mektub*, qué remedio nos queda.

45
La heroína decide vivir en el país de la samba y de su lengua natal.
Evocación de Raji, el padre.

Ahora sólo me restaba decirle que no, para apartarme de él sin separarme y ocultándole todo cuanto me hubiera permitido terminar el análisis. El Doctor me escucharía sin oírme, ora enredándome con su silencio y simulando ignorar lo que sabía, ora diciéndome que sí para seguir alejando el de la partida. En efecto, aprovechó lo que yo le confiaba para coincidir plenamente conmigo. Poco faltó para que me ofreciese la luna. Pero quedarme, de ese modo, me resultaba más difícil aún.

– Tengo que curarme de tenerme que curar. Esto es lo único que se me ocurre.

– Curioso.

– Fíjese que a uno de sus analizantes, esta curiosidad le ha costado el valor de un bosque entero. Lo que habrá sido la transferencia, ¿no? para que le entregara una herencia.

–¿Y qué más?

– No tengo nada más que decir.

–¿De veras?

–¿De veras qué? Lo que le digo no le importa. A usted sólo le interesa lo que me queda por decir.

– Pues así será... Vuelva a verme, querida. Hasta mañana.

–¿Qué me queda si no contestarle que no?

– Mañana, repitió.

Sea, mañana. Y después, nunca más. Mi vida futura, señor Doctor, la viviré en la dulce cadencia de mi lengua. Ya no pondré los labios en forma de pico ni los acentos al revés, hermano. Para el tiempo pasado me ha de bastar con una sola palabra, y otra para decir noventa. Las palabras ya no me servirán para expresar esto o aquello sino sencillamente para decir. Ya no le temeré más a la gramática, jugaré con los neologismos, bendeciré la contribución de los errores al bien común y me entregaré a las calles y a las esquinas donde ya no se hallan ni las mismas fachadas, ni los mismos árboles, pero donde se habla como yo.

Primero la patria, después la lengua, le diría al Doctor. Esos serían los pretextos que alegaría para irme. Retirarme del escenario en nombre de la lengua: ¿podría tener algo que oponer, él que la valorizaba hasta el extremo de referirse al "tesoro de la lengua" y de consideraría el mayor de sus bienes? Una salida honrosa en la que yo creía a pie juntillas, olvidando que para hacer mutis por el foro necesitaba descubrir por qué, en vez de un analista de lengua portuguesa, yo había preferido al Doctor.

La vida futura, el ritmo brasileño... así me preparaba a partir, pero prudentemente, dando un paso adelante y otro atrás, haciendo y deshaciendo las valijas. Quizás temía ser extranjera en el Brasil, ver el país por vez primera volviéndolo a ver, reconocerlo con la misma extrañeza

experimentada por Raji cuando desembarcó en el Cedro natal. Mi padre no identificó a la tía de las fotos hasta que ella, al verlo entrar en el zaguán del hotel, se le acercó porque ese hombre de tez morena, nariz aguileña y ojos almendrados como los de sus propios hijos, sólo podía ser el primogénito de Hila. Lo sorprendió el paisaje que tanto había imaginado, la cima nevada del Sannin y el precipício que la mirada apenas puede sondear. Allí verificó la existencia del hombre de las cumbres, tan distinto del criado entre las sombras de la ciudad. Los parientes alineados frente a la casa lo saludaron con un *o, o, o* surgido del fondo de las entrañas, palmeándose la boca como si fueran indios. Lo mismo que en su infancia, los hombres iban por un lado y las mujeres por otro, y le dio la sensación de estar en Vari. Comprobó entristecido que los contemporáneos de su padre ya no tenían para mucho y sintió que él, para ellos, era tan enigmático como ellos para él, pero bendijo el encuentro. Su llegada demostró que se había hecho la América, pero que los suyos lo esperaban, que sus raíces estaban en aquel río de aguas claras y heladas.

Le ofrecieron un banquete que le produjo náuseas: la carne de cordero le resultó tan rara como antes a Jarja los porotos de la *feijao*. Pudo disimular hasta llegar al café, hecho al modo de Hila, sin colador porque una cucharada de agua fría basta para asentarlo en el fondo. Saludó al resto de la parentela, todos desconocidos, y vio que el paraíso perdido estaba hecho de terrazas sostenidas por pircas, pedazos arrancados a la aridez, y que el Cedro era un país conquistado sobre la roca, no como el Brasil de tierras infinitas. En el lugar donde había nacido Jarja sólo encontró un terreno baldío en declive, porque con el deshielo y las lluvias también la tierra se había ido. Supo que con las piedras de la casa habían construido la del vecino, y comprobó que del pasado quedaba sólo un olivo cuyo color le pareció diferente del de todos los árboles conocidos hasta entonces. Se esforzó por imaginar lo que habría sido la vida de Hila, de Jarja y, sobre todo, de Iana, que un día se acostó sin miedo de engendrar y sin saber que el destino la haría desembarcar en otro continente. Y recordó la presencia de la vieja señora en la mansión de su infancia, que ella habitó como una sombra, deambulando callada como no fuese para maldecir la audacia de su hijo. La imagen de la bisabuela en la ventana de su cuarto, con los ojos fijos en el horizonte, le hizo ver que paraíso era sinónimo de lejos.

46
La heroína le tiende una trampa al Doctor.

Brasil no era el paraíso. Pero yo viviría en el país de la lengua que realmente poseía, pese al rubio papagayo que sólo abría la boca para enseñar a los demás a lorear como él. Cada vez que olvidábamos la antigüedad de las otras lenguas latinas, más viejas que la nuestra, que apenas era la última flor del Lacio, el empollerado gritaba desde la tribuna de su cátedra. Por otro lado, según él, un verdadero doctor debía saber cultivar su idioma, por más que su floración fuese pastrera, y proclamar que toda lengua latinizable se puede relatinizar y que el que la relatinizare buen relatinizador será. –¡Ah, si el latin hubiera sido la lengua del Brasil, en lugar del tupí!

Yo ya estaba curada de lo imaginario melancólico de la especie mutante. A América volvía pese al loro, y a tierras brasileñas, pese a los antepasados. ¿Pero cómo decirle al Doctor que regresaba menos para enseñar sus doctrinas que para aprender de un país que, siendo mío, no lo era, y de sus habitantes, que distaban muchísimo de convertirse en papagayos? ¿Iba a confesar la verdad y a separarme de él, gracias a ella? Ciertamente que no.

– Un analista no es más que un analista.

– Así es.

– Pero un día u otro, inexorablemente, surge su verdadero rostro. A menos que sea mentira lo que me han dicho de usted.

–¿Qué cosa?

– Que estamos todos clasificados en su archivo, según la neurosis de cada uno. ¿Cómo puede hacer semejante cosa?, le pregunté provocativamente.

– Pudiendo, me retrucó mientras se levantaba.

El Doctor había respondido a la provocación. Había entrado en una lucha de prestigio que el analista, según su propia doctrina, tenía que evitar. Su práctica era contraria a sus teorías. –¡Hagan lo que yo digo y no lo que yo hago!, parecía decirnos. Caprichos, puro caprichos, iba pensando al salir, con una indignación que me venía de perillas, porque el desliz del Doctor era el mejor pretexto para huir del análisis.

El hecho es que, al retrucar, el Doctor había caído en la trampa que yo le había tendido para partir sin decirle lo que nos separaba. Entró inconscientemente en mi juego y ahora sólo me quedaba mi país.

47
Seriema descubre finalmente por qué fue a buscar al Doctor y lo que le impedía separarse de él.

¿Por qué aferrarme al Brasil? Por ser el país de la lengua en la que yo soñaba. Eso le pensaba decir al gran hombre, que ese día vestía un paletó rayado de seda rosa y terciopelo lila y que me pareció un personaje de circo.

– La escucho, hermana.

– El rosa claro de su camisa me hace pensar...

–¿Sí?, insistió.

– En los copos de nieve y en otra golosina que comía de chica, en el circo... *pé de moleque*... un dulce brasileño.

–¿*Mo-le-que*?, deletreó el Doctor.

– Es sinónimo de nene, de nene travieso. No hay compatriota mío que desconozca esa golosina, ni francés que la imagine. Razón de más para amar al país de la palabra *pé de moleque*. Con esta palabra ya no soy extranjera y la infancia que tuve ya no suena como una aberración. Los que se me parecen saben perfectamente lo que es, así como no ignoran que el queso se come con jalea de guayaba.

– Claro, comentó, pero sin interrumpirme.

– Claro, claro, usted está de acuerdo pero no entiende nada. Lo que pasa es que yo tropiezo con las palabras de su idioma. Son palabras como cosas... o como paragolpes que no dejan ver ni al través ni a lo lejos... No hay ninguna que sea diáfana, ni translúcida, ni que me haga soñar.

–¿Cómo?

– Translúcida como un velo.

– Hasta mañana.

¿Mañana? Únicamente para despedirme. Acababa de

deslizarme hacia una verdad que mi deseo del velo podía revelar y a la que yo evitaba para no terminar el análisis y no desligarme del Doctor. Sí, extraña verdad de haber elegido a un analista ante el cual permanecería siempre velada, porque su lengua era mi velo. Había insistido en analizarme con el gran hombre, precisamente porque él desconocía el brasileño: no por lo que sabía sino por lo que ignoraba.

Inconscientemente había obedecido al padre que no me había encerrado en la torre, no, pero había deseado que sólo para él tuviera ojos. Ojos Negros, su nenita, no debía mostrarse ante los otros. Ni aún en el análisis podía hablar del sexo y del placer.

Esto debí haberle dicho para dejar de prestar oídos a Raji, desligarme del Doctor, y despedirme del gran hombre y su ciudad agitando el pañuelo.

Última sesión. Sólo pienso en partir, aunque le tema tanto a la llegada. ¿Qué me esperará del otro lado? Sea como fuere, y aunque se esconda el sol tras la neblina, yo lo mismo me voy.

– Don Quijote murió al curarse de su locura, le dije al Doctor.

– Eso es muy cierto.

– Murió por no soñar.

– Así es, asintió.

– Yo del deseo de soñar no puedo curarme, ni tampoco quiero.

–¿Y qué más, querida?

– Debo considerar que ya nos lo hemos dicho todo.

–¿Qué?

– Que este análisis se ha terminado.

– Si usted lo dice.

San Pablo – París – Villedieu la Blouère

Agradecimientos

A Alain Mangin, por la paciencia.

A Christl Brink-Friederici, por la crítica estimulante.

A Fanchita González Battle, por los cortes.

A María Lúcia Baltazar, por el oído.

A Neide Archanjo, por la presencia.

A Sónia Regis, por la lectura.

Postfacio

Al comienzo de esta novela, Seriema, la heroína de *El Loro y el Doctor*, se pregunta por qué punta empezar esta historia, y decide empezarla por el otro extremo del mundo, el mundo del otro que, para ella, nativa de San Pablo, es el París intelectual y dominador del brillante Doctor. Pero Seriema termina la historia en el punto en el que ésta ha empezado, ese pueblito de Vari donde sus antepasados libaneses llegaron desde el país del Cedro. Para finalizar la historia por la buena punta, hay que saber detenerse en la lengua que escuchamos en sueños.

La época de preguntarse si este hermoso e inteligente relato pertenece a tal género literario o lleva la etiqueta de tal otro – novela o autobiografía – ha pasado hace rato. "Un libro es el producto de un yo diferente del que manifestamos en sociedad, en nuestras costumbres y en nuestras vidas", escribía Proust, ya por entonces, en Contra Saint-Beuve. Ese mismo Proust que definía su En busca del tiempo perdido como "la historia de un hombre que dice yo, siendo distinto de mí". Bastaría pues con ubicarlo en el género post-moderno.

Novela o autobiografía, autoficción o ensayo novelado, novela corta o cuento, autorretrato o poema en prosa, hace tiempo que la Europa de Kundera y la América de García Márquez o la de las universidades del Norte nos han liberado de ese falso problema, ya solucionado desde antes por los verdaderos, los grandes escritores, indiferentes a los críticos literarios y a los doctores de diversas Sorbonas.

Y ocurre que en el libro de Betty Milan se trata justamente del tema americano, de los doctores sorbonícolas y de muchos otros más, temas personales y colectivos, locales y universales.

Y también de personajes, en el sentido más tradicional del término, desde los protagonistas – Seriema y su doctor – hasta el conjunto de antepasados libaneses, "turcos" del Brasil, que invaden progresivamente el diván del mentado doctor y que, según la conocida tradición del realismo mágico latinoamericano, lo transforman en alfombra voladora. Y, por último, se trata de una historia, en su sentido más amplio de fábula, de mito, de cuento, de saga y de aventura intimista. En una palabra, se trata de ficción, y, en su modalidad más reciente a partir del siglo XIX, se trata de novela.

Dentro del hervidero de temas y de su complejidad, que es la de la vida misma, la historia posee la simplicidad de toda obra fuerte y puede resumirse en estos términos: Seriema se va a buscar su alma a la capital del espíritu, y allí descubre que su alma está en su país y que el espíritu sopla en todas partes.

Tanto por el tema como por el tono, por el ardor picaresco de tantas idas y venidas entre el país del Cedro y el de los tupíes, entre el de los loros rubios y el de los doctores sorbonícolas, este relato que choca con el absurdo del extrañamiento, con la desorientación geográfica e individual, evoca irresistiblemente el cuento filosófico. Dentro de la más pura tradición voltairiana, Seriema, que ha tomado su nombre del de un pájaro sudamericano, es una Cándida que hubiera trocado el Paraguay del siglo XVIII por el Brasil y el París del siglo XX, una Ingenua con una problemática de identidad antes que metafísica. Pero las preguntas de fondo no varían: "de dónde vengo, quién soy, adonde voy" El "gran vaivén" de los antepasados y los viajes entre Europa y América son para Seriema lo que la carrera endiablada a través del mundo conocido del planeta es para el personaje voltairiano. La caprichosa Cunegunda, tan ardientemente buscada y tan penosamente reencontrada, ahora tiene su consultorio en París y recibe a sus pacientes según criterios de entrada y de salida todavía más arbitrarios que los que inclinaban a

la bella en favor del judío o del Gran Inquisidor. Del mismo modo, de decepción en malentendido, y desencanto mediante, Cunegunda y el doctor terminarán por ser los instrumentos del conocimiento y de la curación.

El tratamiento psicoanalítico constituye aquí la palanca narrativa del relato, como antaño lo fueran el diario íntimo, la confesión o el intercambio epistolar. El hecho de que la autora sea psicoanalista y de que la evolución de la terapía resulte tan precisa y clínica como las técnicas de disección preconizadas en un tiempo por los apóstoles del naturalismo no modifica en nada su carácter instrumental dentro de la dinámica de la narración. El análisis aparece tratado como material de relato, fuente de primera agua y, sobre todo, recurso narrativo que permite ·difundir la información necesaria para que el encadenamiento de los acontecimientos y de las etapas de la búsqueda de identidad resulte inteligible.

¡Pero no nos equivoquemos ni confundamos la ficción con el ensayo o el documento! Contrariamente a la autobiografía, cuya ley impone una fusión entre autor, narrador y personaje, la novela es un espacio imaginario donde éstos sólo coinciden cuando el autor lo desea. Por exacta que sea en el orden psicoanalítico, la representación del tratamiento le da a la narradora, ante todo, la oportunidad de contar a su personaje y de hacerlo contar. La cualidad de exactitud no se aplica a una descripción científica sino que busca un efecto de realidad, función de la eficacia narrativa y, sobre todo, una coherencia del conjunto, función de la fuerza persuasiva del texto. El profundo conocimiento del análisis que posee la autora proviene de la documentación o de la experiencia previa a todo relato que se refiera a una verdad universal, lo mismo que la lectura de los informes médicos que indujo a Zola a escribir Nana, o que las incursiones de Flaubert en la topografía del bosque de Fontainebleau para su Educación sentimental.

El elemento narrativo de la cura nos recuerda, ante todo, que Seriema forma parte de su época, que es un producto de la sociedad del jet set y del diván y que el tema principal de la novela, asimismo moderno y contemporáneo, es el drama de la inmigración, de las poblaciones desplazadas de un lugar a otro, de la aculturación y la pérdida de identidad que es su consecuencia más directa y perturbadora. Los grandes debates del siglo XVIII estaban ligados a la intolerancia religiosa, al absolutismo monárquico, a las desigualdades de casta. En el siglo XX, lo "infame" es la inmigración, es la exclusión, es la desigualdad entre el Norte y el Sur, es la dificultad de vivir que experimentan los sobrevivientes de tantas siniestras tragedias de exilio y de masacres. Y de eso se trata en la novela de Betty Milan.

El fenómeno ha dejado suficientes huellas en la literatura mundial como para haber inspirado recientemente a autores tan diferentes como Héctor Bianciotti, de la Argentina, o Naipaul, de la India. Ambos han explorado, dentro de un género bautizado "autoficción", el enigma de los orígenes para los hijos e hijas de inmigrantes que han perdido el hilo de su historia familiar.

Seriema parte de una "tabula rasa", de una megalomanía que la impulsa a "tomarse por el principio y el fin de todo", de un mundo interior donde "la historia no existía". A través del tratamiento, se rememora, pasando por la etapa disolvente de la desconstrucción de una identidad ficticia transmitida por una tribu insegura de sí misma. Al separarse del doctor, termina por reconciliarse consigo misma y con sus antepasados. El análisis es el revelador de esta capacidad progresiva que va adquiriendo el personaje- narrador: la de dominar su propia historia junto con la de los suyos. La cura proporciona, como un espejo interactivo y evolutivo, los motivos y el lenguaje necesarios para ello.

La rememoración de Seriema hace revivir un mundo que no es ni exótico ni extranjero, aunque extraño, sin duda, tanto para los brasileños como para los no brasileños: el de la diáspora en la

diáspora, el de una minoría extranjera en su propio país, el de una emigración particular dentro de un país de inmigración. Separaciones, exilios, nostalgias y malestares frente a la vida, aculturaciones y negativas a integrarse en el nuevo país, todo esto encajado lo uno en lo otro como muñecas rusas: cristianos en el Líbano, "turcos" venidos del país del Cedro al de los "loros rubios", brasileña en un París donde hasta el doctor sueña con América. La imagen de la miniatura persa en el país de los tupíes representa la mengua, el déficit de civilización que implica cada nueva partida, pero también la riqueza adquirida en el nuevo mestizaje.

En la Francia mítica de las duquesas y los doctores de la Sorbona, espejo de un Brasil igualmente mítico, el maestro del canapé con su soberbia y su ignorancia del otro, del mundo del otro, es la metáfora del parisianismo empenachado y seductor al que Seriema sucumbe tras las huellas de su madre, de su abuela y de tantas culturas colonizadas. Podemos preguntarnos quién es el loro en ese análisis, y quién, el doctor: ¿El que confunde la lengua del opresor con la del oprimido, mandando a su "brasilerita" a lo de una discípula portuguesa, o la que sale de su tierra y se abre al mundo en francés, lengua extranjera? Qué importa, sin embargo, que los "errores" del gran brujo blanco resulten lapsus o no, o que sus prejuicios sean o no deliberados, puesto que, ante todo, se trata de perderse para reencontrarse a sí mismo y a los suyos. Qué importa que el análisis, igual que la escritura, esté basado en un pacto que no excluye el malentendido. Estas son estrategias en las que sacarse un cero puede acercarnos a la nota máxima de la verdad.

Por muy maestro del comportamiento evasivo y despreciador de la clepsidra que sea, el maligno doctor no ignora su poder de parar en seco esta infinita alienación en la que cada uno, a su manera, es el colonizado y el expulsado del otro, aunque sólo se trate de una sociedad de psicoanálisis. Su actitud de esfinge permite "buscar en el pasado los ingredientes del presente, y cortar con la repetición al liberarme del peso de los antepasados". Dos veces inmigrante en su consultorio de Salvador, de Sumo Sacerdote, Seriema sueña durante un tiempo con llevarse a su doctor al Brasil, antes de abandonarlo a otros exilios o a otros exiliados, para volverse sola a su casa, es decir, para entrar en su morada interior.

Al hacerlo, se despoja de sus vestiduras de "loro" y renace mestiza, turca brasileña, ya sin vergüenza de ser lo que es, "inculta y, a más abundamiento, de tez cetrina". Y al dominar su pasado, es decir, los procederes y locuras de sus antepasados, Seriema logrará asumir un futuro redefinido como "una nueva memoria del pasado", un porvenir sobre el que ya no pesa la carga de la absurda repetición y de la autoceguera.

En el terreno literario, este trabajo de desmitificarse a sí mismo y de desmitificar al otro sólo puede ser dicho a través del registro de la irrisión. Por medio de la ironía, la parodia, la risa liberadora, la novela denuncia las trampas de la seducción y el esnobismo, los malsanos miedos al ridículo que desembocan en la desvalorización de sí y en la sobrevaloración del otro. Siluetas heroi-cómicas, los antepasados no aparecen evocados por sus complejidades psicológicas sino por sus lazos directos con el Cedro originario y con el Brasil más o menos aceptado. Las idas y venidas de Seriema por las calles y los cafés de un París deshumanizado por la intensidad de la extrañeza son más graciosas que patéticas, y hay mucho de Knock o de Molière en ese gran hombre, el doctor, que tiene el arte de acortar hasta tal punto las sesiones.

Al burlarse de ella misma y de su ídolo parisiense, la narradora-personaje logra transgredir sus propios tabúes y destrabar la rememoración de lo esencial. También mediante la risa, la autora anuda los diferentes estratos de la narración y hace que su relato produzca apego en el sentido literal del término. El honor es lo que permite expresar mejor la desdicha humana, sin afectación ni complacencias, y no por casualidad la referencia a Don Quijote, un Don Quijote con faldas, adquiere tanto vigor.

Por cierto, la irrisión bajo su forma paródica tiene sentido cuando se trata del ácido retrato que cada uno, Seriema y el Doctor, le está mostrando al otro, en una imagen abismal de la desopilante pareja Norte-Sur. Pero cuando se trata de evocar la diáspora de los antepasados, con sus figuras míticas que extraen su magia del pasado sudamericano y, aún más lejos, de un pasado de antes del pasado que viene en línea recta de las mil y una noches, la irrisión da lugar a la evocación lírica. Todos los antepasados, desde Iana, "la loca de la bisabuela" , "alma de otro mundo, criatura de los inimaginables confines de allá lejos, pese a su certificado de defunción que establecía que había muerto en el Brasil, donde vivió sin ver, caminó sin que su pie tocara el polvo del suelo y habló para no ser oída" , hasta Raji, nombre del padre y también del bisabuelo que soñó con la inmigración sin llegarla a realizar, pasando por Hila, Jarja, Faia, "que nos legó un país imposible, un país imaginario, de apátridas", y por el zapatero Labi, hermano del bisabuelo paterno, que aprobaba el paraíso americano, y por Azize, esposa de Faia, Azize "la de ojos de paloma y labios de lirio", y por Mena, y Carmela, y Luisa, la que sólo abandonó la prisión paterna para irse al manicomio con camisa de fuerza, y por Malena, "la madre de mi madre", que sólo en Francia era feliz.

Los desbordes lujuriantes de la poesía barroca vuelven a la vida a todos estos desarraigados abuelos. Así desfilan el uno tras el otro, sobre el diván parisiense del gran mago, llorando por un Líbano cada vez más irreal, mientras que su heredera, prodigando al brujo blanco las riquezas que ellos acumularan duramente con su transpiración y a fuerza de hombro, languidece por un Brasil imaginario, hoy convertido en torres de cemento, en ciudades invadidas por la contaminación. Sobre el diván donde se los evoca, ellos recuerdan junto a ella las melodías de sus canciones de cuna, la letanía de sus proverbios, surgidos de otra edad y de otra cultura, pero que se van aclimatando, al tiempo que ellos mismos adquieren la lengua del otro y la hacen suya. Vuelven también a encontrar sus ingredientes típicos – aceite de sésamo para pisar los garbanzos y hacer la crema de homos; minúsculos piñones para endulzar las albóndigas del kebé; zatar para espolvorear sobre los huevos fritos; tomates y pepinos del tabulé –, junto a los helados con sabor a papaya y a jaca, o a la lasagna y el risotto, adoptados al llegar al Brasil.

Entre Oriente y Occidente, "colocados el uno junto al otro como los colores en la paleta de un pintor", se elabora una extraña cocina en las papilas de una brasilerita, aún sujeta al diván de un maestro en vias de fundirse, también él, como nieve al sol: un sol que carboniza los amaneramientos, las flatulencias, las redundancias. Esas madeleines proustianas tan exóticas y de tan diversos sabores cumplen con su misión sagrada, la de convertirse en detonadores para reconciliar a la heroína con el tiempo perdido, es decir, con la lengua perdida... y encontrada. Porque la "maldita obligación de tener que servir a dos señores, el francés y el brasileño", y de tener que "hablar el uno pensando en el otro" hará surgir en la conciencia de Seriema, "yoyó entre las manos de dos países", el drama de los primeros inmigrantes libaneses condenados a educar a sus hijos en el idioma de la nueva patria. Se necesitarán años de análisis en la lengua colonizadora para que Seriema, después de haber propuesto traducir a su dialecto los escritos del gran hombre, proclame su adhesión a su lengua materna, el portugués brasileño, "lengua bendita del ao", dando como legítima razón de su partida esa lengua que es, para el maestro mismo, "el bien supremo, hasta el punto de hablar de ella como de un tesoro".

En su viaje sobre el diván a través de las épocas y los continentes, en su diáspora reconstituida por lo imaginario, Seriema ha comenzado por tomar altura con el viático de una lengua alienada, aquella en la que sus primeros maestros, los loros rubios, le han enseñado a "lorear". Ha experimentado los pozos de aire, la sofocación ante el riesgo de afasia, o sea, ante la imposibilidad de encontrar las palabras para decir, en la lengua del doctor – ese francés para ella tan rígido y hostil –, el desarraigo y la separación, la expulsión y el destierro, la exclusión y la excomunión que están en los orígenes. Y después, las palabras para decir la identidad por

medio de los antepasados y por el padre y la madre y por el hermano muerto. Y, por fin, las palabras para decir y decirse y para comenzar a existir.

De modo que Seriema ha chocado contra las palabras, que son "como cosas... como paragolpes". Obstáculos en su camino, que le tapan la vista. Pero ha reconquistado finalmente esa "lengua dulce, con vocales largas, como cantada, indiferente a las reglas de la gramática y que rechaza todo lo que es contrario al uso". La lengua del otro le habrá servido para reconquistar la suya. Y mientras que Seriema, el personaje, se separa sin lástima de su tan parisiense doctor, para volar hacia un Brasil donde, en adelante, asumirá su mestizaje, la autora-narradora se despide de su lector con la satisfacción de haber cumplido con su contrato al lograr el desenlace. Cada una a su manera, las dos se han liberado. En el núcleo del relato, toda obra de ficción enuncia el conflicto del acto de escribir y su resolución.

La reconquista de la lengua materna va unida a otra toma de conciencia: la lengua extranjera, el francés del doctor, era sólo un velo que servía para enmascarar a Seriema. Para disimularse ante sí misma su identidad de mujer, Seriema ha elegido a un analista que no sabe su idioma. "Lo había elegido... por su ignorancia, no por su saber". Esta novela iniciática asume la forma femenina del develarse. La niña con caracteres varoniles, favorita del padre, comprende que ese padre, nunca verdaderamente alejado de la antigua tradición oriental, la ha deseado velada. Al quitarse el velo ante el transparente doctor, en el centro mismo de todas las transgresiones, Seriema aceptará tener un hijo al que ella no habrá de transmitir el nombre, sino la filiación, y consentirá en convertirse, a su vez, en punto de intercambio y de relevo, rompiendo con la maldición de los orígenes para engendrar a su vez. En el ojo de vidrio de su fetiche, profetizará su futuro de mujer y ser humano, libre al fin de no curarse de sus sueños.

Michèle Sarde